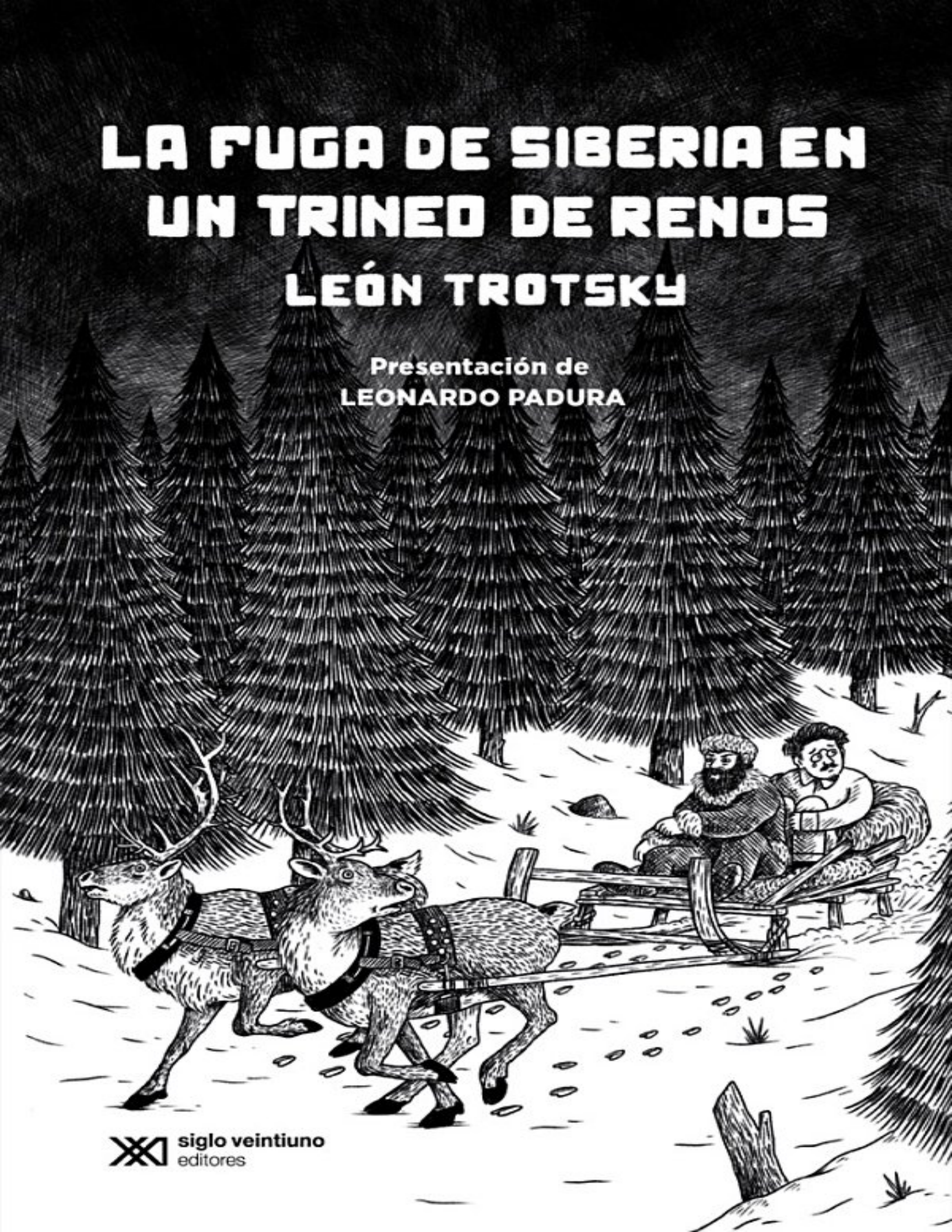
LA FUGA DE SIBERIA EN UN TRINEO DE RENOS

LEÓN TROTSKY

Presentación de
LEONARDO PADURA



siglo veintiuno
editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Trotsky, de cerca y por dentro, a la ida y a la vuelta (Leonardo Padura)

Nota del editor (Horacio Tarcus)

Itinerario de León Trotsky, durante su “ida” a Siberia como deportado y su “vuelta” como fugitivo

La fuga de Siberia en un trineo de renos

- A modo de prólogo
- La ida. Fragmentos de cartas
- La vuelta

Coda. El reencuentro con Natalia Sedova tal como lo narra Trotsky en su autobiografía Mi vida

León Trotsky

La fuga de Siberia en un trineo de renos

Presentación de Leonardo Padura

Edición al cuidado de
Horacio Tarcus

Traducción de
Irina Chernova

siglo veintiuno editores

Trotsky, León
La fuga de Siberia en un trineo de renos / León Trotsky.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Vidas para Leerlas)

Archivo Digital: descarga

Traducción de Irina Chernova // ISBN 978-987-801-160-8

1. Autobiografías. 2. Revoluciones. I. Chernova, Irina, trad. II. Título.

CDD 808.8035

Edición original: N. Trotsky (seudónimo de León Trotsky), *Tudá i obratno*, San Petersburgo, Shipovnik, 1907

© 2022, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de cubierta: Guido Ferro

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-160-8

Trotsky, de cerca y por dentro, a la ida y a la vuelta

Leonardo Padura

En agosto de 2020, al cumplirse los ochenta años del asesinato de Lev Davídovich Bronstein, Trotsky, a manos del agente estalinista Ramón Mercader, recibí una cantidad sorprendente de peticiones de entrevistas, invitaciones a escribir artículos y también convocatorias a participar en mesas de debate sobre aquel hecho histórico. Al mismo tiempo me llegaban de diferentes partes del mundo, pero en especial de países latinoamericanos, informes diversos dedicados a rememorar y valorar, con la perspectiva del tiempo transcurrido, el crimen del 20 de agosto de 1940 en la casa del profeta desterrado, en la delegación mexicana de Coyoacán.

¿Qué curiosidad histórica, qué reclamo del presente podía haber provocado aquel renovado e intenso interés en la figura de Trotsky a casi un siglo de su muerte? En un mundo globalizado, digitalizado, polarizado de la peor manera, dominado por el liberalismo rampante y triunfante y, para colmos, azotado por una pandemia de proporciones bíblicas que ponía (y sigue teniendo) en jaque el destino de la humanidad, ¿a qué venía tal expectativa por recuperar el destino de un revolucionario soviético del siglo pasado que, por cierto, había sido el perdedor en una disputa política y personal que se pretendió cerrar con su asesinato? ¿Qué podían decirnos a estas alturas –en estas coordenadas históricas y sociales– el crimen de 1940 y la figura de la víctima de un furibundo golpe de piolet ordenado desde el Kremlin soviético?[1] ¿Trotsky y su pensamiento aún tenían vigencia, capacidad de transmitirnos algo útil para nuestro turbulento presente, tres décadas después de que desapareciera la Unión Soviética que él había contribuido a fundar?

La constatación de que determinados sectores del pensamiento, la política y el arte de estos tiempos aún se sienten convocados por las peripecias vitales y los aportes filosóficos y políticos de Lev Davídovich Trotsky puede tener un primer correlato (y otros muchos). Y esa primera dilucidación acaso reafirme (al menos así lo pienso) que, derrotado en la liza política, el exiliado resultaba ser un maltrecho vencedor en la disputa histórica proyectada hacia el futuro; de esta última, a diferencia de sus asesinos, él ha salido como un símbolo de resistencia, coherencia y, para sus seguidores, hasta como encarnación de una posibilidad de realización de la utopía. Y ha ocurrido este peculiar proceso no solo por la forma en que fue asesinado, sino, desde luego, por los mismos motivos que llevaron a Iósif Stalin a liquidarlo físicamente y a los estalinistas del mundo a borrarlo hasta de las fotos, de los estudios históricos y de los recuentos académicos. Un Stalin y unos estalinistas que –siempre habrá que repetirlo– no solo ejecutaron a la persona de Trotsky y pretendieron hacerlo con sus ideas, sino que a golpes de autoritarismo socialista también se encargaron de liquidar la posibilidad de una sociedad más justa, democrática y libre que en un momento se propusieron fundar hombres como Lev Davídovich. El mismo que, joven recién salido del partido menchevique, en 1905 llegó a decir que "para el proletariado, la democracia es en *todas* las circunstancias una necesidad política; para la burguesía capitalista es, en *ciertas* circunstancias, una inevitabilidad política"… sentencia clave que, de haberse puesto en práctica, quizá habría cambiado el destino de la humanidad.

No puede extrañarnos, entonces, que la recuperación y publicación, por primera vez en lengua española, de un texto de Lev Davídovich (o León Trotsky) provoque un justificado interés. Porque, dentro de la abultada bibliografía del hombre que incluso redactó una minuciosa autobiografía (*Mi vida*, publicada en 1930, obra que se cierra con el episodio de su destierro hacia la Unión Soviética oriental, inicio de su exilio definitivo), las páginas de *La fuga de Siberia en un trineo de renos* (en el original, *Tudá i obratno*; esto es, *Viaje de ida y vuelta*) sirven para entregarnos las armas de un joven escritor y revolucionario, cuya imagen, tan conocida, se redondea más aún con esta curiosa obra.

Y es que *La fuga de Siberia*, que Davídovich publicó en 1907 con el seudónimo de N. Trotsky bajo el sello de Shipovnik, es un opúsculo que, por la cercanía entre los sucesos narrados y su redacción –por la coyuntura

histórica en que ocurren esos acontecimientos, la edad y el grado de compromiso político de su autor en el momento de vivir lo que narra y, de inmediato, decidirse a plasmarlo–, nos entrega a un joven Trotsky casi en estado puro. Y esto en todas sus facetas: la de político, la de escritor, la de hombre de cultura y, sobre todo, la de ser humano.

Por ello, desde ahora me parece necesario advertir que las páginas de *La fuga de Siberia* narran la historia personal y dramática del *segundo* destierro de Davídovich hacia las colonias penales de Siberia (su primera deportación, vivida entre 1900 y 1902, había sido un período de crecimiento político y filosófico del que salió fortalecido e, incluso, con el seudónimo de Trotsky con que luego sería conocido) y las tremendas peripecias de su fuga casi inmediata, esta vez en el invierno de 1907. Toda una aventura vivida a resultas del llamado "Caso Soviet", cuando el autor, junto con otros catorce diputados, fue juzgado y condenado a deportación indefinida y pérdida de los derechos civiles[2] a raíz de los sucesos ocurridos en San Petersburgo alrededor de la creación y el funcionamiento del Consejo o Soviet de Delegados Obreros, que el propio Trotsky lideró durante sus semanas de existencia, en los meses finales del convulso año de 1905.

El texto, entonces, nos remite a un tiempo en que la vida política y filosófica de su autor estaban en el centro de los debates que definirían los rumbos por los que más tarde se moverían su pensamiento y acción revolucionarios, caldeados por esa experiencia vertiginosa del primer Soviet de la historia, en 1905, madurados en el fructífero exilio que viviría a partir de 1907 y concretados en la Revolución de Octubre de 1917, durante la cual sería nuevamente protagonista. Y de esta trayectoria emerge como una de las figuras centrales del proceso político que desemboca en la fundación de la Unión Soviética y la siempre polémica instauración de una dictadura del proletariado.

El Lev Davídovich de estos momentos es el revolucionario impulsivo y de pelo revuelto que, al decir de su reconocido biógrafo Isaac Deutscher,

> encarnaba el grado más alto de "madurez" que el movimiento [revolucionario] había alcanzado hasta entonces en sus aspiraciones más amplias: al formular los objetivos de la revolución, Trotsky iba más lejos que [Iuli] Mártov y que Lenin, y estaba en consecuencia mejor preparado para jugar un papel activo en los acontecimientos. Un infalible instinto político lo había

> llevado, en los momentos oportunos, a los puntos neurálgicos y a los focos de revolución.[3]

En ese trance, vemos también al pensador que pronto escribe *Resultados y perspectivas. Las fuerzas motrices de la revolución*, su principal obra del período, donde presenta los enunciados fundamentales del futuro trotskismo, incluida la teoría de la Revolución Permanente.[4] En esas páginas, Trotsky mismo advierte, con la lucidez política que muchas veces (no siempre) lo acompaña:

> En la época de su dictadura, […] la clase obrera tendrá que limpiar su mente de falsas teorías y experiencias burguesas, y purgar sus filas de charlatanes políticos y revolucionarios que solo miran hacia atrás… Pero esta intrincada tarea no puede resolverse colocando por encima del proletariado a unas cuantas personas escogidas… o a una sola persona investida con el poder de liquidar y degradar.[5]

Las páginas de *La fuga de Siberia*, sin embargo, no se convierten en un alegato político ni en una obra de propaganda o reflexión: sobre todo, relatan la historia personal y dramática (recogida de modo muy sucinto en *Mi vida*) que nos entrega a un Trotsky observador, profundo, humano, por momentos irónico, que otea a su alrededor y expresa un estado de ánimo o toma la fotografía de un ambiente que, sin duda alguna, se revela extremo, exótico, casi inhumano.

* * *

Concebido en dos partes perfectamente diferenciadas (“La ida” y “La vuelta”), el testimonio de estas experiencias sigue todo el proceso de traslado hacia el destierro de Trotsky y los otros catorce condenados por su participación protagónica en la Revolución de 1905. En efecto, el relato abarca desde la salida de la cárcel de la Fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo, el 3 de enero de 1907 (recinto donde había estado durante todo el año 1906 dedicado a escribir) hasta la llegada al poblado de Beriózov, el

12 de febrero de 1907, penúltima parada de un tránsito que debía terminar allí donde se cumpliría la condena, la remota localidad de Obdorsk, un paraje ubicado varios grados al norte del Círculo Polar Ártico, a más de 1500 verstas de la estación de ferrocarril más cercana y a 800 de una estación telegráfica, según el propio escritor.[6]

A continuación, y con un visible cambio de estilo y concepción narrativa, el libro cuenta, siempre en primera persona, la crónica de la fuga de Trotsky desde Beriózov (donde consigue permanecer, fingiéndose enfermo, mientras sus compañeros siguen adelante). Con su esperpéntico guía, tomará desde allí rumbo al Sudoeste, en busca de la primera estación de ferrocarriles en la zona minera de los Urales para concretar su regreso a San Petersburgo, desde donde partirá al exilio en el que, pocos meses después, tendría su primer encuentro –el que quizá ya desde el primer instante iba a definir su suerte– con el exseminarista Iósif Stalin.

El primer elemento que singulariza la concepción de *La fuga de Siberia* radica en que la mitad inicial está montada con las cartas que Trotsky le fue escribiendo a su esposa, Natalia Sedova, a lo largo de cuarenta extenuantes jornadas, mientras sus compañeros y él realizaban el recorrido hacia el destierro. Esa estrategia epistolar, casi como de un diario de viaje escrito sobre la marcha, define el estilo y el sentido del texto, pues lo narrado refleja una realidad recién vivida en la que no existe un posible conocimiento del futuro, como habría ocurrido con la redacción evocativa de lo ya conocido.

El relato, que comienza con una carta del 3 de enero de 1907, cuando Trotsky y sus compañeros de condena son trasladados hacia la cárcel provisoria de San Petersburgo, se extiende hasta la epístola del 12 de febrero, escrita ya en Beriózov, donde por consejo de un médico el autor finge un ataque de ciática para permanecer allí e intentar la fuga.

En todo este tiempo y trayecto, que comienza en tren y (desde finales de enero, en el poblado de Tiumén) continúa en trineos tirados por caballos, Trotsky y los demás condenados desconocen el destino final que les ha sido asignado y cuándo llegarán a él, por lo que se crea una expectativa cercana al *suspense*. Como era de esperar tratándose de correspondencia que podía ser revisada, en ningún momento el autor revela sus planes de fuga, aunque habla de las previsibles huidas de condenados que se producen con una frecuencia elevada. “Para hacerse una idea acerca del porcentaje de fugas, basta con saber que de los cuatrocientos cincuenta exiliados en determinada

área de Tobolsk solo quedan cien. Los únicos que no huyen son los haraganes", comenta en un momento. Sin embargo, Trotsky no deja de advertir los niveles de vigilancia de los que es objeto la partida de prisioneros, con una proporción que puede llegar a tres guardias por detenido, lo cual hacía casi inviable cualquier tentativa de escape.

El estilo epistolar de todo este tramo del texto está salpicado de descripciones, reflexiones, evocaciones, pero es fundamentalmente un resumen de hechos y de anotaciones del agotador y lento avance, en lo que el escritor define como un descenso diario de "un peldaño más hacia el reino del frío y el salvajismo", por unos territorios de la tundra o taiga siberiana donde se considera que "el frío es tolerable" a los "-20, -25, -30 ºC. [En efecto,] tres semanas atrás la helada alcanzó los -52 ºC".

El giro argumental y estilístico que desde la carta fechada en Beriózov se advierte en la narración es de ciento ochenta grados: de la epístola se pasa al relato, del presente registrado a modo de crónica se pasa al pasado narrado o descripto, de la incertidumbre y el *suspense* se deriva hacia la expectación y el recuerdo de lo ya vivido, de la ida se pasa a la vuelta con un desenlace conocido por el lector: el éxito de la fuga.

La narración entrecortada, pautada, como distante o simplemente más objetiva, de la primera parte se torna desde ese punto tensa e intensa, detenida y dramática, mientras se desarrolla una huida que siempre puede ser interrumpida por algún perseguidor, lo que añade todavía otro toque de *suspense* al relato. Trotsky se revela más observador, minucioso, por momentos incluso irónico y muy interesado en lo que ve a lo largo de un viaje cargado de peripecias. Entretanto, el fugitivo ha puesto su destino en manos de un personaje francamente pantagruélico: el ziriano[7] rusificado Nikifor Ivánovich, tan alcoholizado como la mayoría de los habitantes de esa región de la Siberia.

En la descripción de las once jornadas durante las cuales avanzan centenares de kilómetros a través de la tundra, Trotsky irá haciendo el recuento de sus impresiones respecto del paisaje natural y humano que encuentre a su paso, extremos cada uno de ellos en sus comportamientos y naturaleza. Si la simple presentación de los parajes de la taiga, zona de temperaturas insoportables, resulta reveladora, más interesante es su reseña de los tipos y costumbres que observa, esos miembros de poblaciones zirianas, ostiacas o vogulas, entre los cuales imperan no solo el alcoholismo y las epidemias, sino una alienación social y civil que los hace víctimas de

sus circunstancias –incluidas la geografía y su tiempo histórico– y marcan incluso la posibilidad de su extinción como culturas ancestrales independientes.

En esa memoria de paso, Trotsky anota párrafos como este:

> Los ostiacos son terriblemente perezosos; quienes se encargan de todas las labores domésticas, y no solo de las domésticas, son las mujeres: es bastante común sorprenderlas camino al bosque, yendo con un fusil a cazar armiños y visones.

También registra descubrimientos como este:

> Nos comunicamos por medio de Nikifor, que habla con igual fluidez en ruso, en ziriano y en dos dialectos ostiacos que apenas se asemejan: el superior y el inferior. Los ostiacos de aquí no saben pronunciar siquiera una palabra en nuestro idioma… ahora bien, las obscenidades rusas en toda su extensión engrosaron el vocabulario ostiaco y, junto con el vodka, constituyen el aporte más irrefutable de la cultura oficialista rusificadora. El sombrío lenguaje ostiaco que ignora la expresión "buenas tardes" se ilumina de pronto con el destello cegador de una indecencia rusa pronunciada sin una brizna de acento, con una claridad impecable.

Y hace acotaciones como esta:

> Por lo general, noté que los niños ostiacos suelen ser bastante carilindos. ¿Por qué se pondrán tan feos los adultos?

A la vez, deja constancia del carácter de otros personajes importantes en esos parajes: los renos. Los discretos y resistentes renos que tiran de los trineos que le devuelven la libertad.

> Los renos son unas criaturas fascinantes. No pasan hambre ni padecen cansancio. Cuando emprendimos nuestra odisea, llevaban ya dos días sin alimentarse y va a ser otro día más sin dar un bocado. Según asegura Nikifor, "apenas si tomaron carrera". Corren a buen paso, sin un ápice de fatiga, a unas 8 o 10 verstas

> por hora. Cada 10 o 15 verstas hay que hacer un descanso breve de dos o tres minutos para que los renos se repongan; al cabo de este tiempo, siguen como antes. Semejantes tramos se llaman "correrías de renos". Ya que nadie se ocupa de calcular las verstas, los habitantes de este paraje suelen medir las distancias en correrías. 5 correrías equivalen a unas 60 o 70 verstas.

Esos renos fascinantes, más el incontrolable ziriano Nikifor y otros ostiacos y vogulos alcoholizados le permiten a Lev Davídovich llegar a salvo a la zona minera de los Urales, desde allí escapar a San Petersburgo y partir luego al exilio. La vuelta se ha concretado, con sobresaltos y disgustos, pero con éxito en sus propósitos.

La fuga de Siberia aparece como una inesperada grieta que nos permite asomarnos a la personalidad íntima del hombre político y revolucionario a tiempo completo y a sus relaciones con la condición humana. Constituye, además, una muestra de sus capacidades literarias (no en balde por una época lo apodaron "La Pluma") y, como colofón, su publicación, por primera vez en lengua española, puede resultar un homenaje a la memoria de un pensador, escritor y luchador asesinado hace más de ochenta años que, en este mundo tan descreído de hoy, todavía hace pensar a algunos que la utopía es posible. O, cuando menos, necesaria.

Mantilla, septiembre de 2021

---

[1] Alusión a la herramienta compacta de alpinismo usada como arma homicida por Ramón Mercader. [N. de E.]
[2] Dos o tres años antes, se había suprimido el castigo adicional de cuarenta y cinco latigazos al condenado.
[3] Isaac Deutscher, *Trotsky, el profeta armado*, México, Era, 1966, pp. 118-119.
[4] Ibíd., p. 146.
[5] Cit. ibíd., p. 96.
[6] La versta equivale a 1066,8 m, por lo que, en un cálculo grueso, podemos asimilarla a 1 km.
[7] Esto es, perteneciente a una de las etnias komi, grupos hablantes de la lengua permia.

Nota del editor

Horacio Tarcus

El 16 de diciembre de 1905 la policía rusa irrumpía en el edificio de la Sociedad de Economía Libre de San Petersburgo, donde se estaba realizando la que sería la última sesión del Soviet de Delegados Obreros de la capital rusa. Culminaba así no solo la Revolución Rusa de 1905, sino también, para decirlo en palabras de Isaac Deutscher, la epopeya del primer Soviet de la historia, un sistema de democracia directa mediante delegación popular nacido espontáneamente en octubre de ese mismo año.[8] Esta creación del proletariado ruso, que renacería con la Revolución de 1917, había logrado sostenerse activa durante cincuenta días, desafiando nada menos que al poder zarista.

En total habían sido detenidos unos trescientos delegados del Soviet, entre mencheviques, bolcheviques, socialistas revolucionarios e independientes. Fueron acusados de preparar la insurrección. Entre los procesados descollaba la figura de León Trotsky. No solo había ocupado el puesto de máxima autoridad del Soviet después del arresto del abogado Gueorguy Jrustalyov-Nosar, su primer presidente; a sus escasos 25 años, el joven Trotsky se había erigido en el nervio motor del Soviet, el orador de los discursos electrizantes, el redactor de sus manifiestos y resoluciones, el director de su órgano, *Izvestia* [Noticias]. En ese despliegue de energías vitales que desatan las revoluciones, se daba tiempo también para redactar *Nachalo* [Inicio], el periódico de los mencheviques, con el que colaboraban figuras como August Bebel, Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo, y escribir los editoriales de la *Russkaia Gazeta* [Diario Ruso], que en esas semanas cruciales había alcanzado una tirada de 250.000 ejemplares.

Mientras aguardaban el proceso, los detenidos fueron enviados primero a la prisión Kresty (“Cruces”, como se la conoce en ruso, por su arquitectura) y luego a la Fortaleza de Pedro y Pablo, erigida en una isla bordeada por el

río Nevá. Los delegados estaban investidos de un prestigio tan grande que sus carceleros los trataron con consideración y respeto: gozaban de libertad para reunirse, pasear por el patio, sostener debates, recibir libros, escribir. La propia Rosa Luxemburgo llegó a visitarlos apenas salió de la cárcel en Varsovia.

El juicio contra el Soviet se fue dilatando hasta septiembre, y eso les permitió a los prisioneros preparar su defensa con varios meses de antelación. El turno de Trotsky fue el 17 de octubre. Con sus dotes dramáticas y oratorias, explicó a los jueces que el Soviet no había "preparado" un levantamiento armado, como sostenía el fiscal. "Un levantamiento de masas no se hace, señores jueces, [a voluntad de algún líder]. Se hace él mismo. Es el resultado de relaciones y condiciones sociales, y no de un plan formulado en el papel. Una insurrección popular no se puede montar. Solo se puede prever". El 2 de noviembre, el jurado pronunció su veredicto: los miembros del Soviet fueron absueltos de la acusación de insurrección; pero Trotsky y otros catorce procesados fueron condenados a la pérdida de sus derechos civiles y a la deportación de por vida a Siberia, bajo vigilancia.

Con su traje gris de presidiario, el 5 de enero de 1907 Trotsky era enviado con los otros detenidos rumbo a Obdorsk, una ciudad situada sobre el Círculo Polar Ártico, a más de 1600 km de la estación de ferrocarril más cercana. El grupo emprendió el viaje en tren desde San Petersburgo hasta Tiumén, en Siberia occidental, atravesando los Urales. Desde allí, escoltados por cincuenta y dos soldados, los catorce detenidos fueron trasladados en cuarenta trineos tirados por caballos hasta la ciudad de Tobolsk, donde fueron alojados en la cárcel local. Días después, el convoy retomó su ruta e hizo dos paradas en otras tantas ciudades siberianas: Samarovo y Beriózov. Hasta entonces, llevaban treinta y tres días de viaje.

Ante la perspectiva de quedar condenado a seguir el destino de la Revolución Rusa desde el lejano Círculo Polar Ártico, en Beriózov Trotsky concibe su plan de evasión. Las vicisitudes del camino del destierro y las peripecias de la fuga fueron narradas por el propio Trotsky en *Tudá i obratno* [Viaje de ida y vuelta], publicado en 1907 por la editorial Shipovnik de San Petersburgo con el seudónimo de N. Trotsky, que aquí presentamos en traducción directa del ruso con el título *La fuga de Siberia en un trineo de renos*. Algunos tramos de este relato fueron incorporados por el autor a la segunda parte de la edición alemana de *1905. Resultados y*

perspectivas (1909), cuya versión integral es inhallable en castellano desde hace medio siglo.[9]

Como sucede con ciertas novelas epistolares, debemos seguir el hilo de la primera parte (el camino de "ida" a Siberia) a lo largo de una serie de cartas que Trotsky envía a un corresponsal –que preserva anónimo– en cada escala de su camino a Beriózov. La segunda parte ("La vuelta") adopta la forma de una crónica, en la cual el narrador retoma de su libreta de apuntes detalles sobre la Siberia. Temiendo a cada minuto por su captura y confiando su vida y su libertad al cochero Nikifor, que no para de beber, el fugitivo Trotsky se convierte, acaso contra su voluntad, en un viajero etnógrafo. Transita por lugares escasamente poblados durante la estación más fría del año, participa en una captura de renos, pasa las noches junto al fuego y toma notas acerca de la vida de los pueblos siberianos cuyas lenguas y costumbres va conociendo.

Veinticinco años después, Trotsky retomó brevemente el tema de su segundo destierro en *Mi vida* (1930), su célebre ensayo autobiográfico. Allí advertía en una nota al pie que en su primer relato de los hechos había omitido el nombre de sus cómplices para no comprometerlos ante la policía zarista:

> En mi libro *1905* he procurado desfigurar esta parte de la fuga. En aquellos tiempos, un relato fiel habría puesto a la policía del Zar en la pista de mis cómplices. Confio en que Stalin no irá a perseguirlos ya por la ayuda que me prestaron; además, el crimen ha prescripto. Y concurre asimismo la atenuante de que en la última etapa de la evasión fui auxiliado, como se verá, por el propio Lenin.[10]

Desde entonces, nos enteramos de que su corresponsal durante "la ida" no fue otra que Natalia Sedova, la revolucionaria rusa que había conocido en 1902 durante el exilio en París y que de inmediato pasó a ser su compañera de vida. También llegamos a saber que el plan de evasión le fue sugerido por su amigo y compañero de militancia Dmitri Sverchkov. Que el médico que le enseñó a fingir una ciática era el doctor Viot, uno de los integrantes del convoy. Y que fue Faddei Roshkovsky, un veterano del ejército zarista que cumplía en Beriózov la pena de exilio, quien le proporcionó las conexiones con los dos campesinos que lo acompañarían y guiarían durante

la fuga: Nikita Serapionovich, apodado “Pata de Cabra”,[11] que lo sacó de la aldea escondido en un carro de paja, y Nikifor Ivánovich, un ziriano que no paraba de beber pero que conocía mejor que nadie la estepa siberiana y hablaba con familiaridad los distintos idiomas de los pobladores.

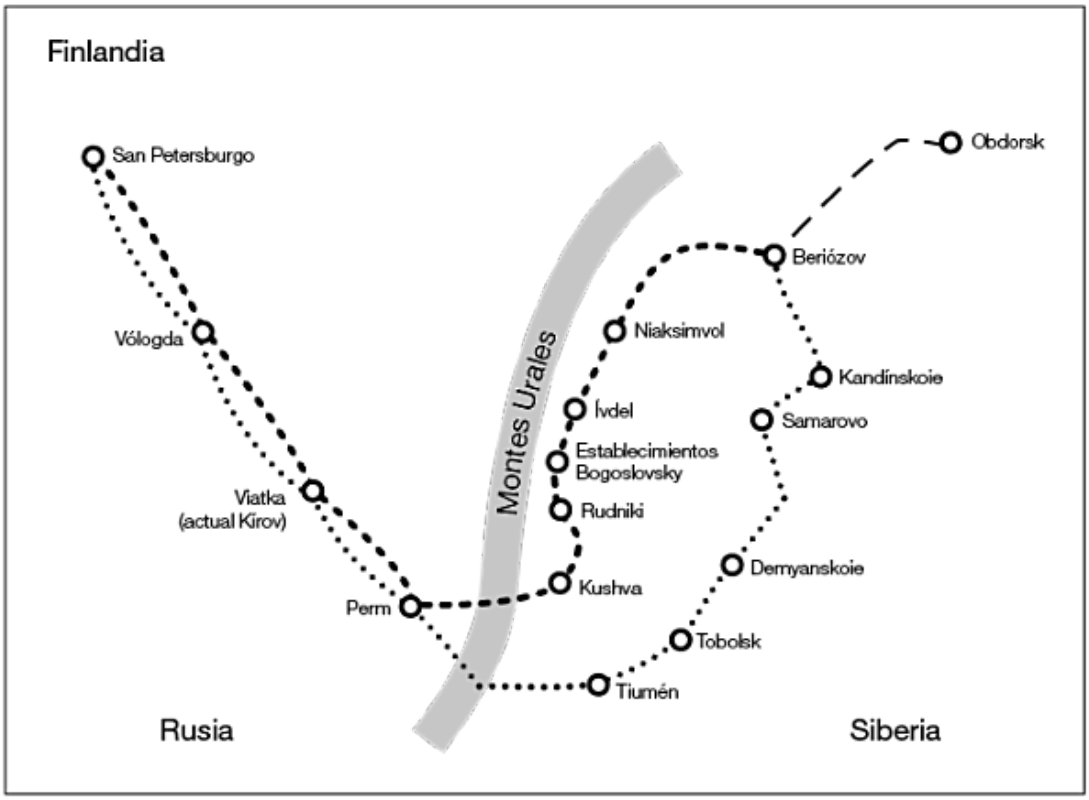
Si las dotes expresivas de Trotsky en sus otras obras autobiográficas –*Mis peripecias en España*, *Diario del exilio* o *Mi vida*– no necesitan mayor confirmación, quien lea la presente obra se encontrará con un narrador literario en estado puro, capaz de apelar a todos los recursos del *suspense* para construir un relato atrapante, en el que un reno desbocado, un cochero entredormido o un lugareño que dispara una pregunta inoportuna pueden malograr en cualquier momento el plan de fuga. Pleno de humor chejoviano, el protagonista adopta máscaras sucesivas para cumplir con su meta (finge ser un enfermo, un mercader y un ingeniero ferroviario que forma parte de una expedición) y viaja munido de los más diversos medios de cambio, que le permiten obsequiar tabaco, chocolates o una botella de ron para facilitar el desenlace de un encuentro inesperado, dejando como último recurso (si la situación llegara a dar un vuelco) el revólver escondido en la maleta. En esta obra, la política solo aparece de modo implícito, en la medida en que el fugitivo que cuenta al lector sus aventuras es, en definitiva, un revolucionario condenado al destierro que busca cruzar los Urales para reunirse con su mujer en San Petersburgo y, una vez atravesada la frontera con Finlandia, pisar finalmente territorio libre.

Y, por fuera de cualquier espoileo de la trama, sabemos que allí llegó. En Oggelvy, pueblito cercano a Helsinki, Trotsky encontró la suficiente tranquilidad para transformar sus notas de viaje en *Tudá i obratno*, que se publicó en San Petersburgo ese mismo 1907. El adelanto que le dio la popular editorial Shipovnik le permitió solventar sus próximos pasos de revolucionario a tiempo completo. La revancha iba a llegar en la década siguiente: días después de su regreso a Rusia en mayo de 1917 se lo vería otra vez al frente del Soviet de Petrogrado… Pero esa es otra historia.

---

[8] Isaac Deutscher, *Trotsky. El profeta armado*, México, Era, 1969, p. 141.
[9] León Trotski, *1905. Resultados y perspectivas*, París, Ruedo Ibérico, 1971.
[10] León Trotsky, *Mi vida. Ensayo autobiográfico*, Madrid, Cenit, 1930, p. 204.
[11] Dato aportado ibíd.

Itinerario de León Trotsky, durante su "ida" a Siberia como deportado y su "vuelta" como fugitivo

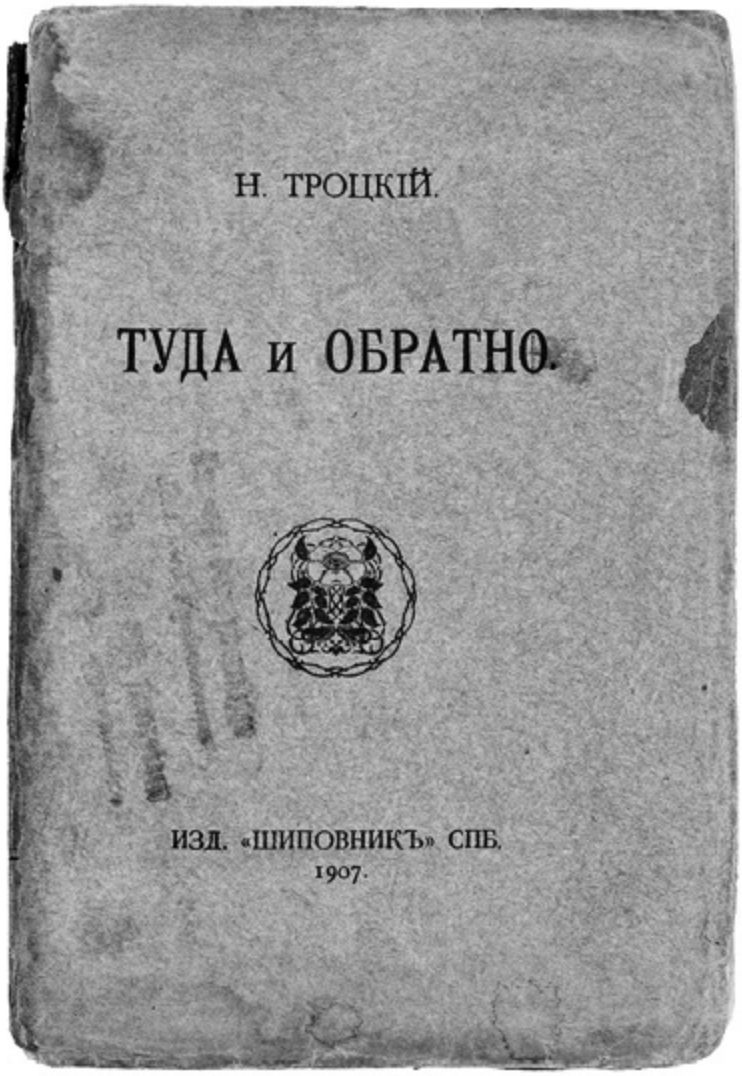


La ida

La vuelta

Trayecto previsto del convoy de deportados

La fuga de Siberia en un trineo de renos



A modo de prólogo

En el Congreso socialdemócrata de Estocolmo se dieron a conocer unos curiosos datos estadísticos que permiten hacerse una idea de las condiciones en las que se desenvuelve la actividad del partido proletario:[12]

> Los 140 integrantes del Congreso pasaron en la cárcel 138 años y ½ mes en total.
> El Congreso pasó en el exilio 148 años y 6 ½ meses.
> Se fugaron de la cárcel en una ocasión: 18 personas; en dos ocasiones: 4 personas.
> Se fugaron del exilio en una ocasión: 23 personas; en dos ocasiones: 5 personas; en tres ocasiones: 1 persona.
> Si se tiene en cuenta que el Congreso participó en la actividad política durante 942 años en total, resulta que la permanencia en el sistema penitenciario corresponde a una tercera parte de su actividad en términos de tiempo.

Aun así, estas magnitudes se nos antojan demasiado optimistas: que el Congreso haya participado en la labor socialdemócrata por 942 años significa tan solo que la actividad política de la totalidad de sus participantes se extiende a lo largo de 942 años, pero no quiere decir que estos 942 años se hayan destinado por entero al trabajo político. Dadas las circunstancias de clandestinidad, la acción directa propiamente dicha quizá solo corresponda a una quinta o décima parte de este lapso. En cambio, la permanencia real en la cárcel y en el destierro no difiere en absoluto de la que esbozan las cifras: el Congreso pasó entre rejas más de cincuenta mil días y noches y estuvo confinado en los rincones más salvajes del país durante todavía más tiempo.

Tal vez se nos permita aportar como complemento de las estadísticas expuestas otros datos basados en la experiencia propia. El autor de estas

líneas, arrestado en enero de 1898 luego de desempeñar su actividad en los talleres obreros durante 10 meses, pasó 2 ½ años en la cárcel, y cuando se escapó del exilio había cumplido 2 de los 4 años de la condena. El autor fue detenido por segunda vez el 3 de diciembre de 1905 como miembro del Consejo (Soviet) petersburgués de delegados obreros. El Soviet existió durante 50 días. Los condenados del "Caso Soviet" estuvieron encarcelados 400 días en total y luego fueron escoltados a la ciudad de Obdorsk para cumplir el "asentamiento perpetuo".

Cualquier socialdemócrata ruso que haya militado 10 años o más en el partido proporcionará, sin duda, datos similares a su respecto.

El embrollo gubernamental existente después del 17 de octubre –que el *Almanaque de Gotha*,[13] con su inconsciente humor propio del pedantismo jurídico, calificó de "monarquía constitucional a merced del monarca autocrático"– de ningún modo ha influido en nuestra situación. El régimen actual no nos traga, no admite nuestra existencia ni siquiera de forma provisoria, ya que en realidad no abarca la actividad vital de las masas populares. ¡Los ramplones e hipócritas que nos exhortan a elegir la vía legal se asemejan a María Antonieta, que propuso a los campesinos famélicos que comieran brioches! ¡Qué más da que nuestros organismos padezcan esa extraña dolencia y no puedan digerir los panecillos finos! ¡Qué importa que nuestros pulmones estén contagiados de esa inextinguible pasión por la atmósfera de los desolados calabozos de la Fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo! ¡Qué importa que no hayamos deseado o podido aprovechar de otra forma aquellas horas infinitamente largas que el carcelero arrancó de nuestras vidas!

Estamos tan poco enamorados de nuestra clandestinidad como un ahogado de las profundidades marinas. Pero nuestras opciones –digámoslo sin ambages– se ven igualmente reducidas que las del absolutismo. La muy nítida conciencia que tenemos al respecto nos permite no perder el optimismo incluso en estos momentos, cuando la clandestinidad se ciñe como una lóbrega e implacable soga a nuestros cuellos. ¡No nos va a asfixiar, de esto no cabe la menor duda! ¡Sobreviviremos a todos ellos! Cuando las cenizas de aquellas gestas que hoy en día acometen los príncipes de este mundo, sus secuaces y los secuaces de sus secuaces se hayan desvanecido, cuando no haya forma de encontrar los sepulcros donde yazgan muchos de los partidos actuales con sus consignas, entonces, la causa a la cual nos consagramos se apoderará del universo; entonces,

nuestro partido, actualmente sofocado por la clandestinidad, se disolverá en la humanidad entera, que por primera vez será dueña de su propio destino.

La historia es una gigantesca maquinaria al servicio de nuestros ideales. Arranca con una lentitud despiadada, con una crueldad indolente… pero hace su faena. Confiamos en ella. Tan solo en estos instantes, cuando su mecanismo insaciable engulle como combustible la sangre viva de nuestros corazones, dan ganas de gritarle a todo pulmón:

–¡Lo que hagas, hazlo ya!

N. T.

París, 8-21 de abril de 1907

---

[12] Se refiere al Congreso de los socialdemócratas rusos, realizado en Estocolmo en abril-mayo de 1906. [N. de E.]

[13] Suerte de guía genealógica y de trayectorias de la aristocracia y las casas nobiliarias europeas, publicado en esa ciudad. [N. de E.]

La ida

Fragmentos de cartas

3 de enero de 1907

Llevamos ya dos o tres horas en la cárcel transitoria. Tengo que confesar que me causó un gran desasosiego abandonar mi catre en la preventiva. ¡Con lo acostumbrado que estaba a aquel calabozo diminuto en el que se trabajaba tan a gusto! Los reos sabíamos que en la cárcel transitoria nos meterían a todos en el mismo barracón. ¿Acaso existe algo más angustiante? Y después… toda esa mugre con la que ya estoy familiarizado, el alboroto y el desvarío del camino por etapas. Saber cuánto tardaremos en llegar al sitio. Saber cuándo regresaremos. En fin, ¿no habría sido mejor quedarme en la celda 462 leyendo, escribiendo… esperando? Como bien sabe usted, incluso mudarse de departamento supone una proeza moral para una persona como yo. Ni qué decir tiene: la mudanza de cárcel a cárcel es un tormento mucho mayor. Nueva administración, nuevas tensiones, nuevos esfuerzos destinados a granjearse un trato no muy desfavorable… Me espera un incesante aquelarre de funcionarios, desde los administrativos de la cárcel transitoria de Petersburgo hasta el guardián de la aldea siberiana a la que seré desterrado. Ya hice este camino una vez y me dispongo a repetirlo sin demasiado entusiasmo.

Fuimos traídos aquí de repente, sin aviso previo. En la antesala fuimos instados a enfundarnos en el uniforme de reo. Realizamos ese procedimiento con una curiosidad pueril. Era entretenido ver a los compañeros con los pantalones grises, chaquetas grises y gorros grises. Eché en falta el clásico "as"[14] en el dorso. Nos permitieron conservar la ropa interior y el calzado que teníamos puestos. Con el vestuario renovado, nuestra tropa revoltosa irrumpió en el barracón…

Pese a los rumores agoreros, el trato de la administración es bastante aceptable, en cierto modo, incluso atento. Hay razones para suponer que no

faltó una disposición especial: ¡vigilar con ojos de lince, pero sin provocar altercados!

La fecha de nuestra partida sigue siendo una gran incógnita: al parecer, temen manifestaciones de protesta e intentos de liberación por la fuerza a lo largo del camino.

10 de enero

Le escribo sobre la marcha del tren… Serán ya las 9 de la mañana.

Esta madrugada, sobre las 3.30, nos despertó el carcelero principal (¡la mayoría de nosotros, que hasta bien entrada la noche estuvimos absortos jugando al ajedrez, apenas nos habíamos acostado!) para comunicarnos que salíamos a las 6. Llevábamos tanto tiempo ansiosos por saber la fecha del viaje que, al ser anunciada tan repentinamente nos dejó… anonadados.

Todo lo que siguió se desarrolló según lo previsto. Confusos y apremiados, preparamos nuestras pertenencias. Acto seguido, bajamos a la antesala donde se habían agolpado también las mujeres y los niños. Fuimos recibidos por el convoy que registró apresuradamente nuestros bultos. Un encargado semidormido entregó nuestro dinero al oficial. Enseguida nos hicieron subir a los carruajes para presos y nos llevaron a la estación Nikoláievski con escolta reforzada. Resultaba bastante llamativo que hubieran reclutado de urgencia a soldados moscovitas para realizar la vigilancia: por lo visto, ya no tenían fe en el convoy de Petersburgo. El oficial se mostró muy afable al recibirnos, pero sus respuestas a nuestras preguntas delataban una ignorancia apabullante. Aseveró que el encargado de supervisarnos y de despachar las órdenes correspondientes era cierto coronel de gendarmería, mientras que él, el oficial, solamente estaba comprometido a hacernos llegar a la estación. Desde luego, tal vez fuese mera diplomacia de su parte.

Llevamos una hora arriba del tren sin saber todavía adónde nos dirigimos: si vamos hacia Moscú o hacia Vólogda. Los soldados también lo desconocen. En el caso de *estos*, es cierto que no saben nada al respecto.

Tenemos a nuestra disposición un vagón separado, de tercera clase, muy bueno. Hay camas suficientes para todos. Para los equipajes se dispuso un furgón en el que, según el convoy, van los diez gendarmes que nos escoltan

bajo el mando del coronel. Entramos al vagón con la impasibilidad de quien no se preocupa en lo más mínimo por el itinerario: no importa por qué camino nos lleven, nos harán llegar adonde haga falta…

Resulta que nos dirigimos hacia Vólogda: uno de los nuestros pudo adivinar la ruta ferroviaria por el nombre de la estación. Esto significa que dentro de cuatro días estaremos en Tiumén.

La gente se ve agitada. Tras trece meses de confinamiento, el viaje entretiene y estimula. Las ventanas están cubiertas con rejas, pero detrás de estas rejas hay libertad, hay vida y movimiento… ¿cuándo nos tocará volver por estos rieles?

11 de enero

Si bien el oficial del convoy es atento y amable, el equipo lo es por partida doble. Casi todos han leído el legajo judicial y nos tratan con una compasión enorme. Un detalle interesante: hasta el último minuto, los soldados ignoraban a quién escoltarían, y adónde. Por las precauciones con que los habían remitido inesperadamente de Moscú a Petersburgo, sospechaban que debían llevarnos a Shlisselburg para después ejecutarnos. En la sala de ingreso de la cárcel transitoria me di cuenta de que el convoy estaba sobresaltado y era inusualmente servicial. Ya en el tren descubrí el motivo… ¡Qué alegría sintieron al enterarse de que éramos diputados obreros condenados tan solo al destierro!

Los gendarmes que forman el convoy adicional nunca se dejan ver por aquí. Se ocupan de la vigilancia externa: acordonan los vagones en las estaciones, hacen de centinelas de puertas afuera y demás, pero, según parece, su tarea esencial consiste en observar a los escoltas. Por lo menos, eso piensan los propios soldados.

Nos avisan con anticipación, por telégrafo, sobre los suministros de agua potable, agua caliente para el té y provisiones. En este sentido, gozamos de todas las comodidades imaginables. No en vano el despensero de una estación cualquiera se hizo una noción tan exagerada acerca de nuestras personalidades que, con los custodios como emisarios, nos ofreció treinta ostras. Semejante ocurrencia nos resultó sumamente divertida; no obstante, optamos por renunciar al obsequio.

12 de enero

Nos estamos alejando cada vez más de ustedes. Desde el primer día, la gente se fraccionó en varias agrupaciones de carácter "familiar y convivial" y, debido a que el espacio en el vagón es limitado, cada una se desenvuelve aisladamente. Apenas el doctor[15] sigue sin afiliarse a ninguna: con la camisa arremangada, emprendedor e infatigable, se entremete con el resto.

Como usted sabe, tenemos cuatro niños en el vagón. Sin embargo, su comportamiento es impecable; es decir, uno se olvida de su existencia. Los lazos de amistad que los unen a los escoltas son asombrosamente estrechos. Los bestias de los soldados los tratan con una ternura inmensa.

* * *

¡Qué manera de vigilarnos! En cada estación hay gendarmes que acordonan nuestro vagón, y en las grandes interviene custodia suplementaria. Aparte de los fusiles, los gendarmes empuñan unos revólveres para intimidar a cualquiera que, por casualidad o bien para matar el tiempo, se acerque al vagón. En la actualidad solo existen dos categorías de personas que pueden aspirar a semejante cortejo: "delincuentes" importantes y ministros célebres.

Tienen elaborada una táctica muy determinada con respecto a nosotros: la conocemos desde la cárcel transitoria. Por un lado, hay una vigilancia incansable; por otro, hay caballerosidad en los márgenes de la ley. En esto se manifiesta el genio constitucional de Stolypin; empero, no cabe duda de que tarde o temprano va a fallar.[16] La pregunta es qué fallará primero: ¿la vigilancia o la caballerosidad?

* * *

Acabamos de llegar a Viatka.[17] Estamos parados. ¡Menuda recepción nos brindó la burocracia! Ojalá lo viera usted. A cada lado del vagón hay media compañía de soldados distribuidos en filas. Más allá están los vigilantes con

sus rifles detrás de las espaldas. Oficiales, *isprávniki*,[18] policías, etc. Los gendarmes se arriman al vagón, como siempre. En fin, parece un auténtico desfile militar. Seguramente fue el príncipe Aleksandr Konstantínovich Gorchakov, el *pompadour* de por aquí,[19] quien, en su afán por cumplir el protocolo petersburgués, nos obsequió con sus arbitrariedades. Los nuestros se ofenden: ¿por qué no desplegaron la artillería? ¿Será posible imaginarse una cobardía tan mezquina? ¡Es toda una parodia del "poder autoritario"!

Nos podemos sentir plenamente orgullosos: por lo visto, el Soviet, aunque muerto, les provoca miedo.

¡Cobardía e insensatez! Cuántas veces se han convertido en el reverso de la caballerosidad y la deferencia. Para que nuestro itinerario, de por sí imposible de ocultar, permanezca en secreto –será por eso, no se me ocurre otro motivo–, se nos prohíbe enviar correspondencia durante la travesía. Tal es la disposición del coronel invisible, en virtud del protocolo petersburgués. No obstante, desde el primer día empezamos a escribir cartas, alimentando la esperanza de poder despacharlas. No nos equivocamos. El protocolo no había previsto que carecía por completo de servidores fieles, mientras que nosotros estábamos rodeados de cómplices por todos lados.

16 de enero

Mis circunstancias actuales son las siguientes. Estamos en una aldea a 20 verstas de Tiumén.[20] Es de noche. Una *izbá* campesina.[21] Un cuarto sucio de techo bajo. El suelo está sembrado de cuerpos de los integrantes del Consejo de Delegados Obreros. Siguen despiertos, hablando, riendo…

Echamos la suerte con otros tres pretendientes y me tocó un amplio banco-sofá. ¡Soy un afortunado!

Pasamos el día entero en Tiumén. Fuimos recibidos por una gran multitud de soldados, a pie y a caballo. Ya estamos acostumbrados a todo esto. Los jinetes (o *cazadores*) cabalgaban airosamente, ahuyentando a los chicos que estaban en las calles. La infantería nos escoltó de la estación a la cárcel. El trato sigue siendo extremada o exageradamente atento; sin embargo, los recaudos se incrementan hasta rayar en la superstición.

Por ejemplo, aquí nos dejaron hacer encargos telefónicos de todo tipo en cualquier tienda a nuestra elección y al mismo tiempo no permitieron que camináse mos por el patio de la cárcel. Lo primero es una cortesía, lo otro, una violación de derechos. En Tiumén tomamos los carruajes. Lo más aparatoso fue que designaran a cincuenta y dos (¡cincuenta y dos!) soldados de convoy, sin contar al capitán, el policía y el *uriadnik*,[22] para catorce presos, ¡inconcebible! Todos se quedaron perplejos, incluso los soldados, el capitán, el policía y el *uriadnik*. El protocolo es el protocolo. Ahora vamos camino a Tobolsk, avanzando con una lentitud exasperante. Hoy, por ejemplo, solo hicimos 20 verstas en todo el día. Llegamos a esa escala a la 1 de la tarde.

–¿Seguimos?

–¡Ni hablar!

Ni hablar. ¿Y eso por qué? Por el protocolo. Entiendo que no quieran transportarnos de noche; buscan que no haya fugas: eso todavía tiene un ápice de sentido. Lo que ocurre es que los de Petersburgo desconfían tanto de la iniciativa de las autoridades locales que han trazado un itinerario versta a versta. ¡Qué diligencia por parte del departamento de policía! Resulta que hacemos tres o cuatro horas al día y nos quedamos parados las veinte horas restantes. A esta velocidad, tardaremos unos diez días en recorrer las 250 verstas que nos separan de Tobolsk, a donde, por tanto, llegaremos el 25 o el 26 de enero. Cuánto tiempo nos demoraremos en Tobolsk, cuándo y hacia dónde saldremos, es un misterio, o, mejor dicho, no nos lo cuentan.

Ahora ocupamos unos cuarenta trineos aproximadamente. En los delanteros se colocan nuestros enseres. En los del medio, nosotros, "los diputados", de a dos. Por cada par de nosotros hay dos soldados. Por cada trineo, un caballo. Detrás se arrastra una retahíla de trineos cargados de las masas soldadescas. A la cabeza de ese tren va el oficial en un trineo cubierto junto con el *prístav*.[23] Vamos a paso de tortuga. A lo largo de unas verstas nos acompañaron veinte o treinta *cazadores a caballo* de Tiumén. En definitiva, si tomamos en consideración que semejantes precauciones inauditas e inimaginables se implementan conforme a las directivas petersburguesas, nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que pretenden llevarnos al lugar más recóndito posible, cueste lo que cueste. ¡No vayamos a pensar que este viaje y todo este séquito palaciego son una

mera veleidad burocrática…! Más adelante, podría acarrearnos serias complicaciones…

Todo el mundo duerme. En la cocina contigua, cuya puerta está abierta, hacen guardia los soldados. Detrás de las ventanas se pasean los centinelas. La noche es espléndida: llena de luna, azul de la escarcha, cubierta de nieve. Qué ambiente más extraño: estos cuerpos echados sobre el suelo, sumidos en un sueño pesado, estos soldados junto a la puerta y las ventanas… Sin embargo, como es la segunda vez que recorro este calvario, la sensación de novedad se va perdiendo… Igual que la prisión Kresty[24] me parecía una suerte de continuación de la cárcel de Odesa, construida a su semejanza, este viaje se me antoja la continuación –con pausas temporarias– de la ruta por etapas a la gubernia[25] de Irkutsk…

En la cárcel de Tiumén había un sinfín de presos políticos; en primer lugar, desterrados administrativos.[26] Se reunieron bajo nuestra ventana, nos saludaron con cánticos e incluso arrojaron una bandera roja con la divisa "Viva la Revolución". Tienen un coro nada desdeñable: al parecer, llevan mucho tiempo encarcelados juntos y han podido afinar las voces.

Les devolvimos el saludo a través de la claraboya. En la misma cárcel, los presos comunes nos hicieron llegar una extensísima petición en prosa y verso en la que suplicaban a los *revolucionarios soberanos de Petersburgo* que les dieran una mano. Queríamos pasar un poco de dinero a los presos políticos más necesitados –tenga presente que muchos de ellos ni siquiera disponen de ropa de invierno– pero la administración de la cárcel nos lo negó rotundamente. El protocolo impide cualesquiera interacciones entre los diputados y el resto de los presos políticos. ¿Aunque sea con la intermediación de unos billetes despersonalizados? ¡Naturalmente! ¡Qué perspicacia!

No nos dejaron enviar telegramas desde Tiumén, en procura de que nuestro paradero y la fecha de partida permaneciesen en secreto. ¡Menudo sinsentido! ¡Como si estos desfiles militares a lo largo del camino no indicaran la ruta a todos los ociosos!

18 de enero. Pokróvskoie

Le escribo desde el tercer apeadero de la etapa. La lentitud del viaje nos está desgastando. Vamos a 6 verstas por hora, no mucho más, hacemos no más de cuatro o cinco horas al día. Menos mal que el frío es tolerable: -20, -25, -30 ºC. Tres semanas atrás, la helada alcanzó los -52 ºC. ¿Cómo nos las arreglaríamos con los niños pequeños a esta temperatura?

Todavía falta una semana para llegar a Tobolsk. Sin prensa, sin correspondencia, sin noticia alguna.

Escribimos desde aquí sin tener certeza de que la carta llegue a las manos del destinatario: aún tenemos prohibido enviar correspondencia en ruta y nos vemos obligados a recurrir a resquicios fortuitos y no siempre seguros.

Empero, en rigor son todas nimiedades. Estamos bien abrigados e inhalamos con deleite el aire fresco tras la atmósfera vil de la penitenciaría. Piense lo que piense, en sus etapas primitivas el organismo humano no tuvo ocasión para adaptarse al ambiente del aislamiento celular. En Siberia todo sigue igual que hace cinco o seis años y a la vez nada es lo mismo; han cambiado no solo los soldados siberianos (¡y hasta qué punto!), sino también los *cheldoni* (campesinos):[27] hablan sobre los temas políticos, reflexionan sobre cuándo va a terminar *todo esto*. El niño cochero, de unos 13 años de edad –asegura que tiene 15– vocifera a lo largo de todo el camino:

–¡Arriba el pueblo obrero! ¡Arriba los hambrientos! ¡A luchar!

Los soldados, cuyo aspecto denota una inequívoca simpatía hacia el cantante, se burlan de él, y amenazan con elevar quejas al oficial. Pero el muchacho es perfectamente consciente de que todos están de su lado y sin tapujos sigue, a voz en cuello, llamando a la lucha obrera… La primera residencia desde donde le escribí era una miserable *izbá* campesina. Las otras dos son pensiones presupuestarias[28] no menos cochambrosas, pero más cómodas. Nuestra pensión tiene una sección femenina y una masculina, hay cocina. Dormimos en camastros. Debemos limitar la higiene a lo estrictamente básico: es, tal vez, el mayor engorro del viaje.

Aquí, a la pensión, vienen los *múyiki* con sus mujeres. Nos traen leche, queso fresco, lechones, *shangui*[29] y otras provisiones. Sus visitas son admitidas, lo cual, en rigor, va contra la ley. El protocolo veda los contactos con personas ajenas. No obstante, si no fuera por ellos, el convoy lo tendría difícil para organizar nuestra subsistencia.

Nuestro *capataz soberano* F., a quien todo el mundo –nosotros, el oficial, los soldados, la policía, las vendedoras– llama a secas *el doctor*, se ocupa

de mantener el orden entre nosotros. Su energía es inagotable: empaqueta, compra, cocina, da de comer, enseña a cantar, mandonea, etc., etc. Para aliviar su trabajo, se designan alternativamente los guardias, muy similares entre sí en el sentido de que ninguno de ellos hace cosa alguna… Ahora están preparando la cena, se oye un bullicio alegre.

–¡El doctor necesita un cuchillo…!

–¡Pasen la manteca al doctor…!

–Señor guardia, haga el favor de tirar los desperdicios…

La voz del doctor:

–¿Usted no come pescado? Le hago un filete, no me cuesta nada…

Después de cenar, se sirve el té directamente sobre los camastros. Y son las damas quienes se encargan del té: tal es el orden establecido por el doctor.

23 de enero

Le escribo desde la penúltima parada. La pensión de aquí es excelente: nueva, espaciosa y limpia. Después de la mugre de las últimas etapas, descansamos el cuerpo y el alma. Faltan unas 60 verstas para Tobolsk. ¡Si supiera cómo deseamos estar en una cárcel "de verdad" para poder bañarnos y descansar como es debido! Aquí reside un solo deportado político, el antiguo tendero de una bodega de vinos en Odesa, condenado al destierro perpetuo por hacer propaganda entre los soldados. Llegó con la comida y nos contó sobre las condiciones de vida en la gubernia de Tobolsk. La mayor parte de los desterrados, tanto los perpetuos como los administrativos, están radicados en las inmediaciones de Tobolsk, a unas 100 o 150 verstas del centro, desparramados por las aldeas. Sin embargo, los hay también en el *uyezd*[30] de Beriózov. Allí la vida es incomparablemente más dura y hay muchísimos más necesitados. Las fugas son innumerables. La vigilancia es casi nula: francamente, es imposible custodiar a nadie. El principal lugar donde se captura a los forajidos es en Tiumén (cabecera del tramo de ferrocarril); por lo general, los arrestos tienen lugar en la ruta ferroviaria. No obstante, el índice de capturados es insignificante.

Ayer, por pura casualidad, me enteré, por un viejo diario de Tiumén, de la existencia de dos telegramas no entregados –a mi nombre y al de S.– remitidos a la cárcel transitoria. Los telegramas habían llegado cuando estábamos en Tiumén. La administración los rechazó por los mismos motivos conspiratorios cuyo sentido es inescrutable no solo para nosotros, sino incluso para ellos.

En el trayecto nos vigilan con mucho recelo. El capitán atormenta a los soldados designando constantemente a nuevos guardias nocturnos –custodian el acceso a la pensión y, además, el pueblo entero–. Así y todo, a medida que nos desplazamos hacia el Norte se aprecia el modo en que "se ablanda" el régimen: a esta altura, nos dejan ir de compras con escolta, divagamos por el pueblo en pequeños grupos y, en ocasiones, visitamos a los desterrados residentes en el lugar. Los soldados se muestran muy indulgentes con nosotros: nos une la oposición al capitán. El *unter-ofitser*[31] se encuentra en una situación más complicada que nadie, dado que ejerce de nexo entre el oficial y la soldadesca.

–Verán, señores –nos dijo una vez en presencia de los soldados–, el *unter* ya no es el de antes…

–Hay algunos que quieren que todo vuelva a ser como antes… –rezongó uno de los soldados–. Pero qué va… Apenas lo agarremos del pescuezo, lo tendremos más manso que un cordero…

Todos se rieron. También el *unter* soltó una risotada nerviosa.

26 de enero

Cárcel de Tobolsk. El ayudante del *isprávnik* acudió a dos apeaderos de Tobolsk para supervisarnos –se hizo presente en el primero para reforzar la guardia; en el segundo, para mayor caballerosidad–. La vigilancia se vio incrementada. Las visitas a los comercios fueron suspendidas. Por otro lado, asignaron coches cubiertos a los presos casados. ¡Ojos de lince y caballerosidad! A unas 10 verstas de la ciudad dimos con una pareja de desterrados. Con solo verlos, el oficial se aprestó a tomar medidas inmediatas: recorrió el tren entero y ordenó a los soldados apearse (iban en trineos). Así seguimos durante 10 verstas: los soldados iban a pie a ambos lados del camino, despotricando vehementemente contra el oficial.

En este momento me veo obligado a interrumpir mi relato. El doctor que acaba de volver de la oficina anuncia lo siguiente: nos están remitiendo a la aldea de Obdórskoie, vamos a hacer unas 40 o 50 verstas diarias acompañados por el convoy militar. Obdórskoie queda a más de 1200 verstas de aquí, por consiguiente, aunque se den las circunstancias más benignas, aunque no haya intermitencias con los caballos, aunque no hagamos paradas forzadas provocadas por enfermedades, etc., tardaremos más de un mes en llegar. Surge la pregunta: ¿acaso en Obdórskoie habrá un equipo especial para efectuar la custodia? En el lugar del asentamiento recibiremos un subsidio mensual de 1 rublo y 80 kopeks.

Semejante viaje de un mes de duración será particularmente duro para aquellos que viajan con niños pequeños. Dicen que habrá que tomar el trineo de renos para ir de Beriózov a Obdórskoie. La administración local asegura que nuestro itinerario disparatado (40 verstas al día, en vez de 100) está prescripto desde Petersburgo, al igual que todos los pormenores de nuestra permanencia en el exilio. Los sabihondos burocráticos han previsto todas las contingencias para que no nos escapemos. Hay que ser franco: nueve de diez medidas dictadas por ellos carecen de cualquier sentido. Las "cónyuges acompañantes" solicitaron que se les concedieran tres días de excarcelación mientras estuviéramos en Tobolsk. El gobernador rechazó de plano la petición, lo cual no solo carece de sentido, sino que también es ilegal. El grupo está levemente alterado y se plantea elevar una protesta. Y bien, ¿para qué sirven las protestas si tienen el mismo pretexto para todo: el dichoso protocolo petersburgués?

29 de enero

Hace casi dos días que dejamos atrás Tobolsk… Nos escoltan treinta soldados bajo el mando del *unter*. Salimos el lunes por la mañana en unos trineos gigantescos tirados por tríos de caballos (a partir del segundo apeadero, pasaron a ser duplas). Hacía un día espectacular: despejado, límpido, fresco. El bosque se cerraba alrededor de nosotros, inmóvil y asombrosamente blanco de escarcha sobre el fondo celeste del firmamento. El ambiente parecía de ensueño. Los caballos galopaban a ritmo alocado: la típica marcha siberiana. En las afueras (la cárcel se ubica casi al margen de

la ciudad) nos estaban esperando los exiliados residentes allí, unas cuarenta o cincuenta personas. Hubo saludos efusivos, reverencias e intentos de conocernos… pero seguimos adelante rápidamente. Entre la población local ya circulaban leyendas sobre nosotros: unos decían que habían desterrado a cinco generales y dos gobernadores; otros, que venía un duque con su familia; los terceros, que eran los miembros de la primera convocatoria de la Duma.[32]

Para colmo, hoy la dueña de la pensión en la que estamos hospedados preguntó al doctor:

–¿Ustedes también son *políticos*?[33]

–Sí, somos políticos.

–Ah, ¿será que están por encima de todos los políticos?

Hacemos tiempo en un cuarto espacioso y limpio, con las paredes empapeladas, un mantel de hule sobre la mesa, el suelo de madera barnizada, ventanas grandes, dos lámparas. Todo resulta muy placentero después de la mugre de las transitorias. Eso sí, hay que dormir en el suelo, pues somos nueve personas en el cuarto. Hubo un cambio de convoy en Tobolsk: los escoltas de Tiumén eran tan comprensivos y amables como hoscos y mezquinos son los de Tobolsk. La explicación es sencilla: en ausencia del oficial, los soldados de aquí se rigen por sí mismos. No obstante, al cabo de dos días la nueva guardia se aplacó. Ya conseguimos entablar un trato maravilloso con la mayoría, lo cual no es poca cosa al tratarse de un viaje tan prolongado.

A partir de Tobolsk en casi todos los pueblos hay deportados políticos, sobre todo agrarios (campesinos condenados por disturbios), soldados, obreros y, en contadas ocasiones, intelectuales. Hay desterrados administrativos y condenados de por vida. En los dos pueblos por los cuales pasamos los políticos habían establecido talleres de oficios para proporcionar un ingreso estable a sus integrantes. Por lo general, todavía no tuvimos ocasión de presenciar situaciones de necesidad extrema. Sucede que vivir en estos lugares resulta particularmente barato: los políticos se instalan en las casas de los campesinos por 6 rublos al mes, comidas incluidas. Según la organización local de condenados, este importe se estipula como norma de ingreso mínimo. Con 10 rublos ya alcanza para vivir medianamente bien. Cuanto más hacia el Norte, más cara es la vida y más difícil es encontrar medios de subsistencia. Conocimos a compañeros que habían vivido en Obdorsk. Todos hablan muy bien de este lugar. Es un

pueblo grande. Tiene más de mil habitantes. Doce comercios. Las casas son similares a las urbanas. Hay muchos departamentos decentes. La ubicación montañosa es inmejorable. El clima es muy salubre. Los profesionales tendrán su salario. El resto puede dar clases privadas. Cierto, la comunicación se ve difícil; pero, por su mismo aislamiento de la ruta principal, Obdorsk permanece relativamente concurrida, ya que constituye un gran foco independiente en medio de un enorme vacío.

La circulación de los condenados por la gubernia es muy animada. Los barcos de vapor llevan gratis a los políticos. Todo el mundo está tan acostumbrado a eso que los campesinos que manejan los carruajes suelen decir: "Y bueno, no va a ser mucho tiempo… Verán cómo en primavera van a volver en barco".

Así y todo, ¿quién sabe qué nos deparan las circunstancias a los integrantes del Soviet? Por el momento, se dispuso abastecernos de los mejores trineos y proporcionarnos el mejor hospedaje.

1º de febrero. Yurovsk

Hoy ocurre exactamente lo mismo que ayer. Hicimos más de 50 verstas. El soldado que viaja a mi lado me entretiene con sus andanzas por la Manchuria.[34] El convoy se compone de soldados del regimiento de Siberia, renovado casi en su integridad. Fue el que más bajas sufrió durante la guerra. La mitad del regimiento está afincada en Tiumén y la otra mitad en Tobolsk. Como ya comenté, los soldados de Tiumén se mostraban muy benévolos con nosotros, mientras que los de Tobolsk parecen más hoscos. Entre las filas de estos últimos hay una cantidad considerable de *centurias negras por convicción*.[35] El regimiento está integrado por polacos, malorrusos[36] y siberianos. Los aborígenes, o sea, los siberianos, representan el elemento más rancio, aunque también entre ellos hay buenos chicos…

Mi escolta se declara completamente embelesado por las chinas.

–¡Qué hermosura de mujeres esas chinas! Los chinos son de estatura bajita, no valen nada contra un hombre de verdad. En cambio, las chinas están bien buenas: blanquitas, macizas…

–¿Y eso? –pregunta nuestro carretero–. ¿Quiere decir que en los años de la guerra nuestros soldados retozaban con las chinas?

–No… no los dejaban… Primero se llevaban a las chinas y después hacían pasar a los soldados. Ahora bien, un día los nuestros agarraron a una china en una plantación de sorgo y la gozaron a lo grande. Un soldado se descuidó y dejó su gorro en el lugar. Los chinos lo encontraron y entregaron al comandante. Entonces, el comandante pasó revista al regimiento. Preguntó: "¿De quién es el gorro?". Nadie respondió: el gorro ya era lo de menos. Y bueno, no terminó en nada. Pero qué rica que era la china…

En los pueblos donde cambiamos de caballos nos esperan con los trineos ya uncidos. El cambio se realiza en el campo detrás del pueblo. ¡Toda la población se agolpa allí para observarnos! Ayer los políticos quisieron tomarnos unas fotografías mientras cambiábamos de trineo. Nos esperaban con la cámara frente a la sede del gobierno regional, pero pasamos fugazmente delante de ellos y no pudieron hacer nada. Hoy, en la entrada al pueblo en que tocaba hacer noche, los políticos nos recibieron con una bandera roja. Eran catorce personas, entre ellas, diez georgianos. Los soldados se alborotaron al vislumbrar la bandera. Empezaron a blandir las bayonetas, amenazaron con abrir fuego. A fin de cuentas, la bandera fue arrebatada y la manifestación, sofocada.

* * *

En nuestro convoy hay un grupo de soldados aglutinado en torno a un cabo *raskólnik*.[37] Es una fiera increíblemente despiadada y cruel. No tiene mayor deleite que empujar a un niño carretero, asustar a una mujer tártara hasta dejarla sin aliento o propinar un culatazo desmedido a un caballo. Su rostro cetrino, su boca entreabierta, sus encías desangradas y su mirada inmóvil le confieren el aspecto de un retrasado. El cabo sostiene una feroz rivalidad con el *unter* que lidera el convoy: a su parecer, el *unter* no actúa con suficiente determinación. Donde hay que arrancar la bandera roja o patear en el pecho al político que se acerca demasiado a nuestro trineo, el cabo siempre está fijo como un clavo, a la cabeza de su grupo. Siempre tenemos que refrenarnos para evitar enfrentamientos abiertos.

2 de febrero. Noche. Demyanskoie

A pesar de que anoche, cuando entrábamos en Yurovsk, nos habían confiscado la bandera roja, hoy apareció una nueva, clavada con una estaca sobre un montículo de nieve a la salida del pueblo. Esta vez la bandera permaneció intacta: los soldados recién acomodados en los trineos no querían abandonar su cobijo. De modo que desfilamos justo delante de la bandera. Más adelante, a unos cien pasos, cuando bajábamos al río, vislumbramos una inscripción en la ladera de un cerro nevado que rezaba en letras gigantescas: "¡Viva la Revolución!". Mi carretero, un joven de unos 18 años, se rio alegremente cuando leí la inscripción.

–¿Usted sabe lo que significa? –le pregunté.

–No, no lo sé –respondió, tras un rato de dudas–. Solo sé que todo el mundo grita: "¡Viva la Revolución!".

Mientras tanto, por la expresión de su rostro se intuía que sabía mucho más de lo que estaba dispuesto a decir. Por lo general, los políticos somos tratados con mucha consideración por los campesinos de aquí, especialmente por la juventud. Llegamos a Demyanskoie sobre la 1 de la tarde. Nos recibió una inmensa multitud de deportados: aquí superan las sesenta personas. Semejante imprevisto sembró una gran confusión en nuestro convoy.

Al parecer nos esperaban, ansiosos, desde hacía mucho tiempo. Habían elegido una comisión especial para agilizar los preparativos del encuentro. Nos prepararon un almuerzo opíparo y un departamento confortable en la *comuna*.

Sin embargo, no se nos permitió hacer uso de ese departamento: tuvimos que hospedarnos en una *izbá* campesina, donde nos sirvieron el almuerzo. Se nos hacen muy complicadas las citas con los políticos. Esta vez lograron colarse en tandas de dos o tres personas durante unos minutos cada una, cada cual trayendo los distintos componentes del almuerzo. Aparte de eso, fuimos por turnos a comprar bajo custodia y en el camino intercambiamos unas cuantas palabras con los compañeros que habían aguardado todo el día en la calle. Una deportada se presentó en nuestra morada con el pretexto de vender leche. Iba disfrazada de campesina. La puesta en escena salió a pedir de boca. No obstante, el dueño de la casa la delató ante los soldados y exigieron que se retirara sin dilación. Para colmo, estaba de guardia el cabo. Me acordé de cómo nuestra colonia de Ust-Kut (a orillas del río Lena) se

preparaba para recibir una nueva tanda de reos: cocinábamos sopas, amasábamos *pelmeni*,[38] en fin, hacíamos los mismos preparativos que los de Demyanskoie. La llegada de un nuevo contingente de presos siempre es un gran acontecimiento para todas las colonias afincadas a lo largo de la ruta.

4 de febrero. 8 de la noche. Yurtas de Tsingalin

Ante nuestra insistencia, el *prístav* solicitó a la administración de Tobolsk un aumento de velocidad de nuestro desplazamiento. Por lo visto, los de Tobolsk se comunicaron con los de Petersburgo, que finalmente les concedieron carta blanca por teléfono. Pongamos por caso que de ahora en adelante hagamos unas 70 verstas al día: entonces, llegaremos a Obdorsk entre el 18 y el 20 de este mes. Desde luego, son tan solo unas estimaciones aproximadas.

Nos detuvimos en un pueblito que se llama Yurtas de Tsingalin. Francamente, no son yurtas,[39] sino *izbai* campesinas, aunque en la población predominan los ostiacos. Físicamente, los ostiacos representan un *tipo foráneo* muy pronunciado, pero su manera de vivir y hablar es campesina por excelencia, con la única diferencia de que consumen todavía más alcohol que los *múyiki* siberianos. Se embriagan todos los días, empiezan a beber de madrugada y al mediodía ya caen borrachos.

Uno de los exiliados lugareños, el maestro N., nos contó algo sumamente curioso: al enterarse de la aparatosa llegada de unos individuos desconocidos, los ostiacos se alarmaron, dejaron de beber y escondieron todo el vino que tenían. Por eso hoy están sobrios (casi todos). Sin embargo, por lo que pude ver, a la tarde nuestro casero ostiaco regresó completamente beodo.

Aquí empiezan las zonas de pesca, resulta cada vez más difícil conseguir carne. El maestro al que mencioné más arriba organizó un *artel* pesquero formado por campesinos y desterrados.[40] Adquirió las atarrayas, supervisa la pesca a modo de intendente, lleva el pescado a Tobolsk, todo por cuenta propia. El verano pasado las ganancias excedieron los 100 rublos por cabeza. La gente se va adaptando. Aunque el propio N. se hizo una hernia con la pesca.

6 de febrero. Samarovo

Ayer recorrimos 65 verstas, hoy 73, mañana haremos aproximadamente la misma distancia. Ya quedaron atrás los terrenos agrícolas. Los campesinos de aquí, tanto los rusos como los ostiacos, se dedican exclusivamente a la pesca.

¡Es increíble hasta qué punto la gubernia de Tobolsk está poblada de deportados políticos! Literalmente, no existe un pueblo remoto en el que no haya de estos confinados. En respuesta a nuestra pregunta, el dueño de la *izbá* de esa jurisdicción en la que paramos dice que antiguamente no había un solo desterrado por estos lares, pero llovieron después de la proclamación del Manifiesto de Octubre.[41] "Desde entonces, las llegadas no cesan." En muchos sitios los políticos se ganan la vida codo a codo con los aborígenes: recolectan piñones, pescan, recogen frutos silvestres, cazan. Los más emprendedores se juntan en talleres de cooperativa, *arteli* pesqueros, comercios de insumos. La relación entre el campesinado y los políticos es excelente. Por ejemplo, aquí en Samarovo (un gran pueblo comercial) los campesinos proporcionaron una casa gratis a los políticos y regalaron a los primeros exiliados establecidos en el lugar un ternero y dos fardos de harina. Según una costumbre inveterada, los comercios ceden los alimentos a los políticos por un precio más bajo que a los campesinos. Parte de los exiliados vive en comuna en una casa propia sobre cuyo tejado siempre ondea una bandera roja.

De paso, querría compartir un par de observaciones generalizadas acerca del estado actual del exilio.

De la década de 1890 a esta parte, no se deja de señalar en decenas (si no centenares) de ocasiones que el contingente político, tanto en la penitenciaría como en Siberia, se democratiza acorde a su composición social. Los obreros han pasado a representar un porcentaje cada vez mayor de los políticos, hasta desbancar por amplio margen al intelectual revolucionario acostumbrado a considerar la Fortaleza de Pedro y Pablo, la prisión Kresty y el asentamiento de Kolimsk como sus predios hereditarios monopolizados, una suerte de mayorazgo. Entre los años 1900 y 1902 aún tuve ocasión de conocer a *naródniki*[42] que se encogían de hombros con cara de ofendidos al observar botes cargados de reos, ya fueran deshollinadores de Vilna[43] o leñadores de Minsk. Empero, en aquella época el obrero desterrado era, en la mayoría de los casos, integrante de una

agrupación clandestina y podía presumir de cierta altura en lo concerniente a la conciencia política y moral. Casi todos los reos –excepto los obreros de la zona de asentamiento–[44] eran previamente sometidos a la criba del interrogatorio gendarmesco y, por rudo que fuera el cedazo por el cual los hacían pasar, aún podían separar a los obreros más concientizados. Gracias a eso el exilio preservaba determinada altura.

El exilio del período constitucional de nuestra historia denota unas características radicalmente distintas. Ya no se trata de un movimiento organizado, sino de una avalancha masiva y desenfrenada, ya no existe el interrogatorio gendarmesco: fue reemplazado por la captura a granel en las calles. Hoy en día, hasta los comparsas más anodinos no solo terminan en el destierro, sino que también reciben balazos. Después de la supresión de una serie de movimientos populares, se inicia la época de la actividad guerrillera, es decir, expropiaciones con fines revolucionarios o bajo pretextos revolucionarios, aventuras maximalistas y simplemente asaltos vandálicos. La administración desecha a Siberia a todo aquel que no puede ser ahorcado en flagrancia. Es evidente que en una reyerta de semejantes dimensiones se ha visto involucrada una multitud de personas completamente ajenas a la causa: muchos transeúntes que apenas habían rozado la revolución con la yema del dedo, muchos ociosos… en fin, una cantidad nada despreciable de sombríos engendros de la noche urbana. No presenta mucha complicación deducir cómo esto ha repercutido en el nivel del exilio.

En ese sentido, hay otra circunstancia que ejerce una influencia fatídica: las fugas. Está clarísimo quiénes son los fugitivos: son el armazón más concientizado, más activo; son personas impelidas por el partido y la misión. Para hacerse una idea acerca del porcentaje de fugas, basta con saber que de los cuatrocientos cincuenta exiliados en determinada área de Tobolsk solo quedan cien. Los únicos que no huyen son los haraganes. Por consiguiente, la masa constituyente del destierro está siendo suplantada por la mediocridad políticamente desamparada, por un público ignorante y eventual. Los pocos individuos concientizados que por algún motivo no han logrado escaparse suelen vérselas negras: al fin y al cabo, todos los políticos están maniatados por la responsabilidad colectiva ante el pueblo.

8 de febrero. Yurtas de Karamkrin

Ayer hicimos 75 verstas, hoy 90. Llegamos exhaustos al apeadero y nos acostamos temprano. Paramos en un pueblo ostiaco, en una diminuta *izbá* sucia. En la cocina pringosa se agitan los soldados ateridos de frío y los ostiacos ebrios. En la sección contigua bala un cordero. En el pueblo hay una boda: estamos en plena temporada de casamientos y los ostiacos beben sin parar, e intentan irrumpir de vez en cuando en nuestro cuarto.

Un anciano de Samarovo vino a vernos. Es un preso administrativo y también está ebrio. Acabamos de descubrir que él y su compañero han venido desde Beriózov en busca de carne: es su manera de ganarse la vida. Los dos son políticos.

Cuesta imaginar el trabajo preliminar que se llevó a cabo para asegurar nuestro transporte. Nuestro tren, como ya señalé, consta de veintidós trineos tirados por alrededor de cincuenta caballos. Rara vez se consiguen tantos caballos en un solo pueblo: hay que traerlos desde lejos. ¡En algunas estaciones nos esperaban caballos traídos desde 100 verstas de distancia! Por cierto, los tramos entre apeaderos son muy reducidos: en la mayoría de los casos, entre uno y otro median unas 10 o 15 verstas; así, el ostiaco se ve obligado a correr al caballo durante 100 verstas para acompañar a dos miembros del Soviet a lo largo de 10 verstas. Dado que la hora exacta de nuestro arribo se mantiene en secreto, en ocasiones los carreteros nos aguardan durante dos semanas. Solo recuerdan un caso similar: se dio cuando por aquí pasaba el mismísimo gobernador…

Ya mencioné en algunas ocasiones la cordialidad con la que somos tratados generalmente, en particular por los campesinos. Tuvimos un suceso extraordinario en Belogorie, una pequeña aldea donde empieza el *uyezd* de Beriózov. Un grupo de campesinos organizó una merienda con té para nosotros y además recaudó 6 rublos. Por supuesto, rechazamos el dinero, aunque sí fuimos a tomar té. En rigor, había sido el *unter* quien nos había dado permiso, pero el cabo armó todo un alboroto: puso el grito en el cielo amenazando con presentar una queja contra el *unter*. No nos quedó otra que retirarnos de la *izbá* sin tomar té. Nos siguió medio pueblo. Una manifestación en toda regla.

9 de febrero. Aldea de Kandínskoie

Otras 100 verstas más. Faltan dos días para llegar a Beriózov. El 11 estaremos allí. Hoy me cansé demasiado: había estado sin comer durante las nueve o diez horas de viaje ininterrumpido. Siempre seguimos el curso del río Obi, o bien el de otros riachuelos, los Obis, como dicen los carreteros. La orilla derecha es montañosa, está llena de vegetación. La izquierda yace en una planicie. El río es ancho. El aire está tibio y silencioso. A ambos lados del camino se asoman ramas de abetos: los carreteros las clavan en la nieve para marcar la ruta. La mayoría de ellos es ostiaca. Manejan tríos y dúos de animales uncidos en fila india, pues el camino se hace más estrecho y tortuoso a medida que avanza. Los carreteros llevan un largo azote de cáñamo con una empuñadura larga. La comitiva se extiende a una inmensa distancia. De vez en cuando, el carretero azuza a los caballos con su voz indoblegable. Entonces, se echan a galopar alocadamente, *al tuntún*, como dicen aquí. Se arremolina la densa polvareda de nieve. Se te corta la respiración. Un trineo se estrella contra el otro, de pronto una cabeza equina se asoma por detrás de tu hombro y te respira en la cara. Después, algo se vuelca o a uno de los carreteros se le desata o rompe algo. Se detiene. Acto seguido, se detiene toda la comitiva. Te sientes hipnotizado por el largo viaje. Silencio. Los carreteros ostiacos intercambian sonidos guturales… De repente los caballos se disparan del sitio y corren *al tuntún*. Las paradas frecuentes son un gran hastío para nosotros e impiden a los carreteros ir como prefieran. Hacemos unas 15 verstas al día, mientras que la verdadera marcha siberiana es de unas 18 o 20 e incluso 25 verstas por hora…

Las carreras siberianas constituyen un fenómeno común provocado por las inmensas distancias y, por tanto, indispensable. Sin embargo, jamás había presenciado una carrera así, ni siquiera en el Lena.

Llegamos a la posta. Detrás del pueblo nos esperan los trineos preparados y los caballos de recambio: además, contamos con dos trineos *de pasajeros* para los casados –que llegarán hasta Beriózov–. Cambiamos presurosamente de trineo y seguimos. El carretero se coloca de una forma muy particular. En la parte delantera del trineo hay una tabla perpendicular clavada; este segmento se llama *la caseta*. El carretero se sienta sobre la caseta, es decir, sobre una tabla lisa, con las piernas colgadas de un lado. Cada vez que los caballos galopan y el trineo se escora hacia uno u otro

costado, el carretero lo endereza con la gravedad de su cuerpo, inclinándose hacia un lado o hacia el otro y en ocasiones empujando con las piernas…

12 de febrero. Beriózov. Cárcel

Hará unos cinco o seis días –no se lo conté en ese momento con tal de evitar preocupaciones innecesarias–, atravesamos una zona arrasada por el tifus. Ahora ya es agua pasada. En las Yurtas de Tsingalin que mencioné en una de las cartas anteriores el tifus se cebó con treinta *izbai* de las sesenta que había en el pueblo. Lo mismo pasa en otros sitios. Hay cientos de fallecidos. Casi no hay carreteros que no hayan perdido a algún familiar. La aceleración de nuestro viaje y la alteración del itinerario inicial guardan una relación directa con el tifus: en su solicitud telefónica, el *prístav* adujo la necesidad de pasar cuanto antes los focos de contagio.

Últimamente avanzamos unas 90 o 100 verstas hacia el Norte todos los días, es decir, casi un grado de latitud. Debido a este avance ininterrumpido, el menoscabo de la cultura –si es que se puede hablar de cultura en este caso– aflora con una elocuencia apabullante. Todos los días descendemos un peldaño más hacia el reino del frío y el salvajismo. Esta sensación se asemeja a la experimentada por un turista que, etapa tras etapa, escala una montaña inaccesible… Primero eran todos campesinos acaudalados de origen ruso. Les sucedieron los ostiacos rusificados, medio despojados de su aspecto mongol gracias a los matrimonios mixtos. Luego atravesamos una franja agrícola. Aquí toma el relevo el ostiaco pescador, ostiaco cazador, un ser desgreñado de pequeña estatura que apenas chapurrea el ruso. Los caballos son cada vez más escasos y cada vez peores. Sustituidos plenamente por el perro de caza, no desempeñan un papel importante en estas tierras. El camino también se va deteriorando: angosto, inextricable… Y sin embargo, según dice el *prístav*, los ostiacos de la ruta son un ejemplar compendio de cultura en comparación con aquellos que viven en los afluentes del Obi.

Por aquí nos tratan con confusión y desconcierto, como si formáramos parte de un legítimo gobierno eventualmente destronado.

Un ostiaco me preguntó hoy:

–Y su general, ¿dónde está? Muéstreme al general… Es a él a quien quiero ver… En la vida he visto a un general…

Cuando un ostiaco uncía a un caballo flojo, el otro lo amonestó:

–*Anda, trae uno mejor, que no es uno para el* prístav…

No obstante, hubo un caso contrario, singular en su especie, cuando por algún motivo concerniente al trineo un ostiaco dijo:

–*Tampoco son el ombligo del mundo*…

Anoche llegamos a Beriózov. Desde luego, usted no va a exigir que le describa la ciudad. Se parece a Verjolensk, Kírensk y a un sinfín de otras ciudades cuyo patrimonio cuenta con alrededor de mil habitantes, un *isprávnik* y un edificio del erario. Empero, aquí existen (sin que nadie pueda dar fe de su autenticidad) otros dos atractivos: la tumba de Osterman[45] y el lugar donde está enterrado Ménshikov.[46] Además, los ostiacos más acomodadizos suelen llevar a sus huéspedes a la vieja en cuya casa Ménshikov tomaba en otros tiempos sus refrigerios.

Fuimos llevados inmediatamente a la cárcel. En la entrada estaba reunida toda la guarnición, unas cincuenta personas en hileras densas, de modo que parecían estacas clavadas en la tierra. Habían estado limpiando y aseando la cárcel durante dos semanas, previo desalojo del resto de los reos. En una de las celdas encontramos una mesa grande cubierta con un mantel, unas sillas vienesas, una mesilla de naipes, dos portavelas y una lámpara de familia. ¡Por poco me emociono!

Descansamos un par de días aquí y arrancamos de nuevo…

Sí, de nuevo… Pero todavía no decidí hacia dónde…

---

[14] Trotsky se refiere a una suerte de parche en forma de rombo –popularmente conocido como "as de diamantes"– que, fijado en la espalda, era característico de la indumentaria de los condenados al destierro perpetuo. [N. de E.]

[15] En publicaciones posteriores,Trotsky aclara que es el doctor Andréi Feit, integrante del Partido Socialista Revolucionario. [N. de E.]

[16] Con cierto sarcasmo, se refiere a Piotr A. Stolypin, primer ministro de la reacción a la Revolución de 1905, quien llevó adelante un plan de reformas. [N. de E.]

[17] Actual Kírov. [N. de E.]

[18] En época prerrevolucionaria, el *isprávnik* era la máxima autoridad ejecutiva y policial de un *uyedz* (véase n. 30). [N. de E.]

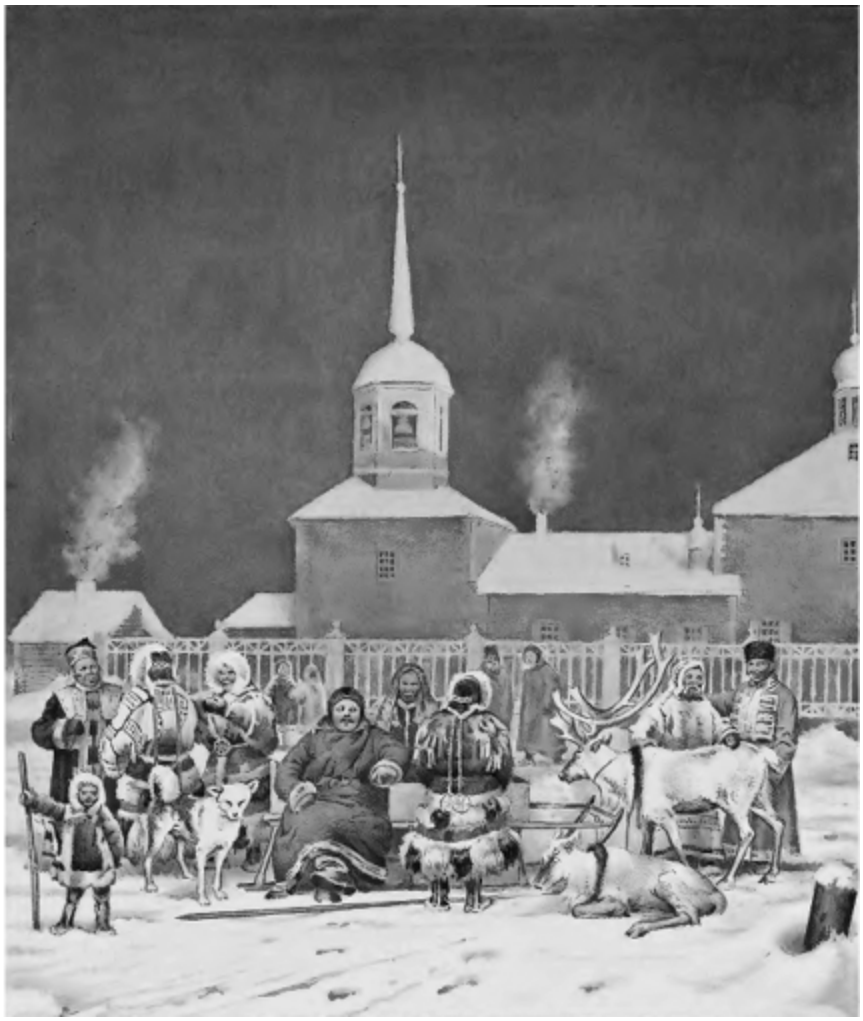
[19] Término para designar a burócratas o administradores locales. El habla popular lo tomó del texto *Señores y señoras Pompadour* (1873) de Mijaíl Saltykov-Shchedrín. [N. de E.]

[20] La versta es una unidad de longitud rusa que cayó en desuso. Equivale a 1,0668 km. [N. de E.]

[21] Granja, pequeña unidad de producción rural. Trotsky hace hincapié en el tipo de construcción consolidada, en comparación con las de los pueblos nómadas. [N. de E.]
[22] Sargento. En esa época, designaba a un rango bajo de la policía local, subordinado al *stanovoi prístav*, jefe policial de distrito. [N. de E.]
[23] En ese entonces, comandante de policía. Véase la nota al pie anterior. [N. de E.]
[24] Unidad de aislamiento en San Petersburgo. Se la conocía con ese nombre ("Cruces"), por la disposición de sus pabellones. [N. de E.]
[25] Gobernación, división política equivalente a la máxima administración regional durante este período del Imperio Ruso. [N. de E.]
[26] Esto es, sin intervención del sistema judicial, por mera decisión policial o de algún nivel administrativo (distrital, regional, nacional). [N. de E.]
[27] Descendientes de los primeros migrantes rusos a Siberia. Desde el último tercio del siglo XIX, se percibían como habitantes de largo arraigo –precisamente, *cheldoni*–, frente a los "recién llegados". [N. de E.]
[28] Esto es, financiadas por el presupuesto estatal. [N. de T.]
[29] La *shanga* (pl. *shangui*) es una suerte de empanada abierta: un bollo de masa lacteada y leudada con abundante relleno. [N. de E.]
[30] Distrito, subdivisión de las gubernias, según la jerarquía administrativa vigente entonces. [N. de E.]
[31] Término calcado del alemán con el significado de "suboficial". Más específicamente, cuando se lo usaba sin otro calificativo, designaba a un teniente. [N. de E.]
[32] La "Duma de Bulligyn" era la asamblea legislativa convocada a mediados de 1905 por el zarismo y boicoteada por el movimiento revolucionario. También en enero de 1907 se elige la segunda Duma que, como señala más adelante Trotsky, es convocada a finales de febrero. [N. de E.]
[33] Aquí, y en varias otras ocasiones, se sobreentiende "deportados". Trotsky adopta ese uso popular. [N. de E.]
[34] Alusión a la invasión rusa a Manchuria (finales del siglo XIX) y a la guerra ruso-japonesa (1904-1905). [N. de E.]
[35] Las centurias negras eran grupos de extrema derecha, surgidos en respuesta a los levantamientos populares de 1905, y con la intención de malquistar a la opinión pública con la población judía. Tuvieron un papel protagónico en los pogroms antisemitas. [N. de E.]
[36] Esto es, ucranianos. [N. de E.]
[37] O "viejo creyente", descendiente y seguidor de los grupos partidarios de los viejos cánones litúrgicos ortodoxos, que desde el siglo XVII se opusieron a las reformas eclesiásticas del patriarca Nikon. [N. de E.]
[38] Pastas rellenas con carne de cerdo, buey o cordero. [N. de E.]
[39] Las yurtas son viviendas utilizadas por los pueblos nómadas en las estepas de Asia Central, una suerte de tiendas de campaña de formato circular, fáciles de armar, desarmar y transportar. [N. de E.]
[40] Corporación en que las personas se reunían en forma cooperativa para organizar producción agraria, caza, trabajo o actividades comerciales. [N. de E.]
[41] Manifiesto del zar Nicolás II emitido el 17 de octubre de 1905, ante la Revolución. [N. de E.]
[42] Populistas. [N. de E.]
[43] Actual Vilnius. [N. de E.]
[44] Alusión a las políticas de segregación étnica bajo el zarismo. [N. de E.]
[45] Como resultado de internas palaciegas, en 1741 el conde Andréi Ivánovich Osterman fue confinado a Beriózov, donde murió en 1746. [N. de E.]

[46] El príncipe Aleksandr Danílovich Ménshikov, deportado a Beriózov, murió en 1729. [N. de E.]

La vuelta



Al comenzar mi travesía en el carruaje, no paraba de mirar hacia atrás observando con espanto cómo aumentaba la distancia del ferrocarril. Obdorsk no era el destino final para nadie, mucho menos para mí. La idea de la fuga nos acuciaba. Con todo, la presencia de los numerosos escoltas y el régimen de vigilancia perseverante complicaban extremadamente la huida. Hay que reconocer, no obstante, que escaparse era posible. En solitario y no en tropel, claro está. Había ciertos planes y, por supuesto, no tan descabellados, pero nos daban miedo las consecuencias que pudiera sufrir el resto.

Los responsables de llevar a los reos al lugar del destierro eran los soldados del convoy y, particularmente, el *unter-ofitser*. El año pasado un *unter* de Tobolsk a quien se le había escapado un preso administrativo (del bloque de los estudiantes) fue enviado a integrar un regimiento castigado. Entonces, los escoltas de Tobolsk apretaron las tuercas y el trato a los desterrados empeoró considerablemente. Después de aquel suceso surgió una suerte de acuerdo tácito entre el convoy y los presos: no fugarse. Ninguno de nosotros confería una validez absoluta a este acuerdo y, sin embargo, su existencia paralizaba cualquier esfuerzo en ese sentido. Mientras avanzábamos, quedaban a nuestras espaldas apeadero tras apeadero.

Al final, una vez recorridos varios centenares de verstas, desarrollamos la inercia de movimiento. Por mi parte, ya no volvía la vista atrás, solo pensaba en recibir la correspondencia a tiempo e incluso barajaba echar raíces en Siberia…

En Beriózov mi benevolencia se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos.

¿Será posible escapar?

Será fácil en primavera. ¿Y ahora?… Engorroso, pero posible, supongo. Así y todo, aún no ha habido precedentes.

Todos, absolutamente todos aseguraban que fugarse en primavera era cosa de nada. Esa gran sencillez se basaba en la imposibilidad física de los exiguos policías para controlar a la innumerable cantidad de presos. Aun así, escoltar a quince personas radicadas en un mismo lugar y provistas de una vigilancia exagerada… me resultaba más que factible.

Sea como fuere, para ello hay que quedarse en Beriózov. Llegar hasta Obdorsk significa hacer 480 verstas adicionales y alejarme más todavía de la meta. Cuando me declaré enfermo y, alegando la indisposición, aseveré que no podía partir de forma inmediata (ni lo haría voluntariamente bajo ningún pretexto), el jefe de la policía se reunió con el médico y al final acordaron dejarme en Beriózov un par de días, es decir, hasta que me recuperara. Fui internado en el ambulatorio. No tenía un plan medianamente definido.

Me establecí en el ambulatorio con relativa holgura. El médico me había prescripto caminar lo más que pudiera y aproveché los paseos para orientarme en el panorama.

Lo más fácil, al parecer, era volver por el mismo camino que habíamos tomado a la ida, es decir, por la gran ruta de Tobolsk. Sin embargo, me daba mala espina. (Cierto, conozco a una cantidad suficiente de campesinos de fiar que me transportarían de una aldea a otra. Pero ¡pensar cuántos encuentros indeseables me acechan! Toda la administración vive en la ruta y se desplaza diariamente por ella. En dos días –e incluso antes si fuera preciso– se puede alcanzar el telégrafo más cercano y, una vez allí, avisar a todos los agentes hasta Tobolsk). Opté por renunciar a ese destino.

Podría cruzar los Urales en renos y, a través del río Izhma, salir hacia Arcángel, donde tomaría el primer barco y zarparía rumbo al extranjero. (¿Qué tan seguro es parar en Arcángel?) Con respecto a eso, no tenía ningún dato ni era posible averiguarlo en un plazo tan reducido.

Me tentaba mucho más el tercer plan: ir en trineo de renos hasta las plantas mineras de los Urales, tomar el ferrocarril de trocha angosta en las inmediaciones de los establecimientos Bogoslovsky y llegar hasta Kushva, donde confluye con la línea ferroviaria de carga de Perm. Y después… Perm, Viatka, Vólogda, San Petersburgo…

Podría salir hacia las fábricas directamente desde Beriózov, y seguir en trineo de renos el curso del río Sosva o del Vogulka. Son todo pinares, tupidos, salvajes e inhóspitos. No existe ni un solo puesto de policía a lo largo de miles de verstas, ni un solo asentamiento ruso, nada, salvo alguna

que otra yurta; evidentemente, no hay ni rastro del telégrafo, los caballos brillan por su ausencia; solo se puede circular en trineo. El truco se reduce a ganar algo de tiempo a la administración de Beriózov. Entonces, no me alcanzarán, ni aunque se lancen en busca de mis huellas.

Me habían advertido que el camino estaba repleto de privaciones y amenazas físicas. A veces, por 100 verstas no hay señales de vida humana. Los ostiacos, únicos habitantes de estas tierras, están azotados por las incesantes enfermedades infecciosas; la sífilis se ceba con ellos, el tifus persiste. No hay quien te dé una mano: el invierno pasado en las yurtas de Ourvi ubicadas sobre la ruta murió Dobrovolsky, un joven mercader de Beriózov. El pobre estuvo agonizando durante dos semanas, afiebrado, desamparado, indefenso… ¿Y si uno de los renos cae enfermo y no hay dónde encontrar un reemplazo? ¿Y la ventisca? Puede durar varios días. Si me agarra en el camino, estoy muerto. Por último, ¿será cierto que en estos momentos hay circulación en dirección a las fábricas? El tránsito es casi inexistente, por ende, a menos que los ostiacos hayan pasado recientemente por allí, las huellas del trineo estarán soterradas en la nieve. No será difícil perderse. Tales eran las precauciones.

No pretendía negar el peligro. Por supuesto, la ruta de Tobolsk posee una gran ventaja en cuanto a seguridad física y confort. Aunque por eso mismo resulta inconmensurablemente más insegura en lo concerniente a los sabuesos policiales. Tomé la decisión de seguir el camino que bordea el Sosva… y al día de hoy no tengo motivos para arrepentirme.

Solo faltaba encontrar un hombre que se dispusiera a acercarme a los establecimientos mineros, es decir, faltaba la parte más ardua.

–Verá usted, se lo arreglaré –pronunció, tras innumerables conversaciones y reflexiones, Nikita Serapionovich, un joven mercader de ideas liberales con el cual llevaba tiempo negociando sobre el asunto–. A unas 40 verstas de aquí, en las afueras, en las yurtas, vive un ziriano[47] de nombre Nikifor… Menudo pícaro… el muy taimado está dispuesto a todo…

–¿Y no bebe? –pregunté, con mucha suspicacia.

–¿Cómo que no? Y bueno, ¿quién no bebe? Si el vino le arruinó la vida: en otros tiempos era un buen cazador, vendía armiño a mansalva, ganaba mucho. Pero eso es agua pasada: si acepta el trato, dé por seguro que estará abstemio. Yo le haré una visita. Ay, qué fullero que es… Si él no lo lleva, nadie lo lleva…

Nikita Serapionovich y yo elaboramos las condiciones del contrato. Yo compro un trío de renos, los mejores a disposición. El trineo también corre a mi cargo. Si Nikifor me traslada con éxito a los establecimientos, tanto los renos como el trineo pasarán a su propiedad. Aparte le daré 50 rublos en billetes.

A la tarde ya sabía la respuesta. Nikifor estaba de acuerdo. Se encaminó a un *chum*[48] situado a unas 50 verstas de su vivienda y mañana a la hora del almuerzo traerá tres de los mejores renos. El momento propicio para salir será mañana al anochecer. Para entonces tendré que acaparar todo lo necesario para el viaje: unos buenos borceguíes de piel de reno, una *malitsa* o un *gus*[49] y además comprar provisiones para un mínimo de diez días. Nikita Serapionovich se encargará de todo el trabajo preliminar:

–Ya le digo, Nikifor lo va a llevar. Ese sí que puede.

Y yo contesté, dubitativo:

–Claro, si no bebe más de la cuenta…

–Bueno, bueno, si dios quiere, no beberá… Nada más le da miedo no encontrar el sendero de la montaña: a fin de cuentas, lleva ocho años sin ir… Si no, habrá que seguir el curso del río hasta las Yurtas de Shominsk, y mire que eso queda mucho más lejos.

La cosa es que hay dos formas de llegar a las yurtas desde Beriózov: por la montaña, cruzando directamente el río Vogulka y las yurtas de Vyzhnepurtym, o bien por la ribera del Sosva, a través de las yurtas de Shaitansk, Maleyevsk, etc. Por la montaña se tarda la mitad del tiempo, pero son unos lugares inaccesibles. Rara vez pasa un ostiaco y las estrías marcadas por su trineo tienden a desaparecer completamente bajo la nieve.

* * *

No obstante, no fue posible salir al día siguiente. Nikifor no trajo los renos. ¿Qué había sido de él, dónde estaba…? Todo aquello era un enigma. A Nikita Serapionovich se lo notaba bastante confundido.

–¿Usted no le habrá dado dinero? –inquirí.

–¡Qué va! Tampoco soy un niño. Verá, solo le di los 5 rublos del anticipo, en presencia de la mujer, por si fuera poco… Usted espere tranquilo, ya iré a buscarlo otra vez…

La partida se posterga por lo menos un día. El jefe de la policía está en derecho de exigir que me dirija inmediatamente a Obdorsk. ¡No empezamos con buen pie!

Finalmente salí al tercer día, el 18 de febrero. Por la madrugada Nikita Serapionovich se presentó en el ambulatorio, aguardó el momento oportuno y, al cerciorarse de que no había testigos en mi habitación, dijo con determinación:

–Hoy escabúllase, para que nadie lo vea irse; a las 11 de la noche tiene que estar en mi casa. Salimos a las 12. Los míos van a la función, estaré solo. Se cambiará, comerá algo. Yo lo llevaré al pinar. Nikifor lo estará esperando. Van a ir por la montaña, dicen que ayer dos trineos ostiacos marcaron la ruta.

–¿Es definitivo? –pregunté, desconfiado.

–¡Definitivo e irrevocable!

Hasta bien entrada la tarde estuve dando vueltas por el cuarto, vagando de una a otra esquina. A las 8 me dirigí al cuartel donde se daba la función. Era lo más sensato que podía hacer. El cuartel estaba abarrotado de gente. Tres lámparas grandes pendían del techo, en los muros laterales había candelabros clavados en estacas. Tres músicos se acurrucaban a un costado del escenario. La fila delantera estaba ocupada por la administración, más atrás se situaban los mercaderes ricos, intercalados con los presos políticos, y en los asientos traseros se apiñaba la gente de a pie –funcionarios, comerciantes, jóvenes–, todos flanqueados por los soldados. Sobre la tarima ya transcurría la obra: *El Oso* de Chéjov. El enfermero Antón Ivánovich, bondadoso, alto y gordo, hacía el papel del Oso. La esposa del médico interpretaba a la bella vecina. El propio médico, a modo de apuntador, susurraba algo entre bastidores. Descendió un telón muy ingeniosamente pintado y todos aplaudieron.

En el entreacto, los políticos se juntaron para compartir las últimas novedades.

–Se rumorea que el jefe de la policía lamenta no haber dejado a los diputados casados en Beriózov.

–Por cierto, el jefe dijo que era imposible fugarse de aquí.

–No te lo creas, estará exagerando –discrepa alguien–. Si hubo forma de traernos acá, tiene que haber manera de escaparnos.

Los músicos terminaron de tocar y el telón se alzó. Daban *Un trágico a pesar suyo*, el drama del esposo *en veraneo*.[50] El guardia del hospital, que

había sido asistente de un médico en el ejército, hacía del esposo. En pleno febrero, en medio de la noche polar, vestía una chaqueta de raso y un sombrero de paja. Cuando volvieron a bajar el telón, me despedí de los compañeros alegando una jaqueca y me fui.

Nikita Serapionovich me esperaba en su casa.

–Llega justo a tiempo para cenar y abrigarse. Le ordené a Nikifor acudir al lugar acordado cuando el reloj de la torre de guardia dé la medianoche.

A eso de las 12 salimos. A contraluz todo parecía muy oscuro. En las tinieblas se divisaba el trineo de Nikita Serapionovich tirado por un caballo. Me recosté en el fondo del trineo sobre el *gus* arrojado presurosamente. Nikita Serapionovich me tapó con un gran fardo de paja y lo amarró al trineo con unas cuerdas como si transportara una carga. La paja estaba escarchada, mezclada con copos de nieve. El aliento derretía la nieve, que entonces caía en copos grandes sobre mis mejillas. Las manos se agarrotaban de frío en la paja escarchada, pues se me había olvidado sacar las manoplas de los bolsillos y ahora las cuerdas me oprimían. El trineo echó a andar, dejamos atrás el cerco y el caballo empezó a trotar.

"Por fin", pensaba. "Ya estamos." La sensación de frío en las manos y en la cara me agradaba, pues era una prueba real de que *ya estábamos*. Avanzamos al trote unos veinte minutos y nos detuvimos. Oí un silbido brusco encima de mí: debe ser la señal de Nikita. De pronto, a una distancia escasa, se oyó otro silbido, y, acto seguido, pude percibir unas voces ininteligibles. "¿Quiénes serán?", pensé, angustiado. Al parecer, Nikita compartía mi inquietud, pues, en vez de liberarme de las cuerdas, se puso a gruñir parado en el sitio.

* * *

–¿Quiénes son? –pregunté a media voz desde mi cobijo.

–Vaya uno a saber con quién se metió –respondió Nikita.

–¿Está ebrio?

–Por ahí va la cosa: muy sobrio no se lo nota.

Mientras tanto, las voces se acercaron.

–Está bien, Nikita Serapionovich, está bien –oí decir a una voz desconocida–… Que no se agobie el sujeto… Este… es amigo mío… Y el

viejo… mi padre… Gente de bien… pondría mi mano…

Sin parar de refunfuñar, Nikita me desató y me incorporé en el trineo. Vi a un alto *múyik* vestido con pieles, con la cabeza descubierta, de pelo muy rojo. Tenía el rostro ebrio y, sin embargo, se veía muy taimado. Sus rasgos eran similares a los de los ucranianos. A unos pasos de él se detuvo en silencio un *múyik* más joven y atrás se tambaleaba, aferrándose a duras penas a su trineo, un anciano caduco, indudablemente vencido por los efectos del alcohol.

–No se preocupe, señor, no se preocupe –balbuceó el hombre del pelo rojo e intuí que era Nikifor–. Son de los míos, pongo las manos en el fuego por ellos. Nikifor bebe, pero no se ofusca… Está bien… Cómo no lo voy a llevar, con unos *toros* así… El tío Mijaíl Iegorich me dice: "Vayan por la montaña"… Ayer nomás, pasaron dos trineos ostiacos… y yo quiero por la montaña… allá en el río todo el mundo me conoce… Por eso, lo invité a comer *pelmeni*… qué tío más bueno tengo…

–¡Para, para, Nikifor Ivánovich, ve preparando el trineo! –Nikita Serapionovich levantó la voz. El otro se apresuró. En cinco minutos todo estaba arreglado y me metí en el trineo nuevo.

–Ay, Nikifor Ivánovich –dijo Nikita en tono de reproche–. Has hecho mal en traer aquí a esta gente… Si tú y yo habíamos hablado… Ustedes, oigan –se volvió a los acompañantes de Nikifor–: ni se les ocurra hacer tonterías…

–Ni una –dijo el *múyik* joven.

El viejo solo pudo levantar el dedo y agitarlo en el aire, pero eso fue todo. Me despedí efusivamente de Nikita Serapionovich.

–¡Adelante!

Nikifor rechifló con bravura, los renos dieron un respingo y nos pusimos en marcha.

Los renos corrían avispados, sus lenguas largas colgaban de un costado. Respiraban entrecortadamente: chu, chu, chu… La senda era angosta, los animales se arrimaban uno al otro y me maravillaba: ¿cómo es que no se estorban entre sí?

–Con el corazón en la mano –Nikifor se volvió hacia mí–, le diré que estos renos son de los mejores, son *toros* de primera. Verá usted, son setecientas cabezas en la manada, y no hay ninguno mejor que los nuestros. Primero el viejo Mijéi se puso tozudo: "Ni hablar, a estos *toros* no me los quita nadie". Ya después nos clavamos una botellita y me dijo: "Bueno, llévatelos". Y cuando me los pasaba, rompió a llorar. "Mira", dijo, "este macho –y Nikifor

señaló al reno que corría a la cabeza del grupo– te vale un ojo de la cara. Si llegas bien, te lo vuelvo a comprar por el mismo precio". Así de buenos son nuestros *toros*. ¡Menudo dineral nos costaron…! Así y todo, valen la pena, como que hay dios. En cualquier sitio el macho ese te cuesta sus 25 rublos. Y el tío Mijaíl Ósipovich me lo daba prestado, todo gratis. Así me dijo: "Serás bobo, Nikifor, ¿por qué no contaste que llevabas a este sujeto?".

–¿Qué sujeto? –interrumpí su relato.

–Bueno, a usted, como sea.

Más adelante tendría enésimas ocasiones para notar que el vocabulario de mi guía delataba una especial predilección por la palabra "sujeto".

Apenas hicimos 10 verstas, Nikifor, de buenas a primeras, detuvo decididamente el trineo.

–Nos tenemos que desviar un poco, unas 5 verstas. Hay que pasar por el *chum*. Me guardaron un *gus*; si no, ¿adónde iré con estos harapos? Uno se queda tieso. Por cierto, tengo una nota de Nikita Serapionovich acerca de eso.

* * *

Tal disparatada ocurrencia –hacer una parada en un *chum* a 10 verstas de Beriózov, ¿sería posible?– me dejó completamente anonadado. De las evasivas de Nikifor deduje que el *gus* que pretendía recoger llevaba un rato largo esperándolo, pero que él había estado bebiendo sin tregua los dos últimos días.

–Usted sabrá cómo se las arregla –le dije–. Yo no voy por ningún *gus*. ¡Qué *gus* ni qué demonios! Haberlo pensado antes. Si tiene frío, se pone mi abrigo debajo del suyo, que lo tengo aquí tirado, mire. Y cuando lleguemos al sitio le regalaré mi chaqueta de piel, es mucho mejor que su dichoso *gus*.

–Hecho –Nikifor asintió enseguida–. ¿Para qué querré yo un *gus*? Somos gente calurosa. *Jo-jo* –les gritó a los renos–, hacemos correr a estos *toros* sin ninguna vara. ¡*Jo-jo*!

Poco duró la celeridad de Nikifor. El vino le ganó. Estaba hecho papilla, se balanceaba sobre el trineo de un lado a otro y se dormía cada vez más profundo. Lo desperté algunas veces. Se estremecía, empujaba a los renos con una vara larga y balbuceaba: "Bien, estos *toros* sí que corren". Y se

amodorraba de nuevo. Los renos iban casi al paso; solo mi grito los espoleaba un poco. Así pasaron dos horas más. Después, yo mismo me quedé dormido, pero me despabilé al cabo de unos minutos cuando noté que los renos se habían detenido. Sin despejarme aún, tuve la sensación de que todo estaba perdido.

Lancé un alarido y me aferré a su hombro.

–¡Nikifor!

Me respondió con un murmullo confuso:

–¿Y yo qué quieres qué haga? No se puede hacer nada… Déjame dormir.

En efecto, las circunstancias resultaban de lo más desfavorables para mí. Acabábamos de alejarnos unas 30 o 40 verstas de Beriózov. No tenía prevista una parada a esa distancia. Me percaté de que la cosa pintaba mal y decidí actuar.

–¡Nikifor! –grité, mientras quitaba la capucha a su cabeza ebria y la dejaba a merced de la ventisca–. Si no se pone bien y no arrea los renos, lo tiro del trineo y voy solo.

Nikifor recobró un poco la conciencia: no sé si fue por el frío o por mis palabras. Descubrimos que había perdido la vara mientras dormía. Trastabillando y rascándose la espalda, se inclinó sobre el trineo, buscó un hacha, taló un pino joven que crecía pegado al camino y lo peló de las ramas. La vara estaba lista y nos pusimos en marcha.

Decidí meter a Nikifor en vereda.

–¿Es que no entiende usted? –le pregunté con la máxima circunspección–. ¿Cree que se trata de una broma? ¿Acaso cree que si nos agarran nos darán un premio?

–¿No entender? ¿Yo? –contestó Nikifor, que se veía cada vez más despabilado–. ¡¿Cómo que no?! Lo único es que el tercer *toro* está flojo. El primero es bueno, mejor imposible, el segundo también… pero el tercero… verá usted, ¡qué fiasco!

Era notorio que el frío de madrugada arreciaba. Por suerte, me había puesto el *gus* por encima de la chaqueta y estaba a gusto. La situación de Nikifor, en cambio, empeoraba de una forma inexorable. Los efectos del trago se habían disipado, el frío calaba hasta los huesos y el pobre tiritaba.

–Vamos, póngase eso –lo animé.

–No, ahora ya es tarde: primero hay que entrar en calor y calentar la ropa.

Una hora más tarde, a lo lejos se vislumbraron las yurtas: tres o cuatro tristes casuchas de madera.

–Voy a entrar cinco minutos, pregunto por el camino y entro en calor…

Pasaron cinco minutos, diez, quince… Algo envuelto en pieles se acercó al trineo, vaciló durante un rato y se largó. Empezaba a clarear el alba y se me antojó que el bosque con las casuchas despedía unos destellos maliciosos. "¿Cómo terminará esta historia?", me preguntaba a mí mismo. "¿Podré ir lejos con este borracho? A este ritmo, no costará nada alcanzarnos. Nikifor está como una cuba, quién sabe qué puede contar al primer individuo que vea, este hace llegar el dato a Beriózov y… se acabó. Aunque la persecución no nos alcance, con el telégrafo es fácil avisar a todas las estaciones de trocha angosta… ¿Tendrá sentido seguir adelante?" Estas eran mis dudas.

Transcurrió alrededor de media hora. Nikifor no aparecía. Era indispensable localizarlo, y yo ni siquiera me había fijado en qué yurta había entrado… Me acerqué a la primera y atisbé por la ventana. En un rincón crepitaba el fuego. En el suelo había un cuenco humeante. Sobre las literas se habían acomodado varias personas; en el medio de ellas, estaba Nikifor. Empuñaba una botella. Pateé la pared a toda fuerza y golpeé en los vidrios. En un minuto salió Nikifor; llevaba puesto mi abrigo, que se asomaba dos centímetros por debajo del suyo.

–Tome asiento! –le grité con aspereza.

–Voy, voy –dijo, muy apocado–. Ya se me pasó el frío, ahora vamos… Vamos a ir de noche… En esa boca de lobo, no nos descubrirán… Solo que el tercer *toro*… eso… Mejor perderlo que encontrarlo…

Por fin nos movimos.

Serían ya las 5 de la mañana. La luna se erguía en lo alto despidiendo una luz intensa, en el aire flotaba el aroma del amanecer. Hacía rato que me había puesto el tapado de piel de reno encima de mi chaqueta de vellón, de modo que iba bien abrigado; además, Nikifor manejaba con tanta confianza y agilidad y la carrera de los renos era tan maravillosa que me quedé adormecido. De vez en cuando me despertaba y observaba el paisaje invariable. Seguramente atravesamos una ciénaga casi desprovista de vegetación, tan solo unos escasos pinos macilentos se asomaban, tímidos, entre los mantos de nieve. El camino serpenteaba como una cinta estrecha apenas perceptible al ojo. Los renos corrían, infatigables e infalibles como una máquina, y su respiración aguda evocaba en la memoria el ruido de una pequeña locomotora. Nikifor se había quitado la capucha blanca y estaba con la cabeza al aire. Su cabellera roja se había llenado de pelusa de reno

blanquecina y en la oscuridad parecía cubierta de escarcha. “Ya casi estamos”, pensaba yo. Un tibio oleaje de felicidad latía en mi pecho. “Quizá no se den cuenta mañana, ni pasado… Ya estamos.” Me dormí de nuevo.

A eso de las 9, Nikifor se detuvo. A escasos pasos del sendero había un *chum*, una especie de tienda de campaña en forma de cono truncado hecha con pieles de reno. Junto al *chum* había un trineo con los renos enjaezados al lado; una pila de leña; cueros de animales recién desollados pendían del tendedero extendido; sobre la nieve yacía una cabeza de reno despellejado con unas astas gigantescas. Dos niños vestidos con *malitsi* jugaban con un perro.

–¡Un *chum* aquí, qué raro! –se asombró Nikifor–. Si estaba seguro que no habría nada hasta las yurtas de Vyzhnepurtym…

Se informó: eran los ostiacos de Jarumpalovsk, a 200 verstas de estos lugares, adonde habían venido a cazar armiños. Recogí la vajilla y las provisiones y, como estábamos hambrientos y sedientos de té, nos metimos en el *chum* por un pequeño agujero tapado con pieles.

–*Paisí* –Nikifor saludó a los anfitriones.

–*Paisí*, *paisí* –se oyó de todos lados.

En el suelo se multipicaban los montones de cueros y había siluetas humanas hurgando en ellos. La noche anterior habían bebido de más y por eso todos estaban con resaca. El fuego ardía y se consumía en el centro de la habitación y el humo salía libremente a través de un orificio en el techo. Colgamos las teteras sobre la lumbre y echamos más leña. Nikifor entabló una conversación con nuestros anfitriones, hablaba ostiaco con una soltura admirable. Una mujer se levantó de su sitio, tenía un bebé al que, por lo visto, acababa de amamantar. Se arrimó al fuego sin ocultar sus senos. Era espantosa como la muerte. Le di una tableta de chocolate. Enseguida se levantaron otras dos siluetas y se encaminaron hacia nosotros, mirándonos.

–Quieren vodka –tradujo Nikifor.

Les di el alcohol: era un brebaje diabólico de 95º. Bebieron frunciendo los rostros y escupieron al suelo. La mujer de los senos desnudos también ingirió su ración. “El viejo quiere más”, explicó Nikifor ofreciendo la segunda copa a un anciano calvo de mejillas rojizas y sebosas.

–Cerré un trato con este viejo, lo contraté por 5 *tselkovi*[51] hasta las Yurtas de Shominsk –prosiguió–. Irá en troika y nos abrirá el camino. Nuestros renos correrán más tranquilos detrás de su trineo.

Tomamos té hasta saciarnos; como regalo de despedida, convidé unos cigarrillos a nuestros anfitriones. Después apilamos como mejor pudimos los enseres de cada cual sobre el trineo del viejo, nos sentamos en el que nos correspondía y nos pusimos en marcha. El sol relucía en el zénit, el camino transcurría entre los pinos del bosque, el aire estaba límpido y derrochaba alegría. A la cabeza iba el trineo del ostiaco, tirado por tres hembras de reno preñadas. El ostiaco blandía una vara de longitud inaudita que arriba tenía un pequeño pomo de asta y abajo una punta afilada de metal, como de flecha. Nikifor también se buscó una vara nueva. Las hembras corrían, raudas, con el liviano trineo del viejo a cuestas, y nuestros *toros* no se rezagaban.

–¿Por qué el viejo no se cubre la cabeza? –pregunté a Nikifor, mientras observaba con asombro la calva del ostiaco expuesta al frío.

–Así se le va más rápido la borrachera –explicó Nikifor con franqueza.

En efecto, media hora después el viejo se apeó del trineo y se acercó para pedirnos más alcohol.

–Hay que convidar al viejo –zanjó Nikifor, de paso "convidándose" a sí mismo–. Es que ya tenía las hembras prestas para salir.

–¿Y?

–Seguro que quería ir a Beriózov por el vino, ¿verdad? No vaya a ser que hable… Por eso lo contraté. Así le tengo más fe a nuestro asunto. Ahora ya… a ver cuándo se le ocurre ir a comprar vino, quizá vaya pasado mañana. ¿Y yo qué? Yo no tengo miedo. ¿Qué más me da? Alguno me preguntará: "¿Llevaste a ese sujeto?". ¿Y yo cómo cuernos voy a saber a quién llevé? Tú eres policía, yo soy transportista. ¿Tú cobras el sueldo? Tú vigilas, yo transporto. ¿Te parece bien?

–¡Muy bien!

Hoy es 19 de febrero. Mañana convocan la Duma. ¡Amnistía! Los indultos masivos deben ser la primera obligación del nuevo gobierno. Tal vez lo sea… Aun así, conviene esperar la amnistía algunas decenas de grados más al Oeste. Así le tengo más fe a nuestro asunto, como dice Nikifor.

Apenas dejamos atrás las yurtas de Vyzhnepurtym nos topamos con una bolsa tirada en medio del camino; al parecer, adentro había pan horneado; pesaba más de cien kilos. Sin hacer caso alguno a mi enérgica protesta, Nikifor encaramó el saco sobre nuestro trineo. Aproveché su amodorramiento ebrio y, disimuladamente, tiré el hallazgo, que no era más que un lastre para los renos.

Al despertarse, Nikifor no encontró el saco, ni tampoco la vara que había conseguido en el *chum* del viejo.

Los renos son unas criaturas fascinantes. No pasan hambre ni padecen cansancio. Cuando emprendimos nuestra odisea, llevaban ya dos días sin alimentarse y va a ser otro día más sin dar un bocado. Según asegura Nikifor, "apenas si tomaron carrera". Corren a buen paso, sin un ápice de fatiga, a unas 8 o 10 verstas por hora. Cada 10 o 15 verstas hay que hacer un descanso breve de dos o tres minutos para que los renos se repongan; al cabo de este tiempo, siguen como antes. Semejantes tramos se llaman "correrías de renos". Ya que nadie se ocupa de calcular las verstas, los habitantes de este paraje suelen medir las distancias en correrías. 5 correrías equivalen a unas 60 o 70 verstas.

Cuando alcancemos las Yurtas de Shominsk, donde nos despediremos del viejo y sus hembras de reno, habremos recorrido al menos 10 correrías, lo que ya es una distancia nada despreciable.

A eso de las 9 de la noche, cuando todo estaba envuelto en tinieblas, por primera vez en el transcurso del viaje vimos varios trineos salir a nuestro encuentro. Nikifor trató de esquivarlos sin detenerse. Qué más querríamos: el sendero era tan angosto que los renos se hundían en la nieve hasta el vientre nada más girar hacia un lado. Uno de los carreteros se acercó a nuestro trineo, miró fijamente a Nikifor y lo llamó por el nombre:

–Oye, tú, ¿a quién estás llevando? ¿Ustedes van muy lejos?

–No, no mucho… –contestó Nikifor–. Es un mercader de Obdorsk.

El encuentro lo dejó agitado.

–¿Cómo diablos se le ocurrió meterse por este camino? Llevaba cinco años sin verlo y me reconoció… ¡qué cosa! Es de los zirianos de Liapinsk, viven a 100 verstas de aquí, van mucho a Beriózov por la mercancía y a buscar el vodka. Mañana a la noche estarán en la ciudad.

–A mí ya no me importa –dije–, a mí ya no me capturan. No vaya a ser que le pase algo a usted cuando vuelva…

–¿Qué me va a pasar? Yo les digo: mi trabajo es llevar a la gente. Mercader, político, qué sé yo, tampoco es que lo tenía escrito en la frente, pa' mí son todos de la misma runfla. ¿Tú eres policía? Entonces, vigila. Tú a lo tuyo, yo a lo mío. ¿Te parece bien?

Me pareció muy bien.

Llegó la noche, oscura y profunda. En estas latitudes la luna solo se vislumbra de madrugada. A pesar de las tinieblas, los renos nunca se

desviaron. No vimos a nadie. A la 1 salimos de pronto de la oscuridad y quedamos inmersos en una fuente de luz deslumbrante. Entonces, nos detuvimos. Dos figuras, una grande y otra más menuda, se inclinaban sobre la hoguera que chispeaba a la vera del camino. En el cuenco hirviente colgado sobre la hoguera borboteaba el agua. Un niño ostiaco trozaba un ladrillo de té prensado y echaba al agua los bloques con su manopla.

Nos adentramos en el resplandor de la lumbre y nuestro trineo se hundió en la oscuridad. De las llamas se desprendían palabras en un dialecto foráneo e ininteligible. Nikifor tomó el cuenco del niño y lo llenó con un poco de nieve; acto seguido, lo sumergió un instante en el agua hirviendo. Volvió a juntar un puñado de nieve, que también metió en el cuenco. Daba la sensación de estar preparando una pócima misteriosa sobre aquella fogata perdida en lo hondo de la noche y el desierto nevado. Al terminar el rito, bebió con mucha avidez.

Por lo visto, nuestros renos empiezan a aflojar. Cada vez que paramos se recuestan uno al lado del otro y devoran la nieve.

Alrededor de las 2 de la mañana llegamos a las Yurtas de Shominsk. Habíamos decidido dar un respiro a los renos y alimentarlos. Las yurtas ya nada tienen que ver con aquellas moradas nómadas de antaño; en la actualidad, son viviendas permanentes hechas con troncos de árboles. Sin embargo, hay una brecha abrumadora entre estas yurtas y las que frecuentamos durante nuestro paso por la ruta de Tobolsk. A grandes rasgos, las yurtas de allí son similares a las *izbai* de los campesinos rusos: dos espacios separados, estufa rusa, samovar, sillas… Peor y más mugrienta que la *izbá* típica del *múyik* siberiano, claro. Aquí es un solo cuartucho provisto de un primitivo hogar en vez de la estufa, sin muebles, con los techos bajos y un bloque de hielo que sustituye los vidrios. De todas maneras, me sentí de maravilla al desprenderme del *gus*, la chaqueta y los borceguíes que la vieja ostiaca enseguida colgó cerca de la lumbre para secarlos. Llevaba un día entero sin comer.

¡Qué a gusto se sentía uno en el camastro cubierto con pieles de reno, comiendo ternera fría con pan a medio descongelar, a la espera del té! Había tomado una copa de coñac y me sentía un poco mareado, llegué a pensar que el viaje había concluido… Un joven ostiaco de trenzas largas entrelazadas con cintas de lienzo rojo se levantó del camastro y salió a alimentar a los renos.

–Y él ¿qué piensa darles de comer? –curioseé.

–Musgo. Los soltará en un lugar donde lo haya; ya se las arreglarán para buscarlo bajo la nieve. Escarban un hoyo, se meten dentro y comen a más no poder. ¿Acaso necesita mucho un reno?

–¿Y no comen pan?

–No comen nada más que musgo, salvo que se acostumbren desde el primer día al pan horneado, aunque eso no suele pasar.

La vieja echó otro poco de leña en el fuego, despertó a una ostiaca joven y esta última, tapándose la cara con un pañuelo para que yo no la viera, salió al corral, tal vez para ayudar a su marido, el chico joven al que Nikifor había contratado por 2 rublos para acompañarnos hasta Ourvi. Los ostiacos son terriblemente perezosos; quienes se encargan de todas las labores domésticas, y no solo de las domésticas, son las mujeres: es bastante común sorprenderlas camino al bosque, yendo con un fusil a cazar armiños y visones. Un guardabosques de Tobolsk me reveló unos datos increíbles sobre la dejadez de los ostiacos y su trato a las mujeres. Él había explorado los espacios insondables del *uyezd* de Tobolsk, esos que llaman *brumas*. Contrataba a ostiacos como guías, les pagaba unos 3 rublos por día. A cada joven que iba a las brumas lo seguía su mujer, y a los solteros y viudos, sus madres o hermanas. La mujer cargaba todos los utensilios: el hacha, el cuenco, el saco con las provisiones. El hombre solo llevaba un cuchillo en la cintura. Cuando paraban a descansar, la mujer desbrozaba la tierra, recibía de manos del marido el cinto que él se quitaba para aliviarse, después prendía el fuego y preparaba el té. El hombre se arrellanaba y encendía la pipa…

El té estaba listo, con mucha avidez acerqué la taza a los labios. Pero… el agua desprendía un hedor insoportable de pescado. Tuve que poner dos cucharas de esencia de arándano a la taza para bajar un poco el vaho.

–¿Acaso usted no lo nota? –pregunté a Nikifor.

–Qué nos va a molestar el pescado, si lo comemos crudo, recién sacado de la red… mientras se agita en las manos… Es lo más rico que hay.

Volvió a entrar la ostiaca joven, tapándose la cara como antes. Se detuvo frente al hogar y se arregló el vestido con una desenvoltura adorable. Detrás de ella entró su marido y, por intermedio de Nikifor, me ofreció en venta pieles, unas cincuenta piezas de armiño.

–Le dije que usted era mercader, por eso se las ofrece –explicó Nikifor.

–Dígale que ya lo visitaré a la vuelta. Ahora no puedo llevármelas.

Tomamos té, fumamos y Nikifor se tendió en el camastro a dormir una siesta mientras los renos se alimentaban. Yo también estaba muerto de cansancio, pero tenía miedo de quedarme dormido, por lo cual me senté junto al hogar con una libreta y un lápiz. Me puse a esbozar las impresiones del primer día del viaje. Lo fácil que salía todo. Demasiado fácil. A las 4 de la mañana desperté a los carreteros y salimos de las yurtas.

–Todos los ostiacos, tanto hombres como mujeres, llevan trenzas con cintas y anillos. ¿Será que se trenzan el cabello una vez al año?

–¿Trenzas, dices? –respondió Nikifor–. No, se trenzan muy a menudo. Cuando se emborrachan y discuten, tiran de las trenzas del otro. Beben, beben… y al final se enredan y se agarran de las trenzas. Después, el más débil dice: "Suelta". El otro afloja. Siguen bebiendo juntos. Nunca guardan rencores: *el corazón no les da para tanto*.

* * *

Junto a las Yurtas de Shominsk empalmamos con el camino del Sosva. Esta ruta atraviesa el río y el bosque alternadamente. Sopla un viento brusco y penetrante, me cuesta un gran esfuerzo tomar apuntes en la libreta. Estamos atravesando un terreno abierto entre un bosquecillo de abedules y el cauce del río. El camino es aterrador. En apenas un momento, el remolino borra la estrecha huella de nuestro trineo. El tercer reno tropieza cada dos por tres, saliéndose de la vía surcada. Se hunde hasta el vientre en la nieve, se hunde del todo, da un par de saltos desesperados, se encarama de nuevo en el sendero, empuja al reno del medio y distrae al primero. Tenemos que vadear el río y las ciénagas congeladas a paso de tortuga. Por si fuera poco, nos damos cuenta de que el reno que abre la marcha, ese *toro* incomparable, renquea. Arrastra la pata trasera, pero no cede y sigue corriendo. Solo su cabeza inclinada, que casi roza la tierra, y su lengua, que cuelga para lamer ávidamente la nieve, delatan su extraordinario esfuerzo. El camino desciende y nos encontramos apretujados entre dos muros de nieve de un metro y medio de altura. Los renos se apiñaron y da la sensación de que los laterales llevan al del medio apretado entre sus flancos. Me percaté de que el primer reno tenía sangre en la pierna delantera.

–Verá, es que soy un poco cirujano –explicó Nikifor–. Le hice una sangría mientras usted descansaba.

Detuvo los renos, sacó una navaja del bolsillo (en Rusia esta clase de navajas se llaman finlandesas), la apretó entre los dientes y se puso a examinar la pata afectada.

–No entiendo, qué chiste es ese –dijo, confundido, y empezó a hurgar con la navaja más arriba de la pezuña.

El animal, inclinado en el suelo con las piernas encogidas, no profirió ni un solo quejido durante la operación. Cuando todo terminó, se puso a lamer tristemente la sangre. Las intensas manchas rojas que se destacaban sobre la nieve habían marcado el lugar de nuestra parada. Insistí en que mi trineo fuera tirado por los renos del ostiaco de Shominsk, pues los nuestros merecían una carga más ligera. Amarramos atrás al pobre rengo.

Hará unas cinco horas que salimos de Shoma, falta otro trecho igual para llegar a Ourvi. Una vez allí, podríamos cambiar los renos en los dominios de Semion Pantiuy, un rico propietario. Así y todo, ¿accederá a prestar sus renos para una odisea tan larga? Lo discutimos con Nikifor.

–Tal vez tengamos que comprar dos tríos de renos a Semion –le digo.

–¿Y qué? –corta Nikifor–. ¡Los compraremos si hace falta!

Mi manera de viajar lo impresiona igual que como me impresionaban los viajes de Phileas Fogg en los viejos tiempos. Si el lector se acuerda, él compraba elefantes y barcos de vapor, y cuando estaba escaso de combustible, arrojaba algún aparejo de madera en la caldera de la máquina. Cuando Nikifor está ebrio (es decir, casi siempre) se entusiasma muy fácilmente de solo pensar en las nuevas complicaciones, desafíos y gastos. Se identifica completamente conmigo, me guiña un ojo y dice con picardía:

–El viajecito nos va a salir caro… Pero bueno, a nosotros qué nos importa. ¡No somos tacaños! ¿*Toros*? Si uno se pone malo, lo cambiamos por otro. ¿Preocuparme por los *toros*, yo? ¡Jamás! Conmigo correrán hasta donde puedan. ¡*Jo-jo*! Si lo importante es llegar a la meta. ¿Pienso bien?

–Muy bien.

–Si Nikifor no te lleva, no te lleva nadie. Mi tío Mijaíl Ósipovich (¡hombre cabal!) va y me dice: "Nikifor, ¿tú lo llevas al sujeto ese? Que llegue bien. Toma, aquí tienes, mis seis mejores *toros*. Llévatelos gratis". Y el cabo Suslikov dice: "¿Así que lo llevas tú? A ver, toma 5 *tselkovi*".

–¿Para qué?

–Para sacarlo a usted.

–¿Sí, para eso? ¿Y a él qué más le da?

–Se lo juro. Él quiere a los hermanos, haría cualquier cosa por ellos. Entonces, digámoslo así, ¿por quién sufre usted? Por los pobres, por la comunidad. "Aquí tienes mis 5 *tselkovi*, Nikifor, sácalo de aquí, bendito seas. *Por mi cabeza te lo ruego*", dice.

El camino penetra en el bosque y se hace más llevadero: los árboles nos resguardan de la ventisca. El sol brilla en lo alto del cielo, el bosque está en calma y me siento tan acalorado que decido quitarme el *gus* y me quedo en chaqueta. El ostiaco de Shominsk va a la zaga, hay que esperarlo. Los pinos nos rodean por todos lados. Son unos árboles inmensos, tronco desnudo de color amarillo cetrino, erguidos como cirios. Parece que uno está en un majestuoso parque antiguo. El silencio es absoluto. Rara vez alza vuelo un par de perdices blancas, casi indistinguibles sobre la nieve, y se interna en lo hondo del bosque. El pinar acaba de golpe y el sendero desciende bruscamente hacia el río; volcamos, nos ponemos de pie, cruzamos el Sosva y volvemos por terreno abierto. Tan solo unos abedules menudos surgen esporádicamente al ras de la tierra. Debemos de estar cruzando una ciénaga.

–¿Cuántas verstas habremos hecho? –le pregunto a Nikifor.

–Unas 300 serán. ¿Quién sabe? ¿Quién iría a medir las verstas de aquí? El arcángel Miguel, tal vez. ¡Es meter la mar en un pozo! Pero bueno, en tres días llegaremos a los establecimientos mineros, a menos que el tiempo cambie. Figúrese, hay veces que… ¡uh, dios nos libre! Un día de esos me agarró la ventisca más allá de Liapinsk, hice 5 verstas en tres días nada más… ¡Dios nos libre!

Ya se vislumbra Ourvi el Chico: tres o cuatro yurtas destartaladas, de las cuales solo una es habitable… Veinte años atrás, estarían todas pobladas de gente. Los ostiacos se extinguen con una rapidez espeluznante. Faltan unas 10 verstas para llegar a Ourvi el Grande. ¿Coincidiremos con Semion Pantiuy? ¿Conseguiremos renos? Los nuestros no dan para más…

* * *

¡Qué fracaso! No encontramos a nadie en Ourvi: los *múyiki* están viviendo en un *chum* a 2 correrías de distancia: habrá que desviarse y retroceder unas cuantas verstas. De haber parado a preguntar en Ourvi el Chico, habríamos

ahorrado varias horas. Con la moral por el suelo, aguardé mientras las mujeres procuraban un reno en sustitución del pobre rengo. Como en todas las ocasiones y en todas partes, las mujeres de Ourvi estaban en estado de embriaguez, y cuando empecé a desempaquetar las viandas, me pidieron vodka. Ellas y yo nos comunicamos por medio de Nikifor, que habla con igual fluidez en ruso, en ziriano y en dos dialectos ostiacos que apenas se asemejan: el superior y el inferior. Los ostiacos de aquí no saben pronunciar siquiera una palabra en nuestro idioma… ahora bien, las obscenidades rusas en toda su extensión engrosaron el vocabulario ostiaco y, junto con el vodka, constituyen el aporte más irrefutable de la cultura oficialista rusificadora. El sombrío lenguaje ostiaco que ignora la expresión "buenas tardes" se ilumina de pronto con el destello cegador de una indecencia rusa pronunciada sin una brizna de acento, con una claridad impecable.

De vez en cuando les convido cigarrillos. Tanto los ostiacos como las ostiacas los aceptan con inequívoco pero reverente desdén. Sus fauces ardidas por el alcohol puro son por completo insensibles a mi triste cigarrillo. Incluso Nikifor, que respeta todos los bienes de la civilización, reconoce que aquí mi tabaco no cotiza y sentencia:

–No se hizo la miel para la boca del asno.

Nos dirigimos hacia el *chum*. ¡Qué salvaje e inhóspito se ve todo! Los renos yerran entre los montículos de nieve, se pierden entre los árboles en el bosque prehistórico. En definitiva, es inconcebible cómo los carreteros de aquí determinan la ruta. Deben de tener un don especial, una especie de ciencia infusa como aquellos renos cuyas astas esquivan airosamente las ramas de los pinos y los abetos. El nuevo reno que conseguimos en Ourvi tiene unas ingentes astas ramificadas de al menos 5 o 6 palmos. Las ramas obstruyen el camino a cada paso. Parece que el reno está a punto de engancharse con ellas. No obstante, a último momento se mueve de modo apenas perceptible con la cabeza sin que tiemble una sola hoja. Estuve un largo rato observando fijamente sus maniobras y me resultan inescrutables, infinitamente misteriosas, igual que toda manifestación del instinto se le antoja a nuestro intelecto afiebrado.

¡Mala suerte otra vez! El viejo dueño se fue al *chum* de verano donde había dejado parte del ganado. Se estima que aparecerá, de regreso, en las próximas horas, pero nadie sabe cuándo exactamente. Su hijo, un joven con el labio superior fisurado, no se atreve a cerrar el trato en ausencia del padre. No queda otra que esperar. Nikifor suelta los renos para que coman

un poco de musgo. Para que no haya confusión con los lugareños, los marca con la navaja grabando sus iniciales sobre el lomo de cada uno de los *toros*. Después, ocioso, se pone a hurgar en el trineo que se desvencijó en la ruta. Con el alma atormentada, recorro la pradera; después, entro en el *chum*. Un niño completamente desnudo, tendría 3 o 4 años, estaba sentado en el regazo de la madre ostiaca; la madre lo vestía. ¿Cómo sobreviven con los niños a -45 ºC?

–Por la noche se puede aguantar, te arropas con las pieles y te duermes –explicaba Nikifor–. Yo mismo pasé más de un invierno en el *chum*. Los ostiacos se quitan la ropa y se meten desnudos en la *malitsa*. Dormir se puede, lo difícil es levantarse. La ropa se apelmaza por el aliento, como para cortarla a hachazos… Lo difícil es levantarse.

La joven ostiaca envolvió al niño con la falda de su *malitsa* y lo llevó al pecho. Aquí dan el pecho a los niños hasta los 6 años.

Calenté el agua. A la primera oportunidad, Nikifor agarró la cajita del té, cernió un poco sobre la palma de su mano (¡por dios, qué mano era!) y lo echó en el agua. No tuve la valentía para reprochárselo; ahora tendré que resignarme a tomar té de la mano que ha visto muchas cosas salvo el jabón… La ostiaca amamantó al niño, le lavó la cara y lo secó con aserrín; después lo vistió y lo dejó salir del *chum*. Me pareció sorprendente la ternura con la que trataba a su hijo. Ahora se puso a trabajar: está confeccionando una *malitsa* de pieles y tendones de reno. Sin duda, la prenda va a salir no solo duradera, sino también hermosa. El borde está decorado con trocitos de piel de reno blanca y negra. En cada puntada se ensarta un retazo de tela roja. Todos los miembros de la familia usan ropa de confección casera femenina. ¡Cuánto trabajo extenuante requiere todo esto!

El hijo mayor yace enfermo en el rincón. Van a ser tres años que está así. Consigue el tratamiento donde puede, lo ingiere en cantidades desmesuradas e hiberna en el *chum* al aire libre. El enfermo tiene facciones de una sorprendente inteligencia: los surcos del sufrimiento marcados en este rostro pueden confundirse con los vestigios del pensamiento… Me doy cuenta de que precisamente en este sitio murió el joven mercader Dobrovolsky de Beriózov que había venido por la mercancía un mes atrás. Estuvo días agonizando, abandonado a su suerte…

El viejo Pantiuy al que estamos esperando posee alrededor de quinientos renos. Es conocido por doquier gracias a su inefable riqueza. El reno lo es

todo: te alimenta, te viste, te transporta. Hace algunos años un reno costaba entre 6 y 8 rublos y ahora, 10 o 15. Nikifor lo atribuye a las incesantes epidemias que diezman la especie.

Ya cayó el crepúsculo y está claro que nadie va a conseguir renos a esta hora. Aun así, no quiero renunciar a la última esperanza. Sigo esperando al viejo con una impaciencia con la que, quizá, nadie nunca lo esperó en su larga vida. Ya es muy tarde cuando por fin llega con sus trabajadores y se sienta junto a la lumbre. Su rostro, sabio y dominante, me sobresalta. Al parecer, sus quinientas piezas le permiten sentirse como un rey de pies a cabeza.

–¡¡Dígaselo!! –impelía a Nikifor–. ¡No perdamos el tiempo!

–Espere, todavía no se puede. Van a cenar.

Entró un trabajador alto y fornido, saludó con voz ronca, dejó el calzado húmedo en el rincón y se acercó a la lumbre. ¡Qué adefesio! La nariz había desaparecido por completo de su cara deforme, el labio superior estaba torcido, la boca siempre abierta dejaba entrever sus recios dientes blancos. Bajé los ojos, aterrado.

–¿Quizá debiéramos ofrecerles la bebida? –sugerí tímidamente, apostando por la autoridad de Nikifor.

–Es el momento indicado –dijo.

Les mostré la botella. La nuera (que se había tapado la cara al ver regresar al viejo) prendió fuego un trozo de corteza de abedul y, usándolo a modo de linterna, rebuscó en el cofre, para finalmente sacar una copa de metal. Nikifor enjugó la copa con su camisa y la llenó hasta el tope. La primera ración fue obsequiada al viejo. Nikifor le explicó que era alcohol. El viejo asintió con un ademán presuntuoso y, sin emitir un solo sonido, suprimió de un trago aquella copa llena de alcohol puro de 95º. Sus facciones permanecieron inalterables. Después bebió el hijo menor, el del labio fisurado. Tragó a la fuerza, frunció su cara miserable y escupió en la lumbre durante un rato. Luego llegó el turno del trabajador: dio un sorbo y se puso a mover la cabeza de un lado a otro. Acto seguido, ofrecieron la copa al enfermo, que la devolvió a medio terminar. Nikifor desechó los restos en el fuego para jactarse de la calidad de su producto; el alcohol se inflamó con una llama azul.

–*Ta-ak* –constató el viejo, impertérrito.

–*Taak* –repitió el hijo, y una hilacha de saliva manó de su boca.

–*Saka taak* –confirmó el trabajador.

Nikifor probó el alcohol y llegó a la misma conclusión: demasiado fuerte. Lo disolvieron con un poco de té. Nikifor tapó la botella con el dedo y la agitó en el aire. Otra ronda. Lo disolvieron otra vez y volvieron a beber. Una vez más. Finalmente, Nikifor expuso el meollo del asunto.

–*Saka joza* –dijo el dueño. Todos hablaron en tropel:

–*Joza, saka joza*.

–¿Qué están diciendo? –le pregunté, ansioso, a Nikifor.

–Dicen que está muy lejos. Están pidiendo 30 rublos hasta la zona de fábricas y minas.

–¿Y hasta Niaksimvol?

Nikifor refunfuñó (después entendería las razones de su conducta reacia); no obstante, prosiguió su conversación con el viejo y minutos después anunció a regañadientes: 13 rublos hasta Niaksimvol, 30 hasta las fábricas.

–¿Cuándo hay que buscar a los renos?

–Recién entrada la madrugada.

–¿Y ahora no se puede?

Nikifor tradujo mi pregunta con un semblante irónico. Todos estallaron en una carcajada y negaron con la cabeza. Intuí que la pausa para pernoctar era inminente y salí del *chum* a respirar aire fresco. Hacía una noche tibia y silenciosa. Paseé un rato y me acosté en el trineo.

Arropado con las pieles de reno parecía estar en una guarida caliente. Un halo de luz desprendido de la fogata a medio extinguir rodeaba el *chum*. Reinaba un silencio absoluto. En lo alto del firmamento pendían las estrellas, inalterables en su resplandor. Los árboles estaban inmóviles. El olor a piel de reno macerada por el aliento me sofocaba, pero estaba tan abrigado y la placidez de la noche me hipnotizaba tanto que me dormí con la firme disposición de madrugar y despertar a los *múyiki* para salir lo antes posible. ¡Es terrible cuánto tiempo perdimos en vano!

La ansiedad hizo que me despertara varias veces, pero todo permanecía envuelto en las tinieblas. Cuando empezó a clarear el alba, sobre las 5 de la mañana, me metí de puntillas en el *chum*, encontré a tientas el cuerpo de Nikifor perdido entre otros cuerpos desperdigados y le di una sacudida. Él despertó a todos. Parece que la supervivencia en este clima no pasa sin dejar huellas en los habitantes del *chum*: una vez despiertos, tosieron y gargajearon hasta dejar todo el suelo lleno de escupitajos. No pude soportar semejante escena y salí. En la entrada del *chum* un niño de unos 10 años vertía agua de la boca a sus manos sucias y después se frotaba la cara

mugrienta. Al dar por terminada la operación, se secó meticulosamente con un puñado de aserrín.

Un rato después, el trabajador desnarigado y el hijo menor, del labio fisurado, se fueron en esquís a capturar a los renos para llevarlos al *chum*. Media hora más tarde, la primera manada de renos salió del bosque.

–Ya los habrán *engatusado* –supuso Nikifor–. Ya pronto vendrá el resto.

Se equivocaba. Tuvimos que esperar dos horas más hasta que una cantidad nada despreciable de renos se congregó alrededor del *chum*. Iban silenciosamente, escarbaban en la nieve, se juntaban en grupos, se recostaban en la tierra de vez en cuando. El sol ya se había levantado e iluminaba la pradera nevada sobre la que se extendía el *chum*. Las siluetas de los renos –grandes y pequeños, oscuros y blancos, con astas y sin ellas– se esbozan sobre la blancura. Es un espectáculo asombroso, parece del otro mundo y resulta absolutamente indeleble. Los renos están custodiados por perros. Un pequeño animal desgreñado arremete contra una manada de cincuenta renos apenas esta se aleja unos pasos del *chum*, y los renos, amedrentados, se apresuran a regresar.

Ahora bien, ni siquiera un espectáculo así podía ahuyentar los remordimientos del tiempo desperdiciado. El día de la apertura de sesiones de la nueva Duma, 20 de febrero, era un día aciago para mí. Aquí estoy, esperando a que reúnan a los renos, dominado por una impaciencia febril. Ya son las 10 de la mañana y aún no tienen los suficientes. Ya perdimos un día más: es evidente que no vamos a salir antes del mediodía; además, tenemos 20 o 30 verstas hasta Ourvi por un camino malo… Si las circunstancias juegan en mi contra, podrían acorralarme hoy mismo. Pongamos por caso que alguno de los múltiples compañeros de bebida de Nikifor del otro día haya contado a la policía el camino que este había tomado; entonces, la persecución pudo haber empezado la noche del 19. Apenas recorrimos 300 verstas. Esta distancia se salva en un día o dos. Por consiguiente, acabamos de conceder al rival el tiempo suficiente para alcanzarnos. Nuestra demora puede resultar fatídica.

Empiezo a hostigar a Nikifor. ¡Pero si le dije que había que ir inmediatamente por el viejo en vez de esperarlo! Podríamos haberle dado algunos rublos de más, ¡pero haber salido ayer mismo! Claro está, si yo hablara ostiaco lo habría solucionado sin intermediarios, precisamente por eso me acompaña Nikifor, etc.

Nikifor, huraño, elude la mirada.

–¡Qué quiere que les haga si no tienen ganas! Sus renos están bien gordos, malcriados, ¿cómo los agarras de noche? Pero usted no se preocupe, ¡vamos a llegar bien!

–¿Seguro?

–¡Segurísimo!

Sus palabras me reconfortan y enseguida pienso que quizá tiene razón y no pasa nada. Por añadidura, la pradera se ve completamente atiborrada de renos y del bosque ya reaparecen los dos ostiacos con sus esquís.

* * *

–Van a *engatusar* a los renos –dice Nikifor.

Veo cómo los ostiacos toman una correa cada uno. El viejo dueño hace nudos corredizos parsimoniosamente y se los va colgando del brazo izquierdo. Acto seguido, oigo un prolongado intercambio de gritos indescifrables. Por lo visto, se están poniendo de acuerdo: hay que elaborar un plan de acción y elegir la primera presa. Nikifor se involucra en el complot. Alborota un pequeño grupo de renos y los empuja a correr hacia el vasto espacio entre el padre y el hijo. Más allá se agazapó el trabajador. Los renos asustados corren en manada: parece una correntada de cabezas y astas. Hay algún punto fijo en este torbellino y los ostiacos lo observan de hito en hito. ¡Zas! El viejo arrojó su correa y, disgustado, sacudió la cabeza. ¡Zas! El joven ostiaco tampoco acertó. De pronto, el trabajador desnarigado (cuyo aspecto de confianza imperturbable, pese a estar rodeado de renos a campo raso, me había infundido respeto desde el principio) lanzó su correa. Por el movimiento mismo de su brazo, intuí que no erraría. Los renos se echaron a un lado intentando esquivar la soga, pero uno, grande y blanco, que ya traía un leño atado al cuello, dio un par de saltos y se detuvo retorciéndose en el sitio: la soga se había ceñido alrededor de cuello y astas.

Nikifor aclara:

–Han enganchado al reno más astuto que *embarulla* a toda la manada y la espanta en el momento más crucial. Una vez atado el rebelde, la cosa irá sobre ruedas.

Los ostiacos volvieron a empuñar sus sogas con la mano izquierda. Prosiguió el griterío mutuo: había que urdir un nuevo plan. Un insobornable

azar de la caza se apoderó de mí. Me enteré, por medio de Nikifor, de que esta vez habían puesto el ojo en aquella hembra gruesa de astas cortas y pude tomar parte en las maniobras.

Desde ambos flancos impulsamos a los renos hacia el lugar donde los acechaban tres correas. No obstante, la hembra parecía conocer su destino. Se echó enseguida a un lado y, posiblemente, se nos habría escapado del todo si no la hubieran arrinconado los perros. No quedaba más que emprender otra serie de movimientos para cercarla. También en esta ocasión salió ganador el desnarigado, pues supo aguardar el momento oportuno para tirarle la soga en las astas.

–Es una hembra estéril –explicó Nikifor–. No trae cría; por eso, rinde bien en las correrías.

La caza se estaba poniendo interesante, aunque se alargaba sobremanera. Luego de la hembra agarraron (con dos sogas a la vez) a un reno enorme que, en efecto, se asemejaba más a un toro. Después se hizo una pausa: un grupo de renos valiosos se desenredaron y escaparon al bosque. Una vez más, el trabajador y el hijo menor se encaminaron al bosque en esquís, y pasamos alrededor de media hora esperándolos. Al final la caza se puso buena. Aunados los esfuerzos, logramos enlazar trece renos: siete para nuestro viaje con Nikifor, seis para los dueños. A eso de las 11 de la mañana finalmente salimos del *chum* en cuatro troikas en dirección a Ourvi.

El jornalero nos va a acompañar hasta las instalaciones de Bogoslovsky. Detrás de su trineo corre, uncido, el séptimo reno, “el de recambio”.

El *toro* lisiado que habíamos dejado en las yurtas de Ourvi antes de ir al *chum* nunca se recuperó. Postrado tristemente en la tierra, se rindió sin necesidad de usar la soga. Nikifor volvió a practicarle la sangría, tan infructuosa como la primera. Los ostiacos aseguraron con exclamaciones que el reno se había hecho un esguince. Nikifor titubeó un rato y lo vendió para la carne a uno de los dueños lugareños por 8 rublos. El buen señor tomó la cuerda y se llevó al pobre reno a rastras. Y ese fue el infausto destino del reno que acaso no tuviera igual en el mundo. Llamativamente, Nikifor vendió el reno sin pedir mi consentimiento. Conforme con lo acordado, los *toros* pasaban a su propiedad únicamente en caso de haber arribado con éxito a destino. Me daba mucha lástima mandar al matadero al reno que me había brindado un servicio tan útil. Sin embargo, no me atreví a protestar… Al consumar su gestión financiera, Nikifor se volvió hacia mí escondiendo el dinero en el monedero:

–Lo que hay que ver, 12 rublos de pérdida.

¡Qué ganso! ¿Acaso se le olvidaba que había sido yo quien había comprado los renos que, según él, me llevarían al sitio? Mientras tanto, no recorrimos ni 300 verstas y ya tuve que encargar otros.

Hoy hace tanto calor que la nieve está a punto de derretirse. La nieve está blanduzca; cuando los renos rozan con las pezuñas los copos mojados, salpican por todos lados. Los renos están exhaustos. A la cabeza tenemos un *toro* de una sola asta y un aspecto sumamente modesto. A su derecha, la pequeña hembra estéril mueve las patas con mucho ahínco. En el medio, un reno rechoncho que, por lo visto, aún no ha descubierto del todo el significado de la palabra "trineo". Con sus dos escoltas a los lados, desempeña honradamente sus obligaciones. Adelante, el ostiaco lleva el trineo cargado con mi equipaje. Se ha puesto un abrigo escarlata encima de la *malitsa* y –entre la nieve blanca, el bosque grisáceo, los renos grisáceos y el cielo grisáceo– salta a la vista como una mancha impertinente, pero al mismo tiempo indispensable.

El camino es tan difícil que los atalajes del trineo delantero se han roto por segunda vez. Cada vez que hacemos una parada, los patines del trineo se adhieren al hielo que cubre el sendero y resulta imposible hacerlos correr. Después de las primeras 2 correrías, los renos se ven considerablemente cansados.

–¿Hacemos un alto en las yurtas de Nildinsk a tomar té? –preguntó Nikifor–. Las siguientes están bien lejos…

Era consciente de que los conductores estaban ávidos de té; pero me fastidiaba desperdiciar el tiempo, sobre todo luego de haber perdido un día en Ourvi. Mi contestación fue negativa.

–Donde manda capitán, no manda soldado –respondió Nikifor y, enojado, pinchó a la hembra estéril con la vara.

Hicimos unas 40 verstas en silencio: cuando Nikifor está sobrio, se pone taciturno y huraño. El frío arreciaba; el sendero recobraba forma poco a poco y todo parecía enderezarse. Decidimos parar en Sangui-Tur-Paul. La yurta es de ensueño: hay bancos para sentarse, una mesa con mantel de hule. En el transcurso de la cena, Nikifor me tradujo parte de la conversación entre el conductor desnarigado y las mujeres que nos atendían. Pude descubrir unas curiosidades nada despreciables. Hace tres meses se ahorcó la esposa del ostiaco. ¿Y con qué lo hizo?

–Vete a saber con qué –me transmitió Nikifor sus palabras–: con el cordón de una esponja de baño vieja. Se sentó debajo de un árbol, amarró el otro cabo a la rama y se ahorcó. El marido estaba en el bosque cazando ardillas con otros ostiacos. Entonces, viene el cabo, también ostiaco, y lo llama: "Tu mujer está muy enferma" –un pensamiento fugaz pasa por mi mente: "De modo que ellos tampoco lo anuncian enseguida"–. Y el marido: "¿Acaso no tiene quién le prenda la lumbre? Para eso está su madre; y yo, ¿qué quieres que haga?". Pero el cabo no cedió; entonces, el marido fue a la yurta y, cuando llegó, la mujer ya *estaba lista*. Era su segunda mujer –concluyó Nikifor.

–¿Cómo? ¿La primera también se ahorcó?

–No, esa murió como dios manda, de achaques, como ha de ser…

Descubrí que aquellas dos adorables criaturas de Ourvi de las que el ostiaco se había despedido con un beso en la boca (la escena me había dejado aterrorizado) eran hijos suyos, del primer matrimonio. Con la segunda habían estado casados alrededor de dos años.

–¿Tal vez la casaron a la fuerza con semejante personaje? –dije. Nikifor fue a indagar.

–No –refutó–, ella acudió a él por sí sola. Después él dio los 30 rublos de la dote a sus viejos y se vinieron a vivir todos juntos. Por qué motivo se ahorcó, eso lo desconocen.

–¿Tal vez sea algo muy poco común por estos lares? –pregunté.

–¿Qué cosa? ¿Que se mueran casualmente? Les pasa muy a menudo a los ostiacos. El otro verano, en nuestras tierras, un ostiaco también se mató con un rifle.

–¿Cómo? ¿Adrede?

–No, sin querer… Y en el *uyezd* se mató un escribano policial. ¿Usted sabe dónde? En la torre de vigilancia. Se subió a la torre y dijo: "¡Tomen, hijos de puta!". Y se descerrajó un tiro.

–¿Era ostiaco?

–No… Un Molodzevatov: era ruso, el sujeto. Nikita Mitrofanovich.

* * *

Cuando salimos de las Yurtas de Sangui-Tur ya todo estaba oscuro. El deshielo había cesado hacía ya un rato, sin embargo, todavía el tiempo era bastante bueno. El camino se estaba haciendo fabuloso, maleable, pero sin lodo; la mejor condición posible, como dice Nikifor. El paso de los renos era apenas perceptible: tiraban el trineo sin el mínimo esfuerzo. A fin de cuentas, tuvimos que desuncir al tercero y amarrarlo detrás, visto que los renos se movían de un lado a otro por ociosidad y el trineo estaba en peligro. Se deslizaba calmada y silenciosamente, como una barca por un estanque cristalino. Inmerso en el crepúsculo profundo, el bosque parecía inabarcable. De ningún modo lograba divisar el camino, apenas notaba el movimiento del trineo. Los árboles embrujados amenazaban con asaltarnos raudamente; los arbustos, en cambio, huían de nosotros; los viejos tocones cubiertos de nieve junto a los esbeltos abedules pasaban de largo. Todo rezumaba misterio. Chu, chu, chu, chu… la incesante y sosegada respiración de los renos se hacía oír en el completo silencio de la noche boreal. Imprimían un ritmo que traía a la memoria miles de sonidos olvidados. De pronto, en lo hondo del bosque oscuro se percibe un silbido que se me antoja misterioso e inmensamente lejano. Pero no: es tan solo el ostiaco que, a cinco pasos de mí, busca entretener a sus renos. Otra vez se cierne el silencio, después se oye otro silbido lejano y los árboles corren sin hacer ruido de una oscuridad a otra. Una sensación de inquietud empieza a adueñarse de mi mente adormilada. Por las características de mi viaje, los ostiacos deben de tomarme por un mercader rico. En medio de un bosque deshabitado y una noche oscura, donde en un radio de 50 verstas no hay hombres ni perros, ¿qué impedimento tienen para…? Menos mal que tengo el revólver. Pero bien que está encerrado en la valija, y la valija está ligada al trineo del carretero, aquel ostiaco desnarigado que en este momento me resulta especialmente sospechoso. Decido que en la próxima parada será hora de sacar el revólver de la valija y, con urgencia, esconderlo a mi lado.

¡Qué tipo más extraño ese ostiaco nuestro del abrigo escarlata! Al parecer, la ausencia de la nariz no incidió en sus dotes olfativas: se podría pensar que confirma el lugar y se ubica en el camino por el olfato. Conoce cada arbusto, en el bosque se siente como en su yurta. Acaba de comunicar algo a Nikifor: aquí hay musgo debajo de la nieve; esto es, podemos alimentar a los renos. Nos detuvimos y los desatamos. Eran las 3 de la madrugada.

Nikifor contó que los renos zirianos eran tan astutos que él, Nikifor, sin importar cuántas veces los llevara a comer, jamás los dejaría a sus anchas.

Con él siempre iban atados. Con lo fácil que es soltar a un reno, ¿qué pasa si no lo agarras después? Empero, el ostiaco no compartía esas convicciones y los dejó lo más campantes. La magnanimidad era entrañable; pero yo escudriñaba, receloso, las caras de los renos. ¿Y si les parece más atractivo el musgo que crece en las inmediaciones del *chum* de Ourvi? Sería una verdadera calamidad. Así y todo, antes de soltar a los renos en condiciones debidas exclusivamente a un acuerdo moral mutuo, los carreteros talaron dos pinos altos y los partieron en siete leños de 1 ½ *arshín* cada uno.[52] Posteriormente, los leños fueron colocados en el cuello de los renos a modo de principio de contención. Esperemos que semejantes *colgantes* no resulten demasiado leves…

Al terminar con los renos, Nikifor hizo más leña, pisoteó un círculo en la nieve al lado del sendero y armó la fogata, puso ramas de pino alrededor e improvisó una suerte de tarima para sentarse. Colgamos dos cuencos de un par de ramas húmedas clavadas en la tierra y los fuimos llenando de nieve a medida que se derretía… Seguramente, tomar el té junto a las llamas sentado sobre la nieve de febrero me habría parecido mucho menos apetecible si nos hubiera agarrado un frío de -40 o -50 ºC. Pero el cielo era de inusual benevolencia conmigo: el aire estaba tibio y apacible.

En mi inquietud por no quedarme dormido, no me acosté con los carreteros. Pasé unas dos horas sentado junto al fuego, atizando la llama y tomando apuntes a su luz centelleante.

Recién despuntaba el alba cuando desperté a mis guías. Capturaron a los renos sin complicación alguna. Mientras les ponían los arreos y los llevaban, amaneció y todo adquirió un aspecto de lo más prosaico. Los pinos se volvieron pequeños. Los abedules ya no corrían a nuestro encuentro. El ostiaco tenía la cara dormida y mis sospechas nocturnas se desvanecieron sin dejar rastro. De paso, me acordé de que el vetusto revólver que había conseguido poco antes de la partida solo tenía dos balas y, para evitar accidentes, me habían rogado encarecidamente no presionar el gatillo. Al final, el revólver no salió de la valija.

Nos adentramos en el bosque tupido: pinos, abetos, abedules, alerces majestuosos, cedros, sauces flexibles inclinados sobre el río. El camino está en buenas condiciones. Los renos corren bien, pero sin demasiado entusiasmo. En el trineo delantero, el ostiaco canturrea, cabizbajo, su mísera canción que solo tiene cuatro notas…

Quizá se acordó del viejo cordón con el que se había ahorcado su mujer. Bosque, bosque… Monótono en su inmensidad e inmensamente diverso en sus combinaciones internas. Ahí veo un pino putrefacto. Enorme, se agacha sobre el sendero y la mortaja de nieve que se extiende por toda su longitud se cierne sobre nuestras cabezas. Y aquí, por lo visto, hubo un incendio forestal el año pasado. Unos troncos rectos y secos, sin corteza ni ramas, se elevan cual postes telegráficos clavados inútilmente en la nieve o como los mástiles de un puerto congelado despojado de las alas ondulantes de sus veleros. Tras verstas de tierra arrasada resurge el pinar: frondoso, sombrío, denso. Los viejos gigantes están tan apretados que no cabría ni un alfiler entre ellos, sus copas se entrecruzan en lo alto e impiden que entre la luz solar. Unas extrañas hilachas verdes enmarañan su ramaje como si estuviera cubierto de una telaraña áspera. Tanto los renos como los hombres parecen diminutos en comparación con estos pinos centenarios. De pronto, la arboleda se hace menos tupida y cientos de abetos jóvenes irrumpen desordenadamente en la pradera y se detienen a una distancia pareja entre sí. Al girar en el recodo, nuestro *tren* por poco atropella un pequeño trineo tirado por tres perros y conducido por una niña ostiaca. A su lado camina un niño de unos 5 años de edad. Son encantadores. Por lo general, noté que los niños ostiacos suelen ser bastante carilindos. ¿Por qué se pondrán tan feos los adultos?

Bosque, bosque… Otra vez nos topamos con las cenizas, al parecer, no muy recientes: entre los troncos carbonizados brotan los nuevos vástagos y se encaminan a la montaña.

–¿Por qué se incendian los bosques? ¿Por las hogueras?

–¿Dónde ha visto usted una hoguera? –responde Nikifor–. En verano aquí no hay ni un alma, porque en verano el camino pasa por el río. Los bosques se queman por los *nubarrones*. El nubarrón *revienta* y les prende fuego. O bien un árbol se restriega contra otro hasta inflamarse: el viento los zarandea y en verano se ponen bien secos. ¿Apagarlo? ¿Quién lo va a hacer aquí? El viento levanta la llama, el viento la amansa. Se quema la resina, se resquebraja la corteza, se calcina la hojarasca y el tronco se queda. En un par de años se secará la piedra y el tronco caerá…

Aquí hay un sinfín de troncos desnudos a punto de desplomarse. Algunos apenas se sujetan en las finas ramas del abeto vecino. Y ese, sin duda, está a medio caer, pero aún se mantiene, vaya uno a saber cómo, a unos 3 *arshini* del suelo. Uno se tiene que agachar para no dar con la cabeza contra él. Una

nueva hilera de pinos recios se extiende a lo largo de varios minutos, después se abre una vereda que corre hacia el río.

–En verano conviene venir a este lugar a cazar patos. En verano, los patos vuelan de arriba abajo. Al atardecer, tiendes las redes de un árbol a otro, hasta arriba. Una red así de grande, como tu atarraya. La cuelgas y te recuestas bajo el árbol. Los patos vuelan en bandada hacia la vereda y en el crepúsculo toda la bandada se engancha en la red. Entonces, tiras de la cuerda, la red cae y encierra a toda la presa. Puedes agarrar hasta cincuenta patos de un tirón. Solo falta darles un mordisco.

–¿Cómo que "un mordisco"?

–Y bueno, hay que matar al pato para que no se te escape, ¿no? Pues le partes el cuello de un mordisco… y así hasta que se acaben… La sangre fluye a más no poder por los labios… Claro, también les puedes dar con un palo, pero con los dientes es más seguro…

Al principio, los renos, igual que los propios ostiacos, me parecían todos idénticos entre sí. Sin embargo, pronto me cercioré de que cada uno de los siete renos tenía sus propios rasgos y aprendí a diferenciarlos. En ocasiones siento ráfagas de ternura por estos asombrosos animales que ya me trajeron 500 verstas más cerca del ferrocarril.

Se nos había agotado el alcohol. Nikifor estaba sobrio y hosco. El ostiaco no paraba de tararear su canción sobre el cordón viejo. A veces me resultaba inescrutable, de tan raro, que fuera precisamente yo quien se hubiera perdido en este inabarcable espacio desolado. Esos dos trineos, esos siete renos y esas dos personas, todo tiraba hacia delante por mi bien. Dos hombres adultos, casados y con hijos, habían abandonado sus hogares y aguantaban todas las privaciones del viaje porque un tercero, forastero y desconocido, lo necesitaba.

Esta clase de relación entre las personas existe por doquier, pero en ninguna otra parte estremece tanto la conciencia como aquí en la taiga, donde se muestra al desnudo, de una forma particularmente genuina…

Luego de la alimentación nocturna de los renos pasamos delante de las yurtas de Saradeysk y Menk-ya-paulsk. Solo paramos en las de Janglask. Quizá allí la población local era todavía más salvaje que en otras yurtas. Todo era una novedad para ellos. Mis utensilios de cocina, mis tijeras, las medias, la manta dentro del trineo: todo les provocaba un auténtico estupor. Croaban de asombro al descubrir cada uno de los objetos. Desplegué el mapa de la gubernia de Tobolsk para comprobarlo y leí en voz alta los

nombres de todas las yurtas y ríos cercanos. Me escucharon con la boca abierta y cuando terminé, afirmaron a coro que todo estaba absolutamente correcto. No tenía monedas para agradecerles el cobijo y les di tres cigarrillos y tres chocolates a cada uno. Todos se quedaron contentos.

* * *

Una anciana de aspecto algo menos repugnante que el resto de los ostiacos, y de carácter muy avispado, literalmente se enamoró de mí, es decir, de mis pertenencias. Por su sonrisa se intuía que el sentimiento que experimentaba era una admiración completamente inocente por los bienes del otro mundo. Me tapó los pies con la manta, nos estrechamos las manos con efusividad y cada uno pronunció un par de palabras cálidas en su respectivo idioma.

–¿Falta mucho para que se reúna la Duma? –pregunta Nikifor, sin ton ni son.

–En realidad, se reunió hace tres días…

–¡Ajá! A ver cómo se las arreglan ahora… Hay que poner la mano dura, así se los trague la tierra a estos pajarracos. A nosotros nos tienen con el agua al cuello. Para que vea, la harina estaba a 1 rublo y 50 kopeks, y ahora está a 1 y 80: me lo contó un ostiaco el otro día. ¿Quién podría sobrevivir con estos precios? Mira que nosotros, los zirianos, andamos más apurados todavía: si traes un carro de paja, tienes que pagar; si cortas un manojo de leña, te cobran. Los rusos y los ostiacos dicen: "La tierra es nuestra". Ojalá intervenga la Duma. El *uriadnik* de aquí es más bueno que el pan, pero el *prístav* sí que no es santo de nuestra devoción…

–No creo que la vayan a dejar actuar… lo más probable es que la disuelvan…

–Ahí está la cosa: lo más probable es que la disuelvan –confirmó Nikifor, y agregó un par de palabras tan potentes que habrían dejado boquiabierto al mismísimo Stolypin, antiguo gobernador de Sarátov.

* * *

Llegamos a las yurtas de Niaksimvol de noche. Allí se podía cambiar los renos y decidí hacerlo pese a la oposición de Nikifor. Él insistía en que siguiéramos con los renos de Ourvi *el todo por el todo*, es decir, sin cambiarlos. Alegaba razones cada vez más estrafalarias y no paraba de ponerme toda clase de trabas. Al principio su actitud me desconcertó, pero pronto me di cuenta de que se preocupaba por la vuelta: con los renos de Ourvi, podría regresar al *chum* donde había dejado los suyos. Sin embargo, no di mi brazo a torcer y por 18 rublos contratamos renos *frescos* hasta Nikito-Ivdelskoie, un importante yacimiento de oro en los Urales. Es la parada final del *trayecto de renos*. Una vez allí, tendré que recorrer unas 150 verstas a caballo hasta llegar al ferrocarril. De Niaksimvol a Ívdel son 250 verstas, un día de viaje a buen ritmo.

En Niaksimvol sufrimos el mismo percance que en Ourvi: dado que era imposible ir a capturar renos a oscuras, tuvimos que hacer noche allí.

Nos hospedamos en una pobre *izbá* ziriana. El dueño había ejercido de gerente en un comercio, pero en un momento dado se peleó con el mercader y ahora está sin trabajo. Desde el primer momento me asombró su vocabulario culto, que nada tenía que ver con el habla campesina. Entablamos una charla. Con una nitidez absoluta caviló sobre las probabilidades de la disolución de la Duma, sobre la posibilidad de un nuevo préstamo estatal.[53]

–¿Estará editada la obra completa de Herzen? –se interesó, como quien no quería la cosa.

Al mismo tiempo, este ilustradísimo hombre es un bárbaro puro. No mueve ni un dedo, se niega a ayudar a su mujer, que mantiene a toda la familia. Ella hornea panes para los ostiacos, saca dos horneadas al día. Acopia leña y agua sin que nadie la ayude. Para colmo, tiene a los niños a su cargo. En toda la noche que pasamos en su casa no se acostó ni un minuto. Se veía la luz al otro lado del biombo y por el ruido se adivinaba que estaba lidiando con la masa. A la mañana seguía en pie, preparando el samovar, vistiendo a los hijos y pasando al marido recién despierto su calzado ya seco.

–Y su esposo, ¿por qué no ayuda? –pregunté cuando nos quedamos a solas.

–Es que no hay trabajo para él… No hay sitio donde pescar. No está acostumbrado a curtir pieles. Acá no trabajan la tierra, recién el año pasado los vecinos araron por primera vez. ¿Qué va a hacer, entonces? Y en cuanto

a las labores domésticas, nuestros hombres no hacen nada. Además, son vagos, casi como los ostiacos. ¿Por qué cree que las muchachas rusas no se casan con los zirianos? ¿Acaso se van a echar la soga al cuello? Nosotras, las zirianas, ya nos acostumbramos.

–¿Y una ziriana se casaría con un ruso?

–Por supuesto que sí. Al *múyik* ruso le gusta la ziriana, no hay otra que trabaje tanto como ella. Pero una rusa jamás se casa con un ziriano. Eso nunca pasa.

–Usted acaba de decir que sus vecinos trabajan la tierra. ¿Y la cosecha?

–Muy buena la cosecha. Uno sembró 1 *pud* de centeno y cosechó 30.[54] El otro sembró 1 y cosechó 20. De acá a su campo, son 40 verstas.

Niaksimvol fue la primera localidad del Norte donde oí hablar de actividad agrícola.

* * *

Apenas pudimos salir al mediodía. El nuevo carretero, igual que los demás, había prometido salir *con las gallinas* y, al final, no trajo los renos hasta entrado el mediodía. Mandó a un niño a acompañarnos.

El sol deslumbraba. Me costaba abrir los ojos. Incluso a través de los párpados, la nieve y el sol se vertían en los ojos como metal incandescente. Soplaba un viento gélido y constante, por lo que era imposible que se derritiera la nieve. Cuando nos adentramos en el bosque, por fin pude relajar los ojos. El bosque sigue igual que antes: surcado de huellas de animales que Nikifor me enseñó a distinguir. Aquí, la liebre salpicó sus inútiles “eses”. Las liebres dejan muchísimas huellas, porque no tienen quién las cace. Veo un círculo marcado por las patas de liebre; las huellas alineadas lo atraviesan a modo de ejes y se dispersan en todas las direcciones. Parecería que hubiera habido una concentración nocturna y las liebres, sorprendidas por la patrulla, se hubieran desparramado por el bosque. Las perdices también abundan: los rastros de sus patitas afiladas se ven por todas partes. A lo largo del sendero se extienden en una línea recta de unos 30 pasos las sigilosas huellas del zorro. Por la ladera de aquel cerro nevado descienden las huellas de una manada de lobos. Uno tras otro, se dirigieron hacia el río desparramando siempre el mismo rastro. Por todas

partes se vislumbran, apenas perceptibles, las huellecitas de los topos silvestres. El leve armiño tuvo ocasión de dejar sus huellas en muchos lugares: parecen los sellos estampados por los nudos de una cuerda estirada en la nieve. Aquí, una retahíla de hoyos gigantescos surca el camino: son los pasos torpes del alce.

Por la noche hicimos otra parada, soltamos a los renos, encendimos fuego, tomamos té. A la mañana siguiente, nuevamente dominado por una febril impaciencia, esperaba que trajeran los renos. Antes de ir a buscarlos, Nikifor advirtió que a uno de ellos se le había desatado *la pesa*.

–¿Y entonces? ¿Se fue? –pregunté.

–El *toro* está aquí –respondió Nikifor, que enseguida se puso a despotricar contra el dueño de los renos por no habernos facilitado una correa o, por lo menos, una cuerda para contenerlos. Deduje que la cosa no iba del todo bien.

Primero recapturaron al *toro*, que entretanto se había acercado al trineo. Nikifor roncó tratando de imitar los bramidos del animal para ganarse su confianza. El reno se ponía más cerca, pero retrocedía apenas notaba un movimiento sospechoso. La escena se repitió tres veces seguidas. Al final, Nikifor sacó del trineo una cuerda no muy grande e hizo lazos, que dejó sobre la tierra, disimulándolos con la nieve. Acto seguido, empezó a berrear y ulular. Cuando el reno se acercó con cautela, Nikifor tiró violentamente de la cuerda y la pierna del animal quedó atrapada. Agarraron al *toro* capturado y lo llevaron a rastras, en calidad de parlamentario, al bosque, donde se escondía el resto. Transcurrió una hora. En el bosque ya había amanecido. De vez en cuando oía voces humanas a lo lejos, luego se restablecía el silencio. ¿Qué sería del reno que se había sacado la pesa? En el camino escuché muchas historias didácticas sobre la captura de los renos fugitivos, que en ocasiones duraba hasta tres días.

–¡No! Ya los traen.

Lograron capturar en el primer intento a todos, salvo al *forajido*. Este daba rodeos y no sucumbía a los halagos de los cazadores. Después, se aproximó solo a los renos presos, se colocó entre ellos e hincó las astas en la nieve. Nikifor se deslizó arrastrándose hacia él y lo agarró de la pierna. El forajido dio un respingo, se volcó e intentó volcar al hombre. ¡No sabía con quién se había metido! Nikifor salió ganador.

Alrededor de las 10 de la mañana llegamos a Sou-Vada. Tres yurtas están tapiadas con tablones de madera, y solo una es habitable. Sobre los leños se

posa el enorme cuerpo sin vida de una hembra de alce; más atrás, un reno salvaje apuñalado y trozos de carne azulada, desperdigados por el tejado lleno de hollín. En el medio, dos cachorros de reno (*terneros* de esos *toros*) extraídos del vientre materno a cuchilladas. Todos los habitantes de la yurta estaban ebrios y dormían amontonados unos sobre otros. Nadie respondió a nuestro saludo. La *izbá* es espaciosa, pero está increíblemente sucia; en su interior no hay mueble alguno. Un bloque de hielo agrietado tapa la ventana, soportado por unos palos desde el exterior. En la pared están [los íconos de] los doce apóstoles, los retratos de todos los zares y un cartel de la fábrica de caucho.

Nikifor fue a prender fuego en el hogar. Un rato después se levantó, tambaleante, la ostiaca. A su lado dormían tres niños, uno de ellos recién nacido. En los últimos días los dueños habían tenido una buena caza. Además del alce, habían conseguido siete renos salvajes; en el bosque están los otros seis.

–¿Por qué hay tantas yurtas vacías? –le pregunto a Nikifor cuando salimos de Sou-Vada.

–Por diversos motivos… Si alguien murió en la *izbá*, ya no hay ostiaco que viva en ella: la venden o la tapian, o bien *la llevan a otro terreno*. Lo mismo ocurre si una mujer *inmunda* se mete dentro: entonces, se acabó, hay que cambiar de *izbá*. Las mujeres, cuando *inmundas*, duermen en cabañas separadas. Aparte de eso, los ostiacos mueren como moscas… Por eso están vacías las yurtas…

–Mire, Nikifor Ivánovich, de ahora en adelante no diga que soy mercader… Cuando salgamos para las fábricas, diga que soy un ingeniero de la expedición de Gette. ¿Usted sabe algo de esta expedición?

–No, nada.

–Verá, hay una propuesta de extender las vías del ferrocarril desde Obdorsk hasta el océano Glacial, para poder transportar la mercancía siberiana en barcos al extranjero. Usted diga que estuve en Obdorsk por este motivo.

La tarde languidecía. Faltaba algo menos de medio centenar de verstas para llegar a Ívdel. Arribamos a las yurtas vogulas de Oika-Paul. Le pedí a Nikifor que entrara a investigar. Regresó unos diez minutos después. Me contó que la *izbá* estaba atestada de gente. Todos estaban ebrios. Unos vogulos lugareños empinaban el codo con los ostiacos que transportaban a

Niaksimvol el equipaje de un mercader. Me negué a entrar por miedo a que Nikifor perdiera los estribos.

–Pero si no voy a beber –me tranquilizaba–, nomás les compro una botellita para el camino.

Un hombre alto se acercó a nuestro trineo y empezó a inquirir algo a Nikifor. No entendía ni jota de la conversación, hasta que oí enérgicos saludos pronunciados en un ruso impecable por ambas partes. El hombre no estaba del todo sobrio. Nikifor también parecía haber perdido el equilibrio necesario en aquel breve lapso que había pasado en la yurta preguntando. Me inmiscuí en su diálogo:

–¿Qué quiere? –le pregunté a Nikifor. Daba por supuesto que su interlocutor era ostiaco. Sin embargo, él respondió por sí mismo: había hecho una pregunta rutinaria, quiénes éramos y adónde íbamos. Nikifor lo mandó al diablo, y eso dio rienda suelta al intercambio de opiniones que siguió.

–Pero ¿qué es usted, a fin de cuentas? ¿Es ostiaco o ruso? –había llegado mi turno de preguntar.

–Ruso, cómo que no… Me llamo Shiropanov, vengo de Niaksimvol. Y usted, ¿no será de la compañía de Gette?

Me quedé pasmado.

–Exacto, soy de la compañía de Gette. Y usted, ¿cómo lo sabe?

–Me invitaban desde Tobolsk cuando planeaban la primera expedición… Había un inglés, Charles Williamovich… No recuerdo bien su apellido…

–¿Putman? –dije al azar.

–¿Putman? No, Putman no era… Putmanova era la mujer y él se apellidaba Crouse.

–Y usted, ¿ahora a qué se dedica?

–Soy empleado del mercader Shulgin de Niaksimvol, estamos transportando su carga. Lo que ocurre es que llevo tres días enfermo, estoy hecho una ruina…

Le ofrecí medicamentos. Tuvimos que entrar en la yurta.

* * *

La llama del hogar se consumía y nadie se preocupaba de atizarla, así que la oscuridad era casi absoluta. La *izbá* estaba repleta. Había gente sentada en los camastros, en el suelo, de pie. Al ver a un nuevo forastero, las mujeres, como de costumbre, se cubrieron las caras con los pañuelos. Prendí una vela y di un poco de salicilato de sodio a Shiropanov. Los ostiacos y vogulos, ebrios y a medio embriagarse, me rodearon quejándose de sus dolencias. Con la intermediación de Shiropanov como traductor, me puse a prescribir quinina y salicilato a raudales, contra todas las enfermedades.

–Oye, ¿es cierto que tú vives donde vive el zar? –preguntó en un ruso exiguo un vogulo caduco y de baja estatura.

–Sí, en Petersburgo –dije.

–Yo fui al desfile, los vi a todos, lo vi al zar, lo vi al jefe de la policía, lo vi al gran príncipe.

–¿Los llevaron como delegación? ¿Con los trajes nacionales?

–Sí, sí, sí –todos asintieron con cabeza–. En aquella época era más joven, más recio… Ahora soy anciano… estoy muy enfermo…

Le doy los medicamentos al viejo. Los ostiacos están plenamente satisfechos con mi visita: me estrechan la mano, me suplican brindar con ellos por enésima vez y mi negativa los aflige bastante. Nikifor está sentado junto a la lumbre, vacía taza tras taza, alternando té y vodka. Lancé algunas miradas ambiguas hacia él, que por su parte miraba fijamente la taza fingiendo que no me veía. Tuve que esperar a que Nikifor *se saciara de té*.

Vamos camino a Ívdel, tres jornadas de unas 45 verstas. Los ostiacos están bebiendo sin tregua ni descanso. Paramos en Ívdel en lo de Mitry Mitrich, después en lo de Dmitri Dmítrievich Lyalin… Excelente persona. Nos trae los libros nuevos desde las fábricas, el Almanaque Popular, los diarios… En el almanaque, por cierto, tienen todo anotado, los sueldos de cada quien. Hay quien gana 200.000 y quien gana 150. Y eso, ¿por qué? Para mí es inconcebible.

–Verá, señor, no lo conozco, pero le voy a decir sin ambages: yo-no-quie-ro… no-de-se-o…

–¿A qué viene todo esto…?

–El día 20 se reunió la Duma, será todavía mejor que la anterior. A ver, a ver qué hacen los señores *sociales*… Son unos cincuenta sociales, más ciento cincuenta *naródniki* y unos cien *kadetes* para colmo… Los *centurias* son pocos.[55]

–¿Se puede saber con qué partido simpatiza usted?

–En lo que concierne a mis convicciones, soy socialdemócrata, ya que la socialdemocracia contempla todo desde el punto de vista del fundamento científico.

Me restregué los ojos. Taiga impenetrable, *izbá* sucia, vogulos borrachos… De pronto, en medio de todo esto, un empleado de algún anodino *kulak*[56] se declara socialdemócrata por convicciones científicas. Confieso que en aquel momento sentí una oleada de orgullo partidario.

–¿Qué hace en un lugar tan salvaje mezclado con estos borrachos? Pierde el tiempo inútilmente –lamenté con sinceridad.

–¿Qué le voy a hacer? Antes estaba en Barnaúl, un día me quedé sin mi puesto. Tengo familia. Tuvimos que venir aquí. En ese momento me negué a unirme a la expedición de Gette y ahora… qué más quisiera. En fin, si necesita algo, escríbame.

Me avergoncé. Estaba por confesarle que no era ningún ingeniero ni tampoco miembro de una expedición, sino un *social* fugitivo, pero lo pensé mejor y me contuve.

Ya era hora de subir al trineo. Los vogulos se amontonaron alrededor de nosotros con esa vela, la misma que habían pedido que les regalara, prendida. Tanto era el silencio que la vela no se apagaba. Nos despedimos un sinfín de veces, un ostiaco joven hizo incluso un amago de besarme la mano. Shiropanov trajo una piel de reno salvaje y la puso en mi trineo a modo de obsequio. Rechazó tajantemente el dinero. Quedamos en que le regalaba la botella de ron que había traído "por si acaso". Por fin nos pusimos en marcha.

La vocinglería característica de Nikifor se había apoderado nuevamente de él. Por enésima vez contaba su historia: estaba en la casa de su hermano, llegó Nikita Serapionovich ("¡más listo que el hambre!"), él (Nikifor) primero se negó, el cabo Suslikov le dio 5 *tselkovi* y dijo: "¡Llévalo!". Y el tío Mijaíl Iegorich ("¡… qué tipo más bueno!") le recriminó: "¡Bobo! ¿Por qué no dijiste que llevabas a ese sujeto?"… Nada más terminar, empezaba de vuelta:

–… y ahora le voy a ser sincero, como que hay dios. Estaba en lo de mi hermano, Panteley Ivánovich, sin emborracharme, solo un poco alegre, como ahora. Y bueno, ahí estoy. De buenas a primeras, ¡qué cosa!, veo entrar a Nikita Serapionovich…

–Ya ve, Nikifor Ivánovich, estamos a punto de llegar. ¡Gracias por todo! Mientras yo viva, jamás olvidaré sus esfuerzos. Si pudiera, mandaría

imprimir en todos los diarios: “Mis más cordiales agradecimientos a Nikifor Ivánovich Jrenov, sin él no salía de esta”.

–¿Y por qué no puede?

–¿Y la policía?

–Ah, cierto. Estaría bueno, si no… Igual ya me imprimieron una vez.

–¿Y eso?

–Fue así… Un mercader de Obdorsk se quiso hacer con el capital de su hermana y yo, francamente hablando, le eché una mano. Una mano no… *le presté asesoramiento*. Le digo: “Vamos a ver, si te llevas el dinero, es porque dios te lo ha dado”. ¿Está bien?

–En realidad, no creo…

–Bueno… entonces, le presté asesoramiento. No se enteró ni un alma, salvo un sujeto, Piotr Petróvich Vajlakov, el muy entremetido. Va e imprime en su diario: “Un ladrón, el mercader Adriánov, roba, y el otro, Nikifor Jrenov, lo ayuda a alzarse con el santo y la limosna”. Todo correcto. Así quedó.

–¡Pero lo hubiese demandado por calumnia! –aconsejé–. Uno de nuestros ministros, Gurko, tal vez le suena… robó algo o ayudó a robar y, cuando lo agarraron, los demandó por calumnias.[57] Ojalá usted…

–¡Si lo iba a hacer! Pero no hay derecho: es mi mejor amigo… No lo hizo de mala fe, le pasó por ocioso… Es un buen hombre, se da mucha maña. En suma, *es más cabal que una lista de precios*.

A eso de las 4 de la madrugada llegamos a Ívdel. Nos hospedamos en casa de Dmitri Dmítrievich Lyalin, al cual Shiropanov me había recomendado como un *naródnik*. Resultó ser un hombre entrañable y cordial, y me alegra transmitirle mi gratitud por medio de estas páginas.

–Llevamos una vida tranquila –contaba, mientras calentaba el samovar–. Ni siquiera la revolución nos ha afectado. Por supuesto, nos preocupan los últimos sucesos, los seguimos a partir de lo que dicen los diarios, nos solidarizamos con el movimiento progresista, votamos a la izquierda. Aun así, la revolución no ha calado hondo en estos lares. En las fábricas y en las minas hubo huelgas y manifestaciones. Nosotros, en cambio, vivimos sin pena ni gloria, no tenemos policía siquiera, excepto el *uriadnik* de los Urales… El telégrafo empieza allá lejos, en los establecimientos Bogoslovsky, el ferrocarril igual, a unas 130 verstas de aquí… ¿Desterrados? Sí, hay algunos: tres livonios, un maestro, un forzudo de circo. Todos trabajan en la *draga*,[58] no tienen necesidades especiales.

Viven igual de tranquilos que nosotros, los de Ívdel. Laminamos oro, por la tarde nos visitamos uno al otro… Por aquí puede pasar hacia Rudniki sin el menor reparo, nadie lo va a detener. Pueden ir con el tren postal; si no, tomen uno libre. Yo le busco un carretero.

Nikifor y yo nos despedimos. Apenas se tenía de pie.

–Cuidado, Nikifor Ivánovich –le advertí–. No vaya a ser que el vino le complique el regreso…

–No pasa nada. Cada palo aguante su vela –dijo a último momento.

* * *

Aquí, en rigor, termina el período "heroico" de mi fuga: el viaje en renos a través de la taiga y tundra a lo largo de unas 700 u 800 verstas. Incluso en su tramo más arriesgado, la fuga –gracias a las felices circunstancias– resultó mucho más fácil y prosaica de lo que me había imaginado cuando el plan estaba en ciernes y –a juzgar por lo que publica la prensa– de lo que se imaginan otros individuos. Mis posteriores desplazamientos nada tenían que ver con una fuga. Pasé una parte considerable del viaje en el trineo de un cobrador de impuestos que inspeccionaba las tabernas de la ruta.

En Rudniki hice una visita con el propósito de averiguar qué tan seguro sería tomar el ferrocarril. Los conspiradores lugareños me infundieron un miedo atroz al espionaje local y aconsejaron aguardar una semana para después partir con el carruaje hacia Solikamsk, un lugar supuestamente mucho más seguro. Hice caso omiso, y no me arrepiento. La noche del 25 de febrero, sin complicación alguna, tomé el tren de trocha angosta en las inmediaciones de Rudniki y, tras un día de viaje sin altibajos, hice trasbordo en la estación de Kushva, donde tomé la línea de Perm. Atravesé Perm, Viatka y Vólogda, y finalmente llegué a Petersburgo el 2 de marzo por la tarde, de modo que tuve que pasar doce días en tránsito para poder cruzar la Perspectiva Nevski en carruaje. No es nada: *la ida* nos había llevado un mes. Cuando iba camino a los Urales mi suerte aún no estaba resuelta: en esa zona no se fían de los forasteros. De haber recibido el telegrama de Tobolsk, podrían haberme arrestado en cualquier estación. Con todo, al verme en uno de los confortables vagones del ferrocarril de Perm tras una noche de viaje, enseguida noté que mi empresa había triunfado. El tren

paraba en las mismas estaciones donde hacía poco nos habían recibido con tanto estruendo los gendarmes, guardianes y *uriadniki*. Pero esta vez mi camino iba en la dirección contraria y los sentimientos que me desbordaban eran distintos. En los primeros instantes me sentí sofocado y oprimido en ese espacioso vagón semivacío. Entonces, salí: afuera soplaba el viento y todo estaba inmerso en las tinieblas, y un grito incontenible se escapó de mi pecho. Era un grito de libertad y alegría.

Mientras tanto, el tren de la línea Perm-Kotlas me llevaba adelante, adelante, siempre adelante…

---

[47] Nombre dado por los rusos a cualquier nativo de la Zirianía (actual República de Komi), que estaba sometida a su imperio. Tradicionalmente su economía dependía de la cría de renos. [N. de E.]

[48] Una suerte de carpa o tienda, construida por pueblos nómades, con forma de cono truncado y forrada con pieles de reno. De estructura muy rudimentaria, solía quedar abandonada cuando sus habitantes proseguían la marcha. [N. de E.]

[49] Vestimenta confeccionada con piel de reno. La *malitsa* se hace con el pelo hacia dentro; en la época de frío, encima de la *malitsa* se pone el *gus*, que tiene el pelo hacia fuera. [N. de L. T.]

[50] Otra obra breve de Antón Chéjov. [N. de E.]

[51] Rublos de plata. [N. de E.]

[52] Medida de longitud –obsoleta en la actualidad–, equivalente a 0,7 m aproximadamente. [N. de E.]

[53] Alusión a la perspectiva de emitir un nuevo título de la deuda pública. [N. de T.]

[54] Un *pud* equivale a 16,38 kg. [N. de E.]

[55] Menciona distintas bancadas: socialistas revolucionarios, populistas, demócratas constitucionales (llamados *kadetes*) y centurias negras. [N. de E.]

[56] Pequeño propietario rural. [N. de E.]

[57] A comienzos de 1907 trascendieron los detalles de un negociado con fondos públicos entre el viceministro del Interior, Vladímir I. Gurko, y el especulador Eric Livdal, alrededor de un contrato del año anterior para proveer cereales a poblaciones que padecían carestía y hambruna. El descontento se tradujo en una gran caída de la derecha durante la elección de la segunda Duma. [N. de E.]

[58] Se refiere a las dragas utilizadas en la extracción de oro y de diamantes. Con sutil ironía, Trotsky señala que los condenados más maltratados por el régimen son indiferentes en materia política y parecen conformes con su situación. [N. de T.]

Coda

El reencuentro con Natalia Sedova tal como lo narra Trotsky en su autobiografía *Mi vida*

En la primera parada [del tren de la línea de Perm], envié un telegrama a mi mujer, para que saliese a recibirme a una estación donde se cruzaban los dos trenes. Ella estaba muy ajena a ese telegrama, que no esperaba, al menos no tan pronto. Y no tenía nada de extraño. Habíamos tardado un mes en llegar a Beriózov. Los diarios de San Petersburgo publicaban extensas crónicas dando cuenta de nuestra expedición. Empezaban a llegar las cartas. Todo el mundo me creía camino de Obdorsk. Yo, entre tanto, había desandado todo el camino en once días. Era natural que aquella cita que le daba a mi mujer para una estación cerca de San Petersburgo la tomase desprevenida. La sorpresa hizo mucho más grato el encuentro.

En los *Recuerdos* de N[atalia Ivávnova] Sedova, se dice lo siguiente:

> Cuando recibí el telegrama, estando sola en Terioki, un pueblito finlandés, cerca de San Petersburgo, con el niño pequeño [Lev Sedov, Liova], no supe contener la emoción y la alegría. Acababa de recibir una larga carta de L. D. [Lev Davídovich, Trotsky] escrita en ruta [hacia la deportación], en que después de contarme las incidencias del viaje me rogaba que, si iba a Obdorsk, le llevase algunos libros que me indicaba y otros objetos necesarios en aquellas latitudes. Y de pronto, llegaba este telegrama dándome una cita para una estación en que se cruzaban los trenes, como si hubiese decidido dar la vuelta repentinamente, volando por un camino fantástico. Me chocó que el telegrama no mencionase el nombre de la estación. A la mañana siguiente salí para San Petersburgo, tomé una guía ferroviaria y me puse a estudiar el itinerario, a ver si daba con la estación para la que tenía que sacar pasaje. No me atrevía a preguntar a nadie y me puse en camino sin

haber averiguado el nombre de la estación. Saqué pasaje hasta Viatka y tomé un tren que salía por la noche.
El vagón en que viajaba iba lleno de propietarios rurales que volvían de San Petersburgo, cargados con paquetes de víveres refinados para los festines con que pensaban celebrar la Máslenitsa;[59] todas las conversaciones giraban alrededor de *blini*,[60] caviar, esturión ahumado, vinos y otras cosas por el estilo. Yo, exaltada como estaba, pensando en que iba a volver a reunirme con L. D., y temerosa de que surgiese algún contratiempo, apenas si podía soportar semejantes conversaciones… Y, sin embargo, tenía, no sé por qué, la seguridad interior de que nos encontraríamos. Llena de impaciencia, aguardaba a que se hiciese de día, porque el tren en que iba tenía previsto entrar por la mañana en la estación de Samino; había averiguado el nombre durante el viaje y ya nunca se me ha vuelto a olvidar.
Pararon los dos trenes, aquel en que yo iba y el que venía en dirección contraria. Corrí al andén. ¡Nadie! Salté al otro tren, recorrí, presa de una terrible inquietud, todos los coches. ¡Y L. D. no estaba! De pronto, vi en uno de los camarotes su abrigo de pieles; eso quería decir que iba en ese tren, pero ¿dónde estaba? Al saltar del vagón, di de bruces con él; venía de buscarme en la sala de espera. Se indignó al conocer la mutilación del telegrama, y ya quería echarlo todo por tierra, haciendo un reclamo en ese mismo instante. A duras penas, logré contenerlo. Al enviar el telegrama había contado, desde luego, con la posibilidad de que saliesen a su encuentro los gendarmes en vez de salir yo; pero pensó que en San Petersburgo le sería más fácil ocultarse conmigo, y lo demás lo encomendaba a su buena estrella. Volvimos al camarote y seguimos juntos lo que quedaba de viaje. Yo estaba asombrada, viendo la libertad y la desenvoltura con que L. D. se movía, riéndose y hablando en voz alta en el tren y en los andenes de las estaciones. De buena gana lo habría vuelto invisible o lo habría ocultado, ya que aquella fuga podía costarle [nuevas] prisiones. Pero él no se escondía ante nadie y afirmaba que esa era la mejor salvaguardia.[61]

Desde la estación fuimos directamente a la Escuela de Artillería, a casa de nuestros buenísimos amigos. Jamás he visto a nadie tan asombrado como la familia del doctor Litkens, médico militar, al verme delante. Yo estaba plantado en medio del gran comedor, y todos me miraban, sin querer dar crédito a sus ojos, conteniendo la respiración, como si fuese un espectro. Después de abrazarnos y besarnos, volvieron el asombro y las exclamaciones de que aquello era imposible.

León Trotsky, "Proceso, destierro y fuga", en *Mi vida. Ensayo autobiográfico*, Madrid, Cenit, 1930, p. 196 y ss.

---

[59] Festividad religiosa y folclórica que se celebra en la zona este de los países eslavos. [N. de ed. orig.]
[60] Tortillas dulces, plato nacional ruso con que suele festejarse la Máslenitsa. [N. de ed. orig.]
[61] Este relato también figura, con variantes, en *Vida y muerte de León Trotsky*, que Natalia Sedova escribió en colaboración con Victor Serge entre 1946 y 1947. [N. de E.]

Ser preso político en los años setenta

de Ípola, Emilio

9789878010977

112 Páginas

"Usted, doctor, es lo que llamamos un perejil. Un perejil hecho y derecho, aunque se haya graduado en la Sorbona. Sus amigos revolucionarios están afuera. Ellos se rajan y a usted lo dejan aquí". Horas después de haber sido secuestrado en su casa por un grupo de tareas, Emilio de Ípola recibió así las primeras "razones" de su

detención. Era abril de 1976. Durante los siguientes veinte meses, el autor de este libro pasaría por las cárceles de Devoto, La Plata y Caseros, antes de dejar el país en un exilio forzado. No es exagerado decir que su oficio de sociólogo lo ayudó a sobrevivir. Este libro –que incluye también el texto ya clásico "La bemba"– está hecho de las memorias de aquella experiencia, de un esfuerzo por dar algún sentido a lo que solo podía justificarse en la sinrazón violenta de la dictadura. Apuntes sobre las vivencias del tiempo y el espacio en una celda estrecha donde únicamente se puede esperar, relatos sobre compañeros cuyo destino nunca se conoció, militares y guardiacárceles que "temían" a los "intelectuales" detenidos, delaciones y lealtades: un mundo del que De Ípola logró en su momento tomar distancia y sobre el que aplicó su aguda mirada sociológica. Más de cuarenta años después, el tiempo parece haber depurado aquellos recuerdos. En estas páginas vuelven en relatos que, mientras muestran con elegancia y sin golpes bajos el lado más humano de una experiencia límite, logran no abandonar nunca el intento de entender. En la prolífica genealogía de trabajos que han contribuido a dar sentido a la experiencia política, social y cultural de la última dictadura, este libro es una muestra cabal de la potencia de las ciencias sociales para acomodarse –junto con el arte, seguramente– entre las herramientas que permiten a los seres humanos encontrar significado aun en el límite y en el absurdo.

¿La rebeldía se volvió de derecha?

Stefanoni, Pablo

9789878010533

224 Páginas

La extrema derecha quiere cambiar el mundo. Y mucha gente está convencida de que eso es lo que el mundo necesita. Con combinaciones de nacionalismo, posiciones antiestado, xenofobia, racismo y misoginia, pero también guiños a la comunidad LGBTI y consignas ecologistas, con un aura de incorrección y novedad que

atrae a los jóvenes, las llamadas "derechas alternativas" están protagonizando una revolución en la política occidental: orgullosas, levantan las banderas de la indignación y la rebeldía que eran la marca registrada de la izquierda. El progresismo, mientras tanto, entre el desconcierto y el gesto despectivo, se abroquela en la corrección política y corre el riesgo de volverse parte del statu quo. Trump y Bolsonaro dejaron en claro que es hora de tomarse en serio las ideas de las derechas reaccionarias, aunque parezcan moralmente condenables o ridículas y, sobre todo, de entender cómo su discurso defensivo, sus líderes carismáticos y escandalosos y su provocación constante están logrando representar a muchos de los que se perciben postergados en las sociedades contemporáneas, también en la Argentina. Esa es la propuesta de Pablo Stefanoni en este libro revelador, en el que construye una síntesis histórica de estos movimientos y muestra cómo han ido moldeando a los libertarios contemporáneos y a otras formas híbridas y en principio sorprendentes, como el anarcocapitalismo, el homonacionalismo y el ecofascismo. Con el troleo en las redes como estrategia de guerrilla cultural y el meme como instrumento político, desde foros de internet y videos de YouTube, en plataformas como 4chan y Twitter, estos grupos están convirtiendo el fanatismo subterráneo en distintas formas de adhesión pública cada vez más visible, de la vestimenta al voto, del manifiesto en la web a la acción violenta en las calles, expresiones muchas veces legitimadas por líderes en el poder. Este libro, que viene a llenar un vacío de obras en español sobre el tema, no condena a priori: escucha los argumentos y se pregunta cómo puede la izquierda enfrentar esta revolución antiprogresista. O, dicho de otro modo, cómo puede recuperar la bandera de la

transgresión, que con inteligencia le fue arrebatada por esta extrema derecha cool que decidió dejar de habitar en los márgenes.

LA ECONOMÍA
DE LAS
DESIGUALDADES

cómo implementar una redistribución
justa y eficaz de la riqueza

thomas piketty

siglo veintiuno
editores

La economía de las desigualdades

Piketty, Thomas

9789876295321

208 Páginas

El aumento de las desigualdades generadas por un capitalismo ávido es el gran tema de este libro. ¿Por qué un grupo de ricos herederos debería disponer de unos ingresos vedados a los que sólo cuentan con su fuerza de trabajo y sus talentos? Thomas Piketty está sacudiendo con sus propuestas el mundo del análisis y

el pensamiento económico y social. A partir de una base de datos monumental y en constante actualización, y tomando distancia de las posiciones tradicionales tanto de derecha como de izquierda, Piketty muestra que la desigualdad se ha intensificado durante las últimas tres décadas a causa de diferentes reformas impositivas que aliviaron las cargas tributarias sobre los sectores más ricos de la sociedad. Analiza las brechas en la apropiación del excedente entre capitalistas y trabajadores, las diferencias históricas y entre países, las particularidades de la profunda inequidad en el mundo del trabajo y los efectos de las diversas estrategias de redistribución. El mensaje central es que, más allá de principios abstractos de justicia social, es necesario redistribuir mejor porque la desigualdad es un obstáculo para el desarrollo de los países y las sociedades. Para eso, no basta mirar quién paga, o cuán moderada o ambiciosa resulta en sus alcances una política redistributiva: hay que considerar también su incidencia en el conjunto del sistema económico, y discutir ventajas y desventajas de cada medida. Así, Piketty evalúa la eficacia de los gastos sociales en salud y educación, los aportes patronales y las cargas sociales, los sistemas de retiro, la fijación de un salario mínimo, el rol de los sindicatos, el abismo salarial entre los directivos y los trabajadores con baja calificación, el acceso al crédito y el impulso keynesiano de la demanda. Y avanza con ideas novedosas para entender cómo se gestan las inequidades y elegir las mejores herramientas de redistribución de la riqueza.

La moneda en el aire

Gerchunoff, Pablo

9789878010038

344 Páginas

Desde mediados de los años setenta, la economía argentina no encuentra el camino que le permita crecer. Algo falla una y otra vez. Ni el modelo de apertura que ensayó el menemismo, o de manera más contenida el macrismo, ni el proteccionismo popular de los años kirchneristas resultaron apuestas sostenibles. ¿Dónde está el

problema? ¿En la impericia técnica de los gobernantes, en su deseo de perpetuarse en el poder, en las demandas de una sociedad que no resigna aspiraciones, en el contexto internacional? Contra el pesimismo que se regodea con la idea del paraíso perdido, pero también contra el optimismo de los que imaginan respuestas sencillas a los dilemas de nuestro país, dos historiadores, de diferentes generaciones y recorridos, buscan entender y pensar antes que juzgar. Como dice Roy Hora en el prólogo, ¿quién mejor que Pablo Gerchunoff, economista e historiador original y talentoso, que formó parte de la plana mayor del Ministerio de Economía en dos momentos particularmente dramáticos, para comprender cómo toman decisiones los gobiernos, cuáles son sus verdaderos márgenes de iniciativa, cuánto pesa el aliento en la nuca de una sociedad que "hace marca a presión" sobre sus dirigentes? La moneda en el aire pone en escena un intercambio imperdible entre Roy Hora y Pablo Gerchunoff. El primer eje se despliega en torno a la biografía de Gerchunoff, desde su infancia en un hogar comunista y su juventud en los años sesenta, hasta su adhesión al alfonsinismo. El segundo se enfoca en su paso por el gobierno y en la trastienda de esas experiencias de gestión, un aprendizaje exigente e intenso que le hizo "morder la manzana de la comprensión". El tercero es un recorrido increíblemente original por la historia económica argentina desde el siglo XIX hasta el gobierno del Frente de Todos en el contexto incierto de la pandemia. Con empatía y lucidez analítica, Pablo Gerchunoff y Roy Hora nos muestran que la historia argentina está hecha de oportunidades aprovechadas y otras perdidas, que todos los presidentes de la democracia –Alfonsín, Menem, los Kirchner, Macri– tuvieron su "vamos por todo", y que, como en toda historia abierta y de

resultado incierto, en más de una ocasión la moneda estuvo –y sigue estando– en el aire. En este libro el lector encontrará, además de muchas ideas poderosas, una seductora invitación a abrir la mente para pensar la Argentina.

Enseñar distinto

Furman, Melina

9789878011073

352 Páginas

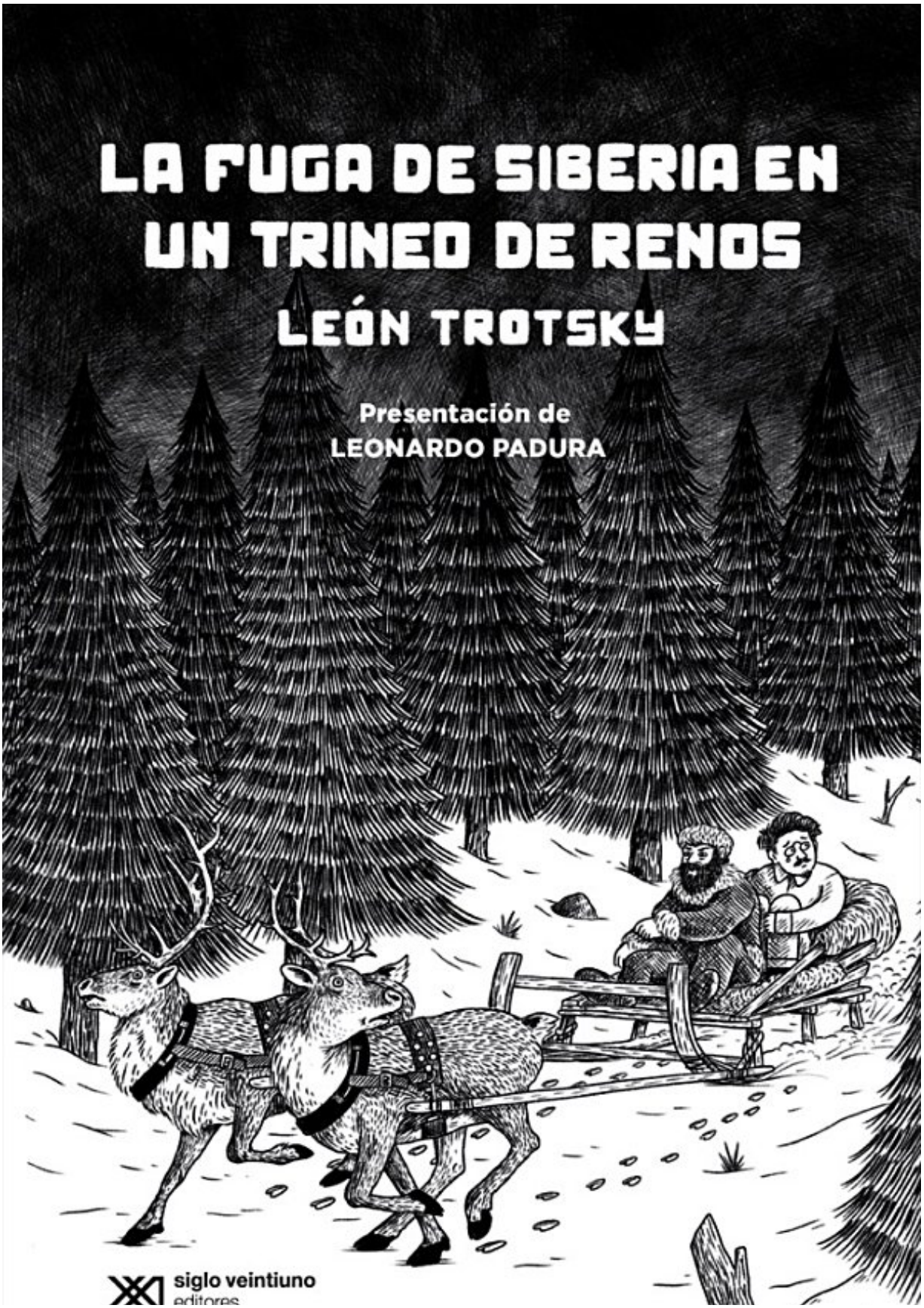
¿Cuánto tiempo hemos dedicado a estudiar y hasta a enseñar temas que no terminamos de entender? ¿A repetir "como loros"? ¿Cuánto del trabajo escolar está dedicado a producir conocimiento inerte, ese que queda en el arcón de la memoria pero luego no logramos usar? ¿Y qué podemos hacer para evitarlo? ¿Cómo

aprovechar los muchos años en que tenemos a chicas, chicos, adolescentes y jóvenes en la educación formal? ¿Cómo darles herramientas y despertarles el deseo y la voluntad para seguir aprendiendo durante toda la vida? En definitiva: ¿cómo enseñar distinto? Con la meta en el aprendizaje profundo, Enseñar distinto propone un recorrido sustancioso que abarca tanto los grandes desafíos como las situaciones del día a día de los educadores de todos los niveles; un recorrido lleno de estrategias y ejemplos que traducen un sólido conocimiento del campo teórico en consejos de enseñanza. Paso a paso, enfoca qué enseñar, cómo priorizar contenidos, cómo motivar a los estudiantes y planificar secuencias que les den protagonismo. Hacer buenas preguntas y crear rutinas de pensamiento son premisas fundamentales en este camino, así como promover la metacognición y ofrecer un feedback valioso. Para llegar a puerto, por fin, no es posible eludir la evaluación tan temida; la buena noticia es que, bien pensada, es una excelente aliada para el aprendizaje. Con una mirada creativa y sensata, rigurosa y fresca, la reconocida experta en formación docente Melina Furman abre el puño y nos regala un enorme tesoro de herramientas concretas para potenciarnos como docentes transformadores. Buscando enseñar distinto a como enseñábamos ayer, en un camino de mejora continua. Desde donde estamos, con lo que sabemos y con lo que tenemos. Para que, desde ahí, podamos ir mucho más lejos.

LA FUGA DE SIBERIA EN UN TRINEO DE RENOS

LEÓN TROTSKY

Presentación de
LEONARDO PADURA



siglo veintiuno
editores